

Bacon

ANNIKA BRUNKE



Premio Alexis Ravelo
de novela negra 2025

Annika Brunke

Annika Brunke (Las Palmas de Gran Canaria, 1975) ha residido en México, Estados Unidos y España. Desde siempre ha sentido debilidad por la novela negra, pero también por otros géneros como el histórico y romántico. En 2025, obtuvo el Premio al Relato Corto de la Feria del Libro de Vecindario.

Es autora de tres títulos dentro del género negro, *La casa en El Palmar*, *Quinta de ánimas* y *Fénix: el alma del impostor* (Ediciones Garoé). Su escritura, de carácter reivindicativo y coral, se distingue por dar voz a múltiples perspectivas y personajes, tejiendo una narración compleja y absorbente.

Investigadora incansable de la mente criminal y de la historia negra de Canarias, Annika Brunke mezcla con maestría acontecimientos reales con altas dosis de ficción, encajando las piezas con precisión y construyendo una nueva realidad trepidante y adictiva en la que sumerge al lector sin darle tregua durante toda la trama.

En la actualidad, compagina la literatura con su cargo como subdirectora de una conocida empresa de restauración en Gran Canaria.

Bacon

En Las Palmas de Gran Canaria, un hallazgo macabro sacude la rutina de la ciudad: un brazo amputado aparece en un contenedor, con un tatuaje que solo puede pertenecer a un hombre desaparecido días antes.

La jueza Mara Ramírez, recién llegada a la isla y aún marcada por sus propios fantasmas, se enfrenta a su primer caso. A su lado —y en constante fricción— trabaja el inspector Aitor Ibarra, cuya torpeza para gestionar los sentimientos contrasta con su instinto policial.

Y, entre ambos, Beatriz Mantecas, pastelera brillante y mujer herida por un pasado de humillaciones, que hornea dulces capaces de enamorar a cualquiera...

Con un pulso narrativo ágil y una escritura fresca, directa y poderosa, Annika Brunke despliega una historia en la que ternura, humor y violencia se entrelazan, donde lo cotidiano convive con lo brutal, y en la que los límites entre víctimas y verdugos se difuminan.

Bacon, ganadora del II Premio Alexis Ravelo de novela negra, es la confirmación de Brunke como una voz nueva y vibrante en la novela negra española.

Bacon

,

Bacon

ANNIKA BRUNKE

ALREVÉS
BARCELONA-2025

Primera edición: noviembre de 2025

Para Josep Forment, siempre con nosotros

Publicado por:

EDITORIAL ALREVÉS, S.L.

C/ de la Perla, 22

08012 Barcelona

info@alreveseditorial.com

www.alreveseditorial.com

© 2025, Annika Brunke

© de la presente edición, 2025, Editorial Alrevés, S.L.

ISBN: 978-84-10455-52-8

Producción del ePub: booqlab

Queda rigurosamente prohibida, sin la autorización por escrito de los titulares del «Copyright», la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento mecánico o electrónico, actual o futuro, comprendiendo la reprografía y el tratamiento informático, y la distribución de ejemplares de esta edición mediante alquiler o préstamo públicos. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal). Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

El 5 de septiembre de 2025, un jurado formado por Antonio Becerra Bolaños, Javier Rivero Grandoso y Mercedes Castro Díaz concedió a *Bacon*, de Annika Brunke, el II Premio Alexis Ravelo de Novela Negra 2025.

A ti, que te miraste al espejo con reproche

Y como todos los monstruos geniales ante quienes un acontecimiento externo abre una vía recta en la espiral caótica de sus almas, Grenouille ya no se apartó de lo que él creía haber reconocido como la dirección de su destino.

PATRICK SÜSKIND,

El perfume

PREFACIO

Sentí un miedo atroz, como el que se experimenta cuando uno cree estar a punto de morir, con ese latido en la garganta que palpita tu angustia. Lo maté sin intención, pero al caso, poco importa. Yo solo anhelaba algo de felicidad, un poco de sana locura, alguien a quien llamar «mío». Ni siquiera amor, ni siquiera una eternidad compartida. Solo un soplo de aire fresco que cambiase el rumbo gris y monótono. Se guarda tanta soledad en los silencios...

Y entonces hice lo que debía, lo que estaba mandado: sobreponerme y seguir adelante. Así lo había aprendido. La vida te golpea y está en tu mano el quedarte en el suelo, agazapada y dolorida, cubierta de lágrimas, o levantarte y salir del bache de la mejor manera posible. No hubo intento, como ocurrió a la princesa primorosa de Rubén Darío. Nunca busqué que él dejase de respirar. Pero pasó y tomé la mejor decisión dadas las circunstancias. Sí, eso hice, transformar una tragedia en algo bueno, algo que me hiciera crecer, algo realmente único.

CAPÍTULO 1

Mara Ramírez no se caracterizaba por su paciencia. La perdía cuando tenía delante a quienes ella calificaba como «sin sangre». No obstante, aquel viernes por la mañana, inspiró algo de calma junto con la maresía que se colaba a través de las puertas de cristal de los nuevos juzgados. Se los denominaba nuevos, a pesar de llevar unos años levantados, bloque sobre bloque, para diferenciarlos de los históricos y en desuso ubicados en la zona próxima de Vegueta. Aunque algunos hacían llamar a la moderna mole gris «La Ciudad de La Justicia».

Mara se abstraía unos minutos mientras la cola que la precedía se iba dispersando y le tocaba el turno de depositar sus pertenencias en la consabida barqueta blanca de plástico duro. Solo tendría que pasar el trámite una vez, hasta que subiese a la segunda planta y le entregasen su identificación como flamante titular del Juzgado de Instrucción n.º 7 de Las Palmas de Gran Canaria.

Se sentía lo bastante fuerte como para volver a casa. Doce años alejada de la isla y, sobre todo, de la exigente mirada de su padre habían sido suficientes como para darle empuje y aplomo, además de cierta libertad. Se marchó lejos desde que surgió la oportunidad, y en esa lejanía hizo su vida. Oviedo no compartía ninguna similitud con la capital de Gran Canaria, y por aquella misma razón a Mara todo allí le pareció novedoso, fresco y atractivo. Doce años después, salió huyendo del mismo lugar por una cuestión de supervivencia. Tenía la convicción de que permanecer en Asturias acabaría por enloquecerla. Todo le recordaba a Rafa: los restaurantes del casco viejo, la catedral, incluso el olor del cachopo o el de la hierba mojada por la lluvia. Allí donde fuera, a cada paso, Oviedo era la memoria permanente de una existencia que ya no era suya.

—Bienvenida, señorita. —La mujer que la esperaba en la puerta del despacho hizo notar su presencia al comprobar que Mara caminaba

sin prestar atención a nada ni a nadie—. Soy Silvia Rivero, secretaria judicial. Estoy encantada de conocerla. Así que de Asturias, ¿eh? Sí que hace frío allí arriba, sí.

Mara frunció el ceño en respuesta y apretó los labios. No le gustaba demasiado la gente parlanchina, aunque no creyó oportuno indicar a Silvia que podía ahorrarse la cháchara. Forzó una sonrisa formal que la secretaria interpretó como timidez, y que provocó el efecto contrario al deseado.

—Adelante, adelante, este es su despacho. Pero ¿es usted asturiana o de otro sitio? Me han comentado que nació usted en Las Palmas. El norte es precioso, aunque no lo he visitado todavía, pero dicen que es tan verde...

—Eso será todo, señora Rivero —soltó por miedo a que continuase hablando como una cotorra y tuviera que sacar parte de los folios que llevaba en la mochila, hacer una gran bola con diez de ellos y taponarle la boca para escuchar el silencio de nuevo.

—Lo de señora me ha dolido. Silvia, mejor.

—Como quiera. No me incorporo hasta mañana, solo he venido porque me gusta instalarme antes de comenzar. —Mara Ramírez hizo una pausa destinada a despachar a Silvia para quedarse a solas—. Si necesito algo se lo haré saber.

—Tutéeme por favor, señorita. Si le parece bien, yo también la tutearé, tenemos una edad tan similar... Yo tengo treinta y ocho.

Mara se quedó de nuevo en blanco. Momentos como aquel le recordaban que todavía no estaba lista para según qué situaciones. Tomar las riendas de un juzgado de instrucción en una ciudad conocida era una cosa. Justo lo que necesitaba. Pero sumergirse de lleno en el barullo de gente todavía le costaba mucho. Le habían indicado que era normal, que debía enfrentarse a ello. El Alprazolam ayudaba con la ansiedad, la terapia también, pero sobre todo regresar al trabajo, y a poder ser, enfrascarse en la rutina. Aunque lidiar con Silvia prometía convertirse en un verdadero engorro.

—No, la verdad es que no —dijo finalmente.

—No te entiendo —sonrió Silvia, dando lo mejor de sí—. ¿Prefieres que me quede? Aunque mañana estamos de guardia, hasta el lunes no está planificada la reunión en la Supercomisaría para conocer al

equipo de la Judicial. Te lo he anotado todo en la agenda del ordenador. He compartido la cuenta y te he enviado varios enlaces de los sitios más típicos para ir a comer, además del plan de eventos culturales del cabildo y del ayuntamiento. Siempre hay algo interesante. ¡Ay, se me olvidaba! En el primer cajón tienes la tarjeta del aparcamiento subterráneo y la identificación para entrar. Los compis de abajo son un encanto, no te pondrán ningún problema. Como don Heriberto no se ha jubilado hasta no cerrar todas las diligencias abiertas, está todo al día. El procedimiento aquí suele ser que me avisan a mí directamente para no estar molestando al juez, así que yo te iré pasando los temitas que lleguen. Ya verás, te va a encantar trabajar en el 7. Los viernes nos reunimos todas las niñas para ir a tomar algo al salir, cerquita, a la cafetería de enfrente. Parece un poco cutre, pero hacen unos menús ricos y muy sanos si estás cuidando la línea.

Mara Ramírez elevó una ceja. No era solo que el aluvión de información le pareciera exagerado e innecesario, sino que no llegó a comprender que, tras solo cinco minutos, Silvia Rivero le echase un vistazo y pretendiese ponerla a régimen. A ella, que había sufrido la tortura de las dietas milagro desde los diez hasta los veintitantos. Le molestó la ironía de llamar al juez anterior con toda la pompa, pero tutearla a ella... Se revolvió ante el regusto patriarcal que motivaba que la sumasen al grupito de «las niñas», y se imaginó, por un breve lapso, en la terraza de la cafetería, compartiendo una ensalada de quinoa, un batido verde y una charla sobre las bondades de ejercitar el suelo pélvico antes de que fuese demasiado tarde.

—No, la verdad es que no —repitió nuevamente en dirección a Silvia.

—Lo siento, cariño, no sé a lo que te refieres.

—No me parece bien que me tutee. Ni tutearla yo tampoco, ya puestos.

Mara sabía que Silvia no tenía mala intención, tenía aspecto de buena persona, aunque el corte le había borrado la sonrisa y había provocado cierto enfado. Tardaría en darse cuenta de que Mara Ramírez esgrimía su forma de ser como un escudo protector. Ser

seca ahuyentaba a los demás, los mantenía a una distancia prudencial. Si bajase la guardia lo bastante, podría demostrar lo nerviosa que estaba por empezar de nuevo. Lo exasperante que le resultaba el aviso sonoro de un nuevo mensaje en el buzón de voz. Admitiría que retrasaba el momento de ver a su padre, porque su recuerdo era como caminar en cholas sobre la arena un mediodía de agosto: doloroso.

Si solo se hubiera tratado de su exigencia, el vacío o la falta de cariño, quizá Mara hubiera tenido una oportunidad, pero también estaba ese odio visceral hacia todo lo que Mara representaba. Mara era el vivo retrato de su madre, un recordatorio de todo lo que él rechazaba de ella: la gordura, la libertad, la aversión a encajar en la norma. Abel Ramírez siempre observó a su hija desde la distancia, como lo haría un niño que inspecciona con curiosidad una caja de cartón en la que ha metido un escarabajo. Si el bicho hace ademán de salir o ponerse a correr, lo más lógico en una mente inmadura es cerrar la caja a cal y canto, aún a riesgo de asfixiarlo. El niño prefiere matar a perder, sin darse cuenta de que en realidad es lo mismo.

Abel Ramírez, ilustrísimo señor notario de la ciudad de Las Palmas de Gran Canaria, se empleó a conciencia en encerrar a Mara en un mundo ficticio de perfección, sobre todo tras la muerte de su madre. Concluyó que para que todo se revirtiese, para eliminar el recuerdo de su esposa, debía cambiar también a Mara. Y lo intentó con todas sus fuerzas. Apretó y apretó el figurado nudo corredizo, hasta que a Mara solo le quedó una opción para seguir respirando: huir.

CAPÍTULO 2

Aitor Ibarra llevaba dos años destinado en la isla. Un inicio a regañadientes que fastidió su relación más larga se convirtió con el tiempo en lo mejor que le había ocurrido. Corría por la costa a primera hora de la mañana, se daba un baño en la playa de Las Canteras sin importar la estación ni la temperatura, y luego se iba a trabajar sin tener que aguantar un atasco de una hora. Quince minutos bastaban para llegar en moto desde la zona del puerto hasta el barrio de Ciudad Jardín.

La Supercomisaría había recibido aquel apodo desde antes de su construcción. La Jefatura Superior de Policía, la mayor de las islas, tenía su exterior cubierto de acero y cristal, y se veía resaltada desde cualquier punto por una torre central pintada de color vino tinto. «Una combinación cromática extraña y desacertada», pensó él la primera vez que se plantó delante. Sin embargo, el ambiente de la UDEV era inmejorable, salvo incidentes puntuales indignos de mención. Aitor se había adaptado con facilidad a la forma de ser abierta de los lugareños, y por aquel motivo no se imaginaba en ningún otro sitio.

—Ibarra, ¿te has enterado? ¡Ya se ha ido el juez del 7! Han traído a alguien putamente insoportable en su lugar. —Patricia Peralta era su compañera casi desde el principio. Aparte de su aspecto de pelo rapado al cinco por un solo lado, trenzas a lo rastafari, botas militares y camiseta *vintage* de banda roquera, la caracterizaba la utilización de los enfáticos «puto», «puta» y «putamente» en cualquier frase que quisiera resaltar.

—Siempre puedes llamar a tu cuñada. Seguro que ella tendrá más información.

—¡Por eso lo digo! He hablado con Silvia hace nada. Está *embajonada* porque la nueva jueza es un poco... —Aitor elevó las

cejas a la espera de la conclusión de la frase—. Un poco capulla. Secona. Claro, ¿no ves que es del norte?

—Oye, yo soy del norte y soy puro amor —rio con ironía—. Bueno, me piro. Mañana tengo que cubrir a Camporro, que tiene la comunión de su hija. ¡Me debe una muy grande!

Aitor aprovechó gran parte del mediodía para dormir y hacia las nueve de la noche se acercó a un bar de tapas donde compartió unas horas con los amigos mientras veían el partido. Luego decidió tomar una copa por su cuenta en el Ginger. Llevaba tiempo sin librar el fin de semana. Con suerte eso ocurría una vez cada dos meses, por lo que comprobar el gentío que llenaba el garito un viernes lo reconfortó de alguna forma. Le gustaba el bullicio, la gente que hablaba por hablar, aunque fueran sandeces, puesto que él prefería mantenerse callado y observador. El parloteo ajeno le evitaba tener que hacer el esfuerzo de vencer esa barrera.

El Ginger, ubicado en el paseo de Las Canteras, en los bajos del célebre Casa Carmelo, se había hecho un hueco en la noche capitalina tan necesitada de locales de moda. Su apuesta de luz tenue, azulejo negro y cócteles originales había causado sensación, y no había fin de semana que no se llenase. A Aitor le gustaba perderse en ese mar de gente, y si tenía suerte, conversar un poco con el objetivo de irse a la cama acompañado al menos por unas horas.

Ella le llamó la atención desde el primer momento. Sola, seria y mirando al infinito, hacia afuera, a través de la ventana desde la que se divisaba el mar. Tenía el pelo largo y castaño, ondulado y rebelde. Se notaba que había salido del trabajo y había empatado una tarde de hacer otra cosa con aquella copa, porque no estaba vestida ni maquillada para una noche de viernes. Aitor valoró la situación como buen poli. No se acercó directamente, sino que dejó que la marea lo arrastrase hasta que un empujoncito final lo hizo apoyarse en la mesa de ella para no caer de bruces. Charlaron muy brevemente, lo justo para verla sonreír. A Aitor una sonrisa le pareció un buen comienzo. Ella dijo que se llamaba Carlota y trabajaba en la biblioteca municipal. Movieron la cabeza juntos al son de la música que ambientaba el lugar y poco más.

Coquetearon durante un rato, lo justo como para que se encendiese una figurada llama entre ellos. Luego la bibliotecaria municipal se despidió para visitar el lavabo. Aitor pensó en continuar a su regreso, quizá invitar a Carlota a una copa. Tan pronto formuló la alternativa en su cabeza, sonrió por inercia, puesto que la chica no tenía cara de Carlota, del mismo modo que él tampoco tenía aspecto de Daniel. No justificaba la mentira, pero buscar un nombre y profesión alternativos a la realidad le parecía mucho más seguro. Uno nunca sabe a quién tiene delante.

Quince minutos después, en vista de que la bibliotecaria no daba señales de vida, Aitor decidió comprobar si se había marchado. La chica continuaba en la cola de acceso al aseo junto a otra docena de féminas.

—¿Puedes mirar si el de ustedes está limpio? —Aquella pregunta resultaba casi cómica un viernes por la noche. Pero Aitor accedió a comprobarlo.

—Más o menos —dijo encogiéndose de hombros.

Carlota abandonó la espera para entrar en el lavabo masculino desierto, y Aitor la siguió por pura inercia. Aguardó a que ella terminase con cierta curiosidad, ya que la alternativa era irse a casa a ver una serie cualquiera.

—¿Qué haces, montas guardia en la puerta? —La chica pareció extrañarse mientras le echaba un vistazo rápido de arriba abajo y comenzaba a lavarse las manos.

—En estos sitios nunca se sabe.

—¡Vaya! Pero si además de profesor de historia eres un caballero andante —ironizó—. Y dime, Daniel, ¿siempre necesitas que te bombardeen a señales para lanzarte? ¿O hay momentos en los que la pillas al vuelo?

La conversación no continuó. Aitor solo se acercó con cautela para besarla y Mara Ramírez se dejó besar. En dos minutos estaban dentro de uno de los retretes, y, a puerta cerrada, él se aferraba a sus pechos. A Mara le sorprendieron las ganas que aparecieron después de tanto tiempo. Cuando Aitor le subió la falda y se acuclilló delante de ella, Mara ya no tuvo que indicar nada, se lanzó a sentir su lengua lamiendo el punto de no retorno.

Y lo reclamó junto a ella, de pie, con urgencia, cuando se sintió al borde del orgasmo. Frotar el exterior abultado de sus vaqueros fue como emprender una empresa olvidada. Hacía tanto tiempo que Mara no tenía sexo que había llegado a pensar que ya no volvería a tenerlo en lo que le quedaba de vida. Dos años de sequía que no habían hecho mella hasta que el segundo terminó.

Aitor preguntó una última vez: «¿Te gusta así?», justo antes de penetrarla con los dedos. Y Mara ahogó un gemido contra el cuello de él. Llegó rápido, con fuerza e intensidad, al tiempo que asía la trasera de su camiseta hasta volverla un guiñapo. Le gustó que él no fuese el estereotipo de guapo y superficial. Que la tocase como si su único interés fuese hacerla disfrutar, que no tuviera la urgencia de embestirla sin miramientos.

—Podemos ir a mi casa, vivo cerca —susurró él sobre su boca jadeante.

Mara esbozó una leve sonrisa y salió del aseo masculino tras rechazar la invitación, y Aitor se quedó como un imbécil sin saber muy bien cómo actuar. Se lavó con calma las manos y la boca. El rastro del sabor de la chica en sus labios causó una nueva oleada de deseo. Consideró que charlarían un rato más. Con suerte, ella cambiaría de idea y podrían acabar la noche con un polvo memorable. Pero al salir, Carlota, la bibliotecaria municipal, ya no estaba. De ella no había ni rastro.

CAPÍTULO 3

Pastel Victoria fabuloso

Hay algo muy especial en elaborar una tarta. Eso pienso cada vez que saco la libreta en la que tengo anotadas las recetas que vendo en la pastelería. Da igual las fichas profesionales a ordenador, los escandallos que te permiten calcular el precio correcto, al final siempre echo mano de mi cuaderno escrito a mano por pura nostalgia.

Este pastel es la tarta estrella de mi tienda, Betty Bacon, pero no lo digo yo, eso sería altanería. Lo dicen los clientes que cada día cruzan la puerta para comprar un pedazo. El bizcocho genovés es tan esponjoso... Siempre explico que es una mezcla de pasión, ingredientes de calidad y técnica, y no miento al decirlo. Admito que la receta no es mía, no quiero alardear de algo que no he creado yo. Esta maravilla se la debo al libro *Boutique de pastelería*, de Peggy Porschen. Ella es la mejor pastelera que existe, una visionaria. Cuando mezclo la mantequilla en pomada con el azúcar y los huevos, y el amarillo oscuro de las yemas comienza a blanquear, siento como si los mismísimos rayos del sol estuvieran inundando el obrador. Luego añado las semillas de vainilla de Madagascar, la mejor, y la harina tamizada, y coloco la masa en los moldes antes de introducirlos en el horno a 175 °C. El olor que inunda la tienda en los veinte minutos siguientes es tan maravilloso que se me hace la boca agua con solo echar un vistazo a través del cristal de la puerta del horno. Observo la masa elevarse despacio y también tostarse como si fuera un turista recién llegado a Maspalomas desde la fría Alemania.

Aunque he de reconocer que el toque que yo le doy a la cobertura hace que la espléndida tarta Victoria de Peggy resulte en algo un

poquito mejor. Ella mezcla la mantequilla hasta batirla del todo con el azúcar glas y una buena cantidad de confitura de fresas. Yo en cambio, opto por una alternativa más sana, y sustituyo la confitura por puré de remolacha. El color queda de un rosado tan bonito que, aunque no vendiese ni un solo pedazo, seguiría haciéndola con tal de ver ese tono. En el último momento, antes de aplicar la cobertura sobre el bizcocho y montar los tres pisos que la forman, Peggy añade una pizca de sal en escamas. Ahí está mi toque adicional. Mi tarta Victoria no lleva ese realce en el dulzor, sino mi ingrediente secreto.

Lo guardo y atesoro como oro en paño. Un polvo resultante de dorar *bacon* a fuego lento durante una hora a 60 °C exactos, y luego eliminar el exceso de humedad en el deshidratador eléctrico. Las lonchas quedan quebradizas y crujientes, y al molerlas con la batidora obtienes un polvillo salado y de sabor profundo y ahumado. Yo lo guardo en pequeños tarros de cristal, alejados de la luz, para que nada lo estropee.

El *bacon* es el mejor alimento del mundo, eso creo. Me gusta que la dieta Keto me permita comer tanto como me plazca, y a pesar de lo que algunos digan, es sano, porque de no ser sano no estaría incluido en una dieta. Ese chisporroteo alegre de la grasita tostándose sobre la sartén caliente me recuerda al hogar, a la infancia y a mi madre. Murió cuando yo tenía ocho años, y no hay un solo día en el que no piense en ella. Papá ha estado presente, ha sido un padre exigente y cariñoso, pero he echado en falta compartir tantas cosas de chicas...

A veces me da por pensar que mamá hubiera afrontado los problemas de otra manera. Jamás hubiera permitido que me tratasen como el último mono del circo. Ella era como yo, rellenita, y les habría plantado cara. Papá, sin embargo, restaba importancia a lo que me decían en clase. Según él, me llamaban gorda porque lo estaba y aquello era una realidad, no un insulto. Una cuestión de constitución. El sobrepeso familiar que corría por mis venas.

Si en lugar de agachar la cabeza yo hubiese hecho algo más... Si no hubiese aceptado entonces ser despreciable, digna de burla y reproche...

Cuando escucho a las mismas personas que martirizaron mi adolescencia elogiar mis pasteles, me entran ganas de arrastrarlas hasta la parte de atrás de la tienda y acabar con ellas una a una. Los maltratadores de entonces se excusan en la tontería de la edad, en sus ganas de querer encajar, en padres ausentes y madres perfeccionistas. Dios me libre de afear las acciones del pasado, porque pasaré de víctima a fuente de conflicto, a presencia incómoda. Nadie quiere admitir las faltas propias. Por eso, cuando Ángela Ribelles hunde un tenedor en un pedazo de tarta recién servido, y sonrío en mi dirección, asumo que se trata de su disculpa particular. Sé que no lo verbalizará jamás. Las dos lo sabemos, nos hemos convertido en guardianas de la mierda compartida.

Morsa, foca, ballenato, vaca, cerda, zampabollos, bocallena, panchona, sebosa, Sancha Panza, barrilete, mantecas. Todo eso y mucho más me han llamado. Todas las palabras dolían, pero sobre todo la última, porque tengo la mala fortuna de apellidarme justamente así. Me llamo Betty, Beatriz Mantecas.

CAPÍTULO 4

Manuel *el Pistola* se ganaba bien la vida. La venta de chatarra le proporcionaba la cantidad suficiente como para conseguir algo de Krokodil con el que escapar a una realidad distinta. No desperdiciaba el dinero en comida, el comedor social del Colegio Nuestra Señora del Carmen se ocupaba de llenarle la barriga. Si acaso, se permitía el lujo de pagar una pensión una vez al mes en la cual darse un buen baño caliente, dormir sobre blando y poco más. Era feliz a su manera y se prodigaba en confianza con quienes saludaba a su paso, conocidos o no. A veces farfullaba para sí cuando el día había sido malo y no había dado con bastante aluminio como para pagarse la dosis.

Farfulló también aquel sábado, cuando, al amparo de la mañana, utilizó un palo de fregona sin mocho para remover la basura del contenedor que acababa de volcar en la zona de La Isleta.

—Tanto reciclar, tanto reciclar, ¡me cago en mis muertos! —dijo lo bastante alto como para espantar a los transeúntes que lo encontraban metido de lleno en la tarea.

—¡A sus órdenes, mi coronel! —voceó un vecino joven desde su coche al pasar a su altura. Burlarse de la expulsión de Manuel de las Fuerzas Armadas se había convertido en algo habitual, y los chiquillos le recordaban a cada rato unos años que Manuel hacía todo lo posible por olvidar.

—¡Tu puta madre! —respondió Manuel antes de lanzar un escupitajo contra la ventanilla lateral.

Removió un poco más la exposición de desechos desperdigados sobre la acera y rasgó algunas bolsas que, por su peso, auguraban el fin de un día de trabajo. Manuel no prestó la suficiente atención, inmerso como estaba en la búsqueda de su sustento tóxico. De haberla prestado no habría roto el plástico negro de aquella bolsa manchada de barro y de sangre.

—¡Me cago en mi vida! ¡¿Esto qué carajo es?! ¡Un muerto! — Manuel trató de alejarse de la masa pestilente de carne, aunque ya era tarde. El hedor y su propia voz de alarma habían atraído a los viandantes.

Se quedó lívido y tembloroso, cuando, aun empuñando el palo, apartó el plástico y parte de una mano, con las puntas de los dedos amputados, asomó en el extremo más estrecho del fardo.

—Es un brazo —anunció un aspirante a *tiktoker* mientras inmortalizaba el momento desde su ventana—. ¡El Pistola ha encontrado un brazo!

Ibarra y Peralta recibieron el aviso veinte minutos después. El comisario Melián dio la orden de personarse en la esquina de la calle Taliarte con Guaire, cerca del Castillo de la Luz. Un zeta había salido hacia allí por encontrarse en las proximidades de la plaza Manuel Becerra, y fueron los efectivos uniformados quienes acompañaron al Pistola y esperaron la llegada de una ambulancia, puesto que el testigo estrella se había caído redondo de la impresión. El susodicho pedía un café con leche y un bocadillo de pata para recuperarse, e insistió en que no quería ir al hospital porque no le gustaban los médicos, justo cuando Peralta aparcó sobre la acera.

—Al médico no, ¿eh? Que la última vez salí yo de allí peor de lo que entré.

—Hombre, Manuel, peor, peor... difícil —se atrevió a mencionar uno de los policías de uniforme al echar un vistazo a su delgadez y su cara carcomida por el Krokodil.

—Buenos días, Policía Judicial. ¿Es usted quien ha encontrado los restos? —se presentó Ibarra, mostrando la identificación al testigo.

—Restos no, más bien resto. Que solo he visto un pizco. Si hay más trozos, eso yo no lo sé.

—Me han dicho los compañeros que ha manipulado usted la bolsa para ver el contenido y es entonces cuando se ha dado cuenta de lo que escondía el interior. ¿Ha visto usted quién lo ha tirado? Puede que otra persona registrase la basura antes que usted.

—¡Mi contenedor no lo toca ni Dios es Cristo! ¡Pobre del que se atreva! Aquí cada uno tiene lo suyo. Yo respeto mientras me respeten.

—Muy bien, caballero, pero ¿ha visto algo? —insistió la voz de Patri.

—Que no, mi niña, ¿qué voy a ver? Eso sí, advierto, a mí este muerto no me lo endilguen, que yo toqué las bolsas pero no he hecho nada más. Estaba buscando aluminio, a lo mío.

—Tranquilo, Manuel. Eso no va a pasar —lo calmó el uniformado.

—¡Anda, el lumbrera! Si a mi primo Eduardo lo *entrullaron* por matar a una niña hace años y eso que no le había hecho nada. Del Salto del Negro salió con los pies por delante. —Aitor Ibarra frunció el ceño, confuso. No entendía qué tenía que ver la historia del primo asesino con la bolsa de restos del contenedor—. No me mire así, lo mataron en la cárcel, a mí ahí adentro no me meten ni loco.

Aitor hizo una indicación a Patri para que se mantuviese junto a Manuel e inspeccionó en torno al contenedor. La bolsa medio abierta era como tantas otras: de plástico negro y algo más grueso, como las utilizadas en los restaurantes, en los almacenes o en las fincas. Se acuclilló a continuación tras enfundarse un par de guantes, y comprobó el estado de la amputación. Aunque el brazo se encontraba hinchado y con el color negruzco propio de varios días de putrefacción, Ibarra apreció un dibujo realizado en tinta blanca. Era una frase tatuada en letra cursiva en el interior de la muñeca, un garabato que no pudo descifrar por la cantidad de suciedad que cubría la piel.

Solo el pulgar se mantenía entero, ya que el resto de los dedos tenían la punta seccionada a distintas alturas. El corte que lo había separado del cuerpo se calculaba a un nivel inferior al hombro, siendo la parte alta del brazo la zona por la que habían sesgado la carne. Al igual que ocurría con los dedos, tampoco en el otro extremo había una sección limpia y recta, sino algo similar a un desgarro.

«La Sala» de la Jefatura Superior de Policía se encargó de coordinar la llegada de todo el equipo, y Peralta avisó de la necesidad de cortar ambas calles para reducir el acceso del tráfico. En menos de media hora desde la llegada de los dos inspectores, la zona era un hervidero de gente. Los curiosos se agolpaban en torno a la cinta perimetral a pesar de que los agentes de uniforme insistían

en que se echasen hacia atrás porque allí no había nada que ver. Alzaban los móviles con la esperanza de captar alguna imagen con la que inmortalizar el momento, o comentaban en corro que el barrio estaba echado a perder.

La llegada de la Unidad Criminalística del Cuerpo Nacional de Policía les dio el entretenimiento suficiente, cuando, ataviados con monos plásticos con capucha, accedieron a la escena portando los gruesos maletines negros que contenían todo lo necesario para recabar los primeros indicios.

—Inspector, ya están aquí los del juzgado —alertó uno de los nacionales.

Silvia Rivero y Mara Ramírez cruzaron también el perímetro de acceso en dirección al contenedor de la esquina, y el inspector Ibarra se giró justo cuando escuchó a su compañera decir su nombre. Él comenzó a saludar a la comitiva judicial con un «buenos días» incluso antes de voltearse. Encontrarse cara a cara con el polvo potencial de la noche anterior lo dejó callado a mitad de frase.

—¿Inspector Ibarra?, soy Mara Ramírez, jueza de instrucción del juzgado n.º 7. —La voz de ella sonaba mecánica, lo bastante como para no delatar ningún tipo de emoción ante la absurda coincidencia.

—Señoría. —Eso fue lo único que Aitor Ibarra fue capaz de decir, al tiempo que asentía con la cabeza a modo de saludo formal. Se sintió tan extraño e incómodo, que tuvo que ser su compañera quien comenzase a detallar lo ocurrido desde que, a las nueve de la mañana, Manuel Alemán, alias *el Pistola*, diese la voz de alarma en el barrio.

La jueza Ramírez evitó al inspector en las siguientes horas. Dejó a los técnicos trabajar, como era su costumbre. Ella observaba, apuntaba algún dato a la secretaria judicial para que fuese anotado en el acta de levantamiento, o caminaba por las proximidades dándole vueltas al asunto. Miraba hacia arriba, hacia los edificios y altos de las casas terreras, y también lo hacía a ambos lados de la confluencia urbana.

Aitor hizo exactamente lo mismo que ella, aunque de vez en cuando se permitía echar un vistazo en su dirección. «Pues tampoco tiene cara de jueza», se dijo mientras evitaba recordar la boca de

Mara besando su cuello, o la sensación reconfortante de meterse entre sus piernas. Frunció el entrecejo contrariado ante la complicación. No tenía por costumbre mezclar el trabajo con el placer.

Fueron tres las horas necesarias para las tareas de recogida de muestras, fotografiado de los restos humanos, redacción y firma del acta correspondiente que precedía a su traslado al Instituto de Medicina Legal. Durante los últimos minutos del trabajo de campo, Aitor Ibarra se acercó a la comitiva judicial para entablar conversación, y se cuidó de emplear un tono estrictamente profesional.

—Señoría, acaban de llamar de la central. Puede que tengamos algo con respecto a la víctima. Se trata de un varón de cuarenta años cuya desaparición fue denunciada el jueves pasado.

—¿Qué le hace pensar que es nuestro hombre, inspector? —Mara se mostraba seria y expectante ante la información.

—Que el desaparecido también contaba con un tatuaje y además es un hombre de raza negra.

—Hasta que se determine la raza en la autopsia, me parece un poco arriesgado aventurarse a dar la voz de alerta sin contar con ningún dato adicional, inspector.

—Por el tatuaje del brazo, señoría —insistió él resaltando la obviedad—. Si la víctima fuese de raza blanca, la tinta del tatuaje sería de otro color.

CAPÍTULO 5

Samir Mpunga desapareció el jueves 14 de octubre. Aunque en el momento de la denuncia se valoró la posibilidad de que al canario de origen senegalés se le hubiera perdido el rastro días antes. Según se relató en la noche del jueves, el 12 por la mañana Samir tomó un barco de la línea Fred Olsen que realizaba el trayecto desde Agaete hasta Santa Cruz de Tenerife. Acudió en coche al extremo occidental de Gran Canaria, desde el cual salían ferris cada dos horas rumbo a la isla hermana. Samir prometió avisar a su llegada a Tenerife pasada la una de la tarde, pero no lo hizo.

Su novia asumió que se había liado y le había sido imposible enviar un simple texto, puesto que no era la primera vez que, al acudir a un congreso, se veía inmerso en las charlas y no contactaba con ella hasta la noche o la mañana siguientes. El miércoles no hubo mensaje de «buenos días» ni tampoco respuesta a las llamadas, lo cual causó cierta preocupación en su chica. No obstante, no consideró que nada malo le hubiera pasado, sino que asumió que había decidido tomarse un tiempo para pensar, puesto que habían discutido en la noche previa al viaje.

No fue hasta el mediodía del jueves que comenzó a pensar que ocurría algo extraño, cuando, al acudir a Agaete para recogerlo, Samir no llegó en el barco de la una y veinte, y tampoco en el de las tres y veinte. Agobiada y casi histérica, su novia comenzó a llamar sin cesar al teléfono de él sin obtener respuesta, todavía en el muelle. A continuación, contactó con sus amigos en la isla, su única familia lejos de Senegal. Tampoco ellos tenían noticias de Samir.

El terror se afianzó al corroborar que Samir Mpunga, no solo no estaba en el hotel Atlántico Centro, cercano al Recinto Ferial de Tenerife, sino que nunca hizo uso de la habitación que tenía reservada, ni realizó el registro de entrada al establecimiento el martes previo.

Como parte del protocolo, el jueves por la tarde, la Policía Nacional hizo las consabidas preguntas con respecto a su estado de ánimo en los días anteriores a la desaparición. Se comprobó si se encontraba en algún hospital en un estado en el cual no pudiera comunicarse ni identificarse, e incluso se solicitó a la compañía Fred Olsen el listado de reservas y del pasaje que salió de Gran Canaria aquel martes 12 de octubre.

La Jefatura Superior de Policía trasladó toda la información recabada en la denuncia al departamento correspondiente, y se elaboró el consabido informe. No se inspeccionó la vivienda que Samir compartía con su novia en la zona de Triana, ni se solicitó al juzgado el acceso a las cuentas bancarias e información telefónica, por no considerarlo una desaparición de alto riesgo.

El sábado a mediodía nada se había avanzado en su localización, y aquel nexo de su tatuaje bien podría ser una pista que vinculase ambos casos.

—Ibarra, ¿has solicitado las huellas del chico? —preguntó Peralta mientras arrancaba el coche y miraba hacia atrás para salir del aparcamiento.

Ambos habían comenzado a evaluar la zona, partiendo del radio inicial en torno a la calle Taliarte, y preveían recorrer las laberínticas alternativas del tráfico rodado en La Isleta. Un sinnúmero de callecillas estrechas por las que a duras penas pasaban los coches, y que desembocaban en callejones sin salida en algunos casos, en otras en calles de sentido contrario o en vías principales amplias y en pendiente. Los isleteros sabían moverse con facilidad entre la maraña de asfalto, aunque para los ajenos, aquella era una tarea difícil que requería no solo de memoria, sino de destreza al volante.

—Sí. Ojalá me equivoque y se trate de otra persona, pero ese tipo de *tattoo* blanco no es habitual.

—Pues no es tan borde como la imaginaba. La jueza, digo. Es putamente seria, pero bueno. ¡Ni tan mal! —exclamó Peralta justo antes de vocear al camión de reparto de cerveza para que se moviese de una vez y los dejase pasar.

Ibarra anotaba los escasos comercios que exhibían el cartelito amarillo que avisaba a los usuarios de la grabación de imágenes en

el interior del local. Una tienda electrónica en Taliarte, 54; una pastelería en la esquina de la calle Faro con Vasco de Gata; y hacia el sur, una relojería en la calle Princesa Guayarmina, junto a una tienda de productos ecológicos. Incluyó en la lista los comercios asiáticos que sin duda contarían con algún tipo de sistema de control en vídeo. En las proximidades no había sedes bancarias a excepción de una oficina de Cajamar en la arteria principal: la calle Juan Rejón.

—¿Y a ti que te pasa? Estás de un rarito esta mañana...

—Nada. Estoy a lo que tengo que estar. ¿Por qué cojones lo dejarían ahí justamente? —preguntó Aitor, cambiando de tema con rapidez. Patri lo conocía bien y no le apetecía que comenzase a sonsacarle.

—Bueno, mala idea no es. Hay tantos negocios que han echado el cierre..., incluso un par de casas tapiadas para evitar la puta ocupación. Quienquiera que lo haya hecho conoce la zona al dedillo.

—El ayuntamiento confirma que el camión del servicio de recogida de residuos pasó por la zona a la una y veinte. En ese momento vaciaron los contenedores. Así que desde esa hora en adelante tienes toda la madrugada para llegar hasta el contenedor sin ser visto —informó él.

—¡Lo que yo te diga! Putamente bien pensado. ¡A ver quién coño se atreve a deambular por esta zona a esas horas si no la conoce!

El teléfono de Ibarra comenzó a sonar. El llamante, un número no registrado.

—Inspector Ibarra. Guarde mi teléfono, soy la jueza Ramírez. Por favor, tengan en cuenta que hay que conseguir el mayor número de grabaciones para revisarlas cuanto antes. Quiero estar informada de cada dato. He mandado a varios efectivos a comprobar el resto de los contenedores de la zona por si aparecen otros miembros. Nos interesan en especial el torso y la cabeza. De modo que, cuanto mayor sea el radio de las cámaras, mucho mejor.

—Estamos en ello, señoría. Aunque le avanzo que no habrá demasiado material. La Isleta languidece, señoría, comercialmente hablando.

—Verifiquen también las opciones en Juan Rejón y Pérez Muñoz. El único acceso desde la autopista es la subida desde la iglesia de

Nuestra Señora de la Luz —apuntó Mara—. Justo enfrente tiene la concejalía de distrito y la biblioteca. Puede que ellos también graben imágenes por un simple tema de seguridad.

—Señoría. —Aitor hizo un gesto con la mano avisando a su compañera de que estacionase el vehículo, y salió del coche para buscar algo de privacidad—. Si tuviera usted un momento, creo que deberíamos hablar.

—¿Tiene que ver con el caso, inspector?

—No, señoría —admitió con cierto reparo por sacar la conversación.

—Entonces no creo que sea necesario. Esta es una isla pequeña. No quiero empezar mi trabajo en Las Palmas mezclando lo que no se debe mezclar. Imagino que lo entiende.

—La entiendo, señoría —acató.

—Estamos de acuerdo, entonces. Esperaremos las noticias del resultado de la necropsia y veremos si de ese pulgar se puede sacar una huella para comparar con la del desaparecido. Recemos para tener suerte.

CAPÍTULO 6

Mariposas de lima

Hace unos años, en un bar de campo, probé el mejor bizcocho del mundo. Era esponjoso y con un sabor a limón de tal intensidad que era difícil imaginar cómo habían logrado concentrarlo en aquella porción tan pequeña. Regresé a aquel bar de mala muerte, donde el público general se componía de obreros de la construcción en su descanso de mediodía y borrachuzos que habían empezado a beber a las nueve de la mañana, con el único ánimo de volver a comerlo. Con el tiempo me armé de valor para preguntar al camarero si aquel manjar lo confeccionaban ellos mismos, o si por el contrario lo compraban en alguna pastelería.

Costó unas visitas más saber que la autora de aquella delicia era una señora mayor, que llevaba batiendo aquella mezcla de limón desde hacía años, y que los elaboraba en su propia casa. Quise preguntar muchas veces cuál era su nombre, donde vivía, algo. Pero me venció la timidez. Me arrepiento mucho de no haberla sorteado, de no haberla encontrado, porque un buen día, aquel bizcocho de limón que me hacía tocar el cielo simplemente desapareció. La señora enfermó, y según averigüé en el bar, ninguno de sus hijos quiso continuar con la labor pastelera de la matriarca.

Anhelé ser uno de esos hijos ingratos. Quise que confiase en mí lo bastante como para darme la receta de esa nube cítrica. Lo intenté durante meses, primero replicar el bizcocho en vano, y luego localizarla. Fracasé en ambas tareas. Y después, la vida, la vida que te da una y mil oportunidades de cambiar las cosas, que te muestra vías que no habías considerado, que te envía señales inequívocas, me devolvió aquel sabor.

Vino de la mano de una receta totalmente diferente: Las galletas en forma de mariposa de Peggy Porschen. Admito que la primera vez que las elaboré no tenía la esperanza de conseguir algo parecido. Simplemente me parecieron bonitas en la foto del libro. Pero al probarlas, ¡ay, al probarlas! Fue como transportarme a otro mundo. ¿Quién diría que una mezcla sencilla de azúcar, mantequilla, ralladura de lima, huevo y harina causaría ese derroche de sensaciones? Podría morir con una de ellas en la boca y moriría a gusto. En paz.

Terminé de hornear la segunda tanda de mariposas a puerta cerrada, aprovechando cada minuto en el obrador una vez pasado el horario comercial. Los sábados, tras recogerlo todo y hacer la caja, me quedaba el tiempo que hiciera falta hasta dejar listos los postres del día siguiente. Hacia las ocho de la tarde me quité el delantal, cogí el bolso del mueble bajo del mostrador y apagué las luces. Era una suerte vivir cerca, sortear el tráfico después de todo un día de trabajo resultaría agotador. Caminé por la calle Domingo J. Navarro hasta llegar a la esquina con la principal peatonal y crucé los escasos metros hasta casa. Haber comprado la propiedad había sido arriesgado y a veces, cuando la caja del día era inferior a lo esperado, todavía sentía un poco de angustia. La hipoteca de la vivienda era cuantiosa y la cuota me mantenía alerta, pero aquel edificio histórico bien merecía el esfuerzo. Lo encontré por casualidad y admito que me enamoré al primer vistazo de su fachada, de sus paredes y de sus techos altos.

No me importó que estuviera en pésimas condiciones y que las facturas del fontanero y el electricista provocasen unos meses de apreturas económicas. Era mi casa, lo primero mío que tenía. Un sueño hecho realidad que moldearía con paciencia. Durante la mitad del primer año rescaté tantos muebles de la tienda de la Obra Social que la casa parecía estar inmersa en ese aire antiguo que yo quería para ella. Y así, poco a poco, todo fue cobrando vida.

Abrí el portón principal y comencé a subir las escaleras hasta mi rellano tratando de no hacer ruido al caminar. Doña Engracia, la vecina del bajo, era capaz de retenerte hasta una hora con su cháchara si te escuchaba llegar. No esperaba visita, no aquella

noche, y el sobresalto de encontrar a dos personas delante de la puerta provocó que casi cayese de espaldas escaleras abajo. Fue una suerte que uno de los agentes estuviese cerca y tirase de mí. Era guapo, moreno y alto, de gesto formal y aspecto de galán de telenovela. Me preguntó si me encontraba bien justo antes de presentarse, aunque reconozco que no escuché sus palabras, tenía el corazón en un puño.

—Somos los inspectores Ibarra y Peralta, señora. Policía Judicial. Si pudiéramos entrar para enseñarle unas fotografías... —dijo él.

—¿Lo han encontrado? ¿Ha aparecido Samir?

Hubo una mirada de cierta complicidad entre ellos.

—Será mejor que lo hablemos dentro, señora Mantecas.

Abrí la puerta con manos temblorosas y la angustia de quien presiente una tormenta. Si tenían fotografías sería porque habían dado con él, porque estaría en algún lugar, y no estaba segura de que aquello fuera bueno. A pesar de esa vocecita interior que te infunde esperanza, la seriedad de los dos inspectores no auguró ánimo sino todo lo contrario. Encendí las luces del recibidor y del salón, y dejé el bolso sobre una silla. Les ofrecí algo de tomar que rechazaron, y sacaron varios folios de una carpeta plástica.

—Eche un vistazo a estas imágenes, por favor. Necesitamos saber si se trata del mismo tatuaje de su pareja, Samir Mpunga.

Observé con detenimiento la impresión a color que mostraba una parte de la piel, aunque nada más. Solo el espacio reducido de un tatuaje. El dibujo distaba mucho del que yo recordaba, puesto que la piel tenía un aspecto raro, puede que deforme o hinchado. Pero sin duda era el tatuaje de Samir. No había otro igual en el mundo. Él se había encargado de eso. Una frase en francés de una canción que siempre me cantaba al oído mientras nos abrazábamos.

Samir recitaba «tout le ciel bleu», como en «Le temps de l'amour» de Françoise Hardy, y me repetía que si estábamos juntos el cielo siempre sería azul. Sin días negros, sin nubes que impidieran ver el sol. Era imposible que cualquier otro tatuaje fuese igual porque la elección de la frase había sido a ciegas sobre un papel, y a dedo alzado. Para completar la promesa de amor, un símbolo de una

estrella que yo misma garabateé y que Samir llevó al tatuador para que la incluyese sobre su piel.

Asentí a la pregunta del policía al tiempo que me echaba una mano a la boca para evitar gritar. Aquella foto presagiaba algo malo, o peor, algo terrible.

—Sentimos tener que comunicarle esto, señora —comenzó la mujer, pese a que yo no escuché nada más. Mis oídos solo percibieron un sonido similar a un pitido agudo que impedía discernir el resto, y tuve que sentarme de la impresión.

Se me secó la boca, me faltó el aire y sentí las rodillas temblar, y con ellas, la estabilidad de mi cuerpo. Dijeron que estaban haciendo todo lo humanamente posible para dar con quienes habían hecho aquello. Me informaron del hallazgo en La Isleta, de la comprobación de la huella de su pulgar que había resultado positiva, de lo que ocurriría en las próximas horas. Me explicaron la prueba posterior que estaba destinada a ratificar que el ADN coincidía con el de Samir, para lo cual se llevaron su cepillo de dientes.

El inspector Ibarra trató de infundirme seguridad, me habló con mucha paciencia. Aguardó hasta que yo terminé de llorar y fui capaz de prestarle atención a sus palabras. Me aseguró que ellos se encargarían de todo, que no debía preocuparme, me irían informando de cada paso del camino. Aitor Ibarra me entregó una tarjeta con su número por si tenía alguna duda, si recordaba algo que pudiera arrojar algo de luz a la investigación, o cualquier cosa. Me pareció sincero y todo un caballero. Caballeros como él no abundan. Yo lo sé bien.

Sentí un millón de cuchillos atravesarme el alma, agarrotar cada músculo del cuerpo y tensarme entera, desde el pecho que trataba de encajar cada latido a duras penas hasta la columna vertebral que sostenía con gran esfuerzo mi compostura. Me dolía la cabeza horrores, y estuve tentada de acercarme a un espejo para corroborar que no me habían estallado los ojos en las cuencas, como si fuesen dos huevitos de codorniz *a la poché*. Aunque la duda más importante de todas, la que se formuló en mi interior, era muchísimo más apremiante y necesaria de responder: «¿Quién había movido el cuerpo de Samir de donde yo lo había dejado?».

CAPÍTULO 7

El día siguiente a la aparición de los restos de Samir Mpunga comenzó con una reunión en la Supercomisaría. Desde bien entrada la mañana del domingo, los miembros del departamento de Homicidios de la Policía Judicial se habían repartido las tareas de visionado de las imágenes de las cámaras cercanas al contenedor, comprobación de los datos relativos al viaje del fisioterapeuta a Tenerife, y contacto con sus familiares y amigos. En la visita al domicilio de la pareja, se activó el protocolo habitual con el precintado del dormitorio de la víctima, y se informó a Beatriz Mantecas que debía dormir en otra zona de la casa o, a poder ser, en otra ubicación. Los técnicos en análisis informático peinaban el portátil del fallecido, que había sido entregado por su novia, y hacían un barrido a conciencia por si hubiera material eliminado de manera reciente.

Mara Ramírez encontró a todo el equipo enfrascado en un debate, puesto que no había imágenes de relevancia en la grabación de las cámaras en la zona de La Isleta.

—Repito que por Pérez Muñoz no subieron. Los veríamos y aquí no se ve nada más que un par de patinetes —insistió Pumares, un sesentón con muy malas pulgas que no acababa de entender por qué se había dado la orden de centrarse en esa vía de acceso al barrio.

—Buenos días a todos, para quienes no me conozcan, me presento: soy Mara Ramírez, desde ayer sábado, titular del Juzgado de Instrucción n.º 7. Peralta, Ibarra, ¿alguna novedad?

—Ninguna, señoría. Nadie vio nada. Tampoco aparece en los vídeos nada sospechoso —informó Aitor, esbozando una levísima sonrisa en su dirección, que le ocupó solo las comisuras y que frenó de lleno al darse cuenta de su estupidez.

—Estamos asumiendo que llegaron a las proximidades en coche, ¿y si lo mataron en la nave abandonada que está aquí? —señaló Pumares, acercándose al plano de la ciudad que ocupaba de punta a punta una pared de la sala. A continuación, marcó la edificación ubicada a sesenta metros del contenedor, y que se mantenía en pie a duras penas, antes de continuar con su hipótesis—. Pudieron escapar *a patita*. Dejaron un trozo aquí en la esquina, y se deshicieron del resto como de un rompecabezas. Solo nos falta encontrar las piezas y terminar de armarlo.

—No, subinspector. Para despiezar a un hombre hace falta intimididad y, según me cuentan, esa nave se utiliza como punto de consumo. Hay trasiego de gente. Eso significa variedad de testigos. Mucho riesgo. Lo hicieron en otro lugar.

En respuesta a la puntualización de Mara, Ernesto Pumares lanzó una primera mirada despectiva en dirección a la jueza. No le gustaba que le llevasen la contraria, pero menos todavía que lo hiciera una mujer, y además recién llegada. Él seguía anclado en unos años en los que el orden establecido era masculino, y donde la antigüedad y los galones tenían más peso que los argumentos.

—Ya le digo, señoría. Es un puto antro. Un puto fumadero. Entrar ahí es arriesgarte a no salir —apuntó Peralta—. Compañero, yo estoy con su señoría, lo mataron en otro sitio.

—Además, han remitido al juzgado el informe forense esta mañana. Se aprecian restos de roca caliza, formaldehído, nitrito potásico y altas dosis de amoníaco, aunque también hojas, hierba. En resumen: todo apunta a campo. Sabemos que desapareció en Agaete y no llegó a coger el barco. Luego, entre Agaete y el contenedor, algo ocurrió. Debemos averiguar todo lo posible sobre él, porque si no subió al ferri cuando lo esperaban en Tenerife, será por algún motivo. Habría que valorar además la criminalidad de Agaete, incluso los fichados por delitos menores. Podría ser una opción que Samir viese más de la cuenta, y se lo quitasen de en medio.

—Tiene todo el sentido, señoría. Puede que alguien lo retuviera pensando en liberarlo después y luego se complicase la cosa. No sería tan raro —señaló Aitor Ibarra sin pensar mucho.

—¿Un secuestro en un sitio petado de viajeros a las doce del mediodía? Difícil. Este *tolai* le mintió a la novia. Todavía hay que corroborar que sea realmente *fisio*. ¿Habéis solicitado el número de colegiado, Patricia? Lo digo para que aquí tu compi y tú tengáis las cositas claras. Porque con la misma no es ni *fisio* ni mierda. No me extrañaría nada.

—Está putamente confirmado, Pumares, mi niño. No te preocupes tanto por mi compañero y por mí, que formamos un equipo de la hostia, y a rigor no nos gana nadie. Pero gracias por concursar.

—Señoría, *el Sami* hace el paripé —comenzó a elaborar el veterano tras lanzar una mirada de desprecio en dirección a Ibarra y Peralta, que dejó a Mara perpleja—, le dice a la chica que se va a un congreso y luego se va a otro sitio. Algún trapicheo tendría, algún lío extraño. Estos están acostumbrados a mentir. Cuando llegan en patera dicen que son menores, o que no entienden nada. *El Sami* este es un espabilado más. Ellos tienen recursos, se buscan la vida con poco. Si en África se dopan hasta olisqueando pegamento del malo. Este seguro que tenía un negocio de trapicheo a pequeña o mediana escala y se le complicó la cosa. Lo que pasa es que como acaba usted de llegar, es normal que peque de cauta al principio, pero hágame caso que yo a esta gentuza la tengo calada. Estos mienten más que hablan.

—Me parece que no acabo de comprender su hipótesis —soltó Mara con ganas de que el mismo Pumares cavase su propia tumba por impresentable y racista.

—¿Por qué no nos centramos en analizar ambas zonas y tiramos a partir de ahí? Es lo más lógico, compañero. —La frase de Aitor causó un silencio general puesto que era de sobra conocida la enemistad entre Ernesto Pumares e Ibarra. Este rara vez se atrevía a dirigirle la palabra, y mucho menos a interrumpirlo.

—No te confundas, Aitanita, ni yo soy tu compañero ni me importa una mierda tu opinión. ¡No tienes ni puta idea! —espetó Pumares a Aitor, antes de continuar hablando directamente a la jueza—. Si me lo permite, señoría, los de aquí conocemos bien a los inmigrantes y cómo se las gastan. Si no es un lío de faldas, será de droga o un ajuste de cuentas. A Canarias llega lo peor de lo peor.

—Fuera. —El monosílabo de Mara Ramírez fue emitido en un tono calmado, y el eco en la sala se acentuó.

—Pero ¿sigue sin entender lo que le digo? Pues tampoco es tan difícil, mujer.

—Pumares, vamos, deja a la jueza que saque las conclusiones que crea convenientes. —Quien salió en auxilio de su compañero fue Raúl, un jovencito recién licenciado y con cara de empollón de instituto privado.

—Tranquilo, Raulito, que la señora jueza puede tomarse dos segundos de su valioso tiempo en explicarme a qué se refiere. ¡Vamos, digo yo! A no ser que nos hayamos vuelto todos locos y me esté echando del caso. ¡Que ya te digo yo que no es eso!

—Lo quiero fuera de los dos: de la sala y de la investigación, ya puestos. No solo es usted prejuicioso, lo cual lo incapacita para valorar la realidad sin dobleces, sino que salta a la vista que tampoco sabe trabajar en equipo. Así que usted me sobra. Estoy segura de que podría ser útil si controlase un poco su carácter e hiciera lo que tenemos que hacer todos: evaluar la situación sin emitir juicios de valor que no vienen al caso, y mucho menos con respecto a una víctima. Pero me parece que lo de controlarse y acatar no es lo suyo. Por eso lo invito a marcharse ahora, y así nos ahorramos todos perder un tiempo precioso.

—¡Vamos, no me joda! —replicó sin pensárselo ni dos veces—. Está usted en comisaría, no en el juzgado, y en comisaría hay rangos en los que usted no puede meterse. Aquí quien manda es el comisario Melián. Aquí, señorita, pesan más los galones y la experiencia que la agenda política del charlatán de turno, o los altos cargos con los que tenga usted intimidación.

—¡Pumares! —trataron de frenarlo varios.

—¿Ve como no calla? Le he dado la opción de salir de aquí con cierta dignidad, pero no hay manera. En lugar de hacer un poquito de autocrítica, se lanza usted a la piscina de barro a por otro revolcón. Con eso de intimidación, ¿insinúa usted que he llegado a jueza hincando algo que no sean los codos, subinspector? Créame que me encantaría que me lo explicase bien, por si las dudas.

—¡Piense usted lo que quiera! —replicó.

—Bueno, ¡ya está bien! Por lo visto hay mayor interés en seguir a la gresca que en pillar al asesino. ¡Es que de verdad! —exhaló Aitor, hastiado de tanto problema—. Hagamos nuestro trabajo y punto.

Pumares estaba a punto de dar su brazo a torcer, incluso admitir que lo había hecho mal. Pasó por su cabeza una escueta disculpa general con la que calmar las aguas, pero todo se truncó. El motivo fue que precisamente Aitor Ibarra le llamase la atención. Le revolvió el café corto que había apurado en el bar de la calle trasera al edificio y que todavía llevaba en el estómago. Le asqueó que alguien como Aitor se creyese capaz de dar lecciones de formas y moral a nadie. Y como cualquier vaso a punto de rebosar, cualquier caldera a punto de reventar, Ernesto Pumares estalló con todo el odio y la ira acumulados.

—¿Cómo has dicho, mariconas? ¿Me mandas a callar tú, travelo de mierda? ¡Vamos, hazme callar! ¿No quieres ser un hombre? ¡Demuéstralo, bollera con barba! —rugió.

En un acto de precaución ante la bronca que acababa de estallar, Raúl Gómez salió de la sala de investigación en busca del comisario Melián. No fue un hecho exagerado ni premonitorio, sino el conocer cómo se las gastaba su compañero, puesto que la escalada violenta de Pumares era casi inevitable. Aquello había que pararlo antes de que se desmadrara mucho más.

—¡Te voy a partir la boca, cabrón! —se lanzó hacia él Ibarra, a pesar de que Patri lo sujetaba bien fuerte para que no metiese la pata.

El resto de los presentes trataba de separarlos, mientras Pumares no solo se enorgullecía de lo que estaba pasando, sino que sonreía a boca llena al ver a Ibarra perder la compostura.

—¡Vamos, muñequita! ¡Veamos si la testosterona que te pinchas como un jodido yonqui es suficiente como para hacerte crecer los cojones! Que encima tu tratamiento sale de mis impuestos. ¡Tócate las narices! ¡Lo pago con mi sueldo, me cago en todo, con mi sueldo!

—¡Pero ¿qué está pasando aquí?! —Melián irrumpió en la sala de investigación con la clara intención de poner paz—. ¡Pumares, por tu madre, tranquilízate!

—¿Te demuestro los cojones que tengo? —soltó Aitor también fuera de sí, dispuesto a saltarse a Melián para darle un escarmiento al viejo de una vez por todas—. Llevo así dos años, idos putos años! ¡Ya no puedo más! Si tenemos que reventarnos la boca hoy nos la reventamos y punto.

—¡Vamos a tranquilizarnos todos un poco! —soltó Patri, tirando de su compañero—. ¡Venga, gente, que esto no es un patio de colegio! Que tenemos muchas cosas entre manos.

—Eso, buena idea. ¡A darse un apretón de manos y a seguir currando! Venga, Pumares, Ibarra. Venga, se pide perdón y aquí no ha pasado nada. ¡Que no se diga, hombre! —soltó Murillo con una terrible habilidad para meter la pata.

—¿Que yo le pida perdón a quién? ¿A este engendro? ¡Lo que me faltaba por oír! ¿Que yo pida perdón por decir lo que piensa la mayoría? ¡Ni de puta broma! ¡Tanta Irene Montero y tanta puta hostia!

—¡Pumares, ya está bien! —bramó Melián, perdiendo la paciencia—. Disculpe, señoría, esto no es lo habitual.

—Ahora que está usted presente, comisario, aprovecho para reiterar lo que he dicho antes. No quiero a este sujeto en el caso. Pero si tiene usted alguna pega, estaré encantada de recordarle a ambos que el juez instructor lidera la investigación judicial. —Mara Ramírez fue tan clara que sus palabras actuaron como repelente a cualquier otro altercado—. Ibarra, Peralta, están al frente del equipo. Quiero que me informen de cuanto vayan averiguando. Debemos hacer lo necesario para dar con el culpable de la muerte de Samir. Murillo, Viera, Montoya, ustedes quédense también. Subinspector Pumares, si no le importa salir de la sala..., el tiempo apremia.

—¡Valiente panda de hijos de puta que estáis hechos! Sois unos vendidos de mierda —refunfuñó el veterano al cruzar la puerta acompañado del comisario Melián.

—Menudo par tiene la tía —susurró Peralta en dirección a un Aitor lleno de ira y vergüenza.

—Bien, seguimos. Quiero las grabaciones de todo el martes en Agaete. Las del muelle y también las de los aparcamientos, vías de acceso al barco, cualquier cosa que sirva. Si Samir cambió de

destino en algún momento, alguien debió de verlo. Alguien en esta isla debe saber qué le ocurrió.

Dos horas después, los miembros de la Policía Judicial continuaban exponiendo sus hipótesis y elementos recabados ante la jueza Ramírez. Aitor Ibarra trataba de no cruzar miradas con Mara, abochornado y totalmente exhausto por la trifulca previa.

—Los amigos de Samir tampoco saben nada, señoría. Lo califican como un buen tipo, trabajador, hogareño. No estaba metido en líos raros.

—¿Y la novia? —preguntó la jueza.

—No se explica qué ha podido ocurrir. Nos dio la impresión a Ibarra y a mí de que está putamente sobrepasada por la situación, en *shock*, como es lógico en estos casos. Pensábamos ir a hablar con ella de nuevo hoy, para ver si ha recordado algo referente a las últimas semanas. Quizá Samir cambió sus rutinas. Cualquier cosa nos valdría, señoría. También queremos preguntar a la vecina de abajo. Es una cotilla y las cotillas siempre ayudan.

—Me parece bien, Peralta. Sigán por ahí. Volveremos a vernos esta tarde. Máxima prioridad a este tema, ¿de acuerdo?

Los presentes asintieron y fueron abandonando la sala hasta dejarla desierta, a excepción del efectivo responsable de visionar las grabaciones de La Isleta. Mara Ramírez se sentó junto a él y le dio indicaciones sobre qué horas y ángulos le parecían más plausibles. Tuvo en cuenta la información del servicio municipal de recogida de residuos, puesto que, según sus datos, el camión de basura había vaciado el contenedor a la una de la madrugada.

—Pare un momento, retroceda —instruyó ella—. ¿Qué es eso?

—Parece un Glovo, señoría. Un repartidor en patinete eléctrico.

En la imagen, una figura ataviada con casco de color claro, sudadera negra y pantalones a juego realizaba el trayecto ascendente desde la iglesia de Nuestra Señora de la Luz, llevando a la espalda una mochila isotérmica de color amarillo chillón.

—Pero no tiene logotipo... —señaló ella—, raro, ¿no? Compruebe si viró a la izquierda y siguió adelante por Juan Rejón. En la cámara de Cajamar debería de aparecer.

—No, señorita, a la misma hora no pasó por Juan Rejón, debe de haber subido Pérez Muñoz hacia arriba. Espere, lo comprobaremos, tenemos las grabaciones de la cámara de la farmacia que está más adelante.

El subinspector Murillo proyectó ambas imágenes en la misma franja horaria para poder comprobar que el trayecto comentado era el correcto.

—No, no siguió hacia arriba —concluyó Mara—, pero si no giró a la izquierda al pasar la iglesia, no le quedaba otra que seguir de frente, en contrasentido no puede conducir.

—Hay otra alternativa, señorita: que subiera por la calle Pérez Muñoz, pero se desviase antes de la farmacia. La farmacia está pasando la calle Tecén, si se hubiera desviado por ahí, a la izquierda, en menos de un minuto hubiera llegado a la calle Taliarte. Pero un patinete..., imaginaba que buscábamos algo más grande donde trasladar un cuerpo.

—¿Quién dice que trasladaron todo el cadáver? Solo hemos dado con un brazo que cabe perfectamente en esa mochila. Además, que yo sepa, a las cuatro de la mañana ya no hay repartos a domicilio en Las Palmas. Murillo, ¿puede ampliar la imagen? Hay algo en el casco.

—Mara Ramírez se acercó al monitor para escudriñar el fotograma—. ¿Son dientes?

—Algún tipo de héroe o villano. No parece un casco muy común —indicó Murillo al tiempo que tecleaba en su ordenador con rapidez—. Ahí lo tiene. Edición limitada de Marvel. Es la cabeza del personaje de Venom. Quizá sea una forma de dar con el conductor.

CAPÍTULO 8

Doña Engracia Sosa era la típica vecina incordio. Se asomaba a las diez en punto a la ventana de su vivienda en la planta baja de una antigua casa prominente, que había sido dividida muchos años antes en dos pisos. Colocaba también un almohadón mullido sobre el marco de la ventana para que su caniche gris se acostase junto a ella. Cualquiera que observase con atención podría apreciar que tanto tiempo juntos los había mimetizado hasta el punto de que ambos compartían cierto parecido.

La anciana se entretenía con el trasiego diario de la calle Mayor de Triana. Le gustaban especialmente los domingos, porque los viandantes de la peatonal paseaban con tiempo en lugar de trasladarse de un lugar al otro con la rapidez de un día de trabajo. Los niños pedían a sus padres alguna golosina, o un helado en la famosa heladería Guirlache, la más antigua de la zona. Las parejas jóvenes se hacían arrumacos o se robaban un beso y andaban cogidos de la mano.

La llegada de la Policía Judicial aquel domingo fue para doña Engracia todo un acontecimiento. Los recordó de inmediato de la noche anterior en la que les había abierto el zaguán, y no tuvieron ni que pedirle un momento para hablar con ella, puesto que tras el saludo insistió en que entrasen a tomar un café.

Toda la casa olía a orina rancia de perro y a aerosol mentolado para el dolor de espalda. A Ibarra no le resultó difícil imaginar que la buena mujer tenía verdaderos problemas para hacerse cargo de las tareas diarias debido a su avanzada edad. Podían deducirse muchas cosas cuando se analizaba un lugar. Como por ejemplo que doña Engracia no contaba con familia inmediata, o si contaba con ella, estos no la visitaban con frecuencia. Porque en tal caso alguien se ocuparía de la limpieza o contrataría servicio doméstico para dar un poco de agua y jabón a aquel sitio.

—Pero pasen, adelante. Les preparo un cafecito enseguida.

—No se moleste, de verdad. No podemos estar mucho rato, señora. —Peralta rezaba en silencio para que la mujer no insistiera. Echar un vistazo a la cocina, con la pila de loza sin lavar y las moscas revoloteando alrededor, era bastante como para cerrarle el estómago.

—¡Qué desgracia más grande lo de ese muchachito! ¡Con lo buenazo que era! —Doña Engracia se santiguó al terminar la frase.

—¿Qué puede usted contarnos de Samir, señora? —inició Aitor.

—Una bellísima persona. Educado. Siempre sonriente. A veces me traía alguna cosa del mercado o del súper, porque yo con esta artrosis no puedo cargar. Muy atento, sí, señor, muy atento. Más allá me arregló la cisterna que se salía. Y en Navidad siempre tenía un detalle, siempre, sí, es verdad, siempre. ¡Qué desgracia más grande!

—¿Y la pareja qué tal se llevaba?

—Pues bien, mi niña. Creo que se iban a casar. Bueno, eso me pareció a mí. Siempre juntos, sin peleas ni nada. Antes de que ellos vinieran tenía arriba a un par que ni se imagina. Los gritos se oían hasta de madrugada. ¡Fuerte *chusmerío*! Hasta palabras fuertes se decían, que si el macho de la cabra, que si hija de... ¡Madre mía! Una vez estuve a punto de llamarlos a ustedes porque tanto grito, tanto grito... una se asusta. Pero con los muchachitos nuevos nada de nada. A veces un poco de música alta el fin de semana, aunque cuando daban las diez y media o las once la bajaban. Pero sin escandaleras ni nada. Son chiquillos trabajadores. Ella es pastelera, ¿saben? Yo porque tengo azúcar y no puedo comer esas cosas, pero tiene una pastelería más allá, cruzando la calle. Una preciosidad. Tan coqueta. Y él hace masajes —doña Engracia sacó un pañuelo de papel arrugado de la manga de su rebeca y se secó las lágrimas antes de corregirse a sí misma—..., bueno, hacía masajes. ¡Qué pena tan grande! ¡Qué desgracia! ¿Y quién ha sido? ¿Un asesino en serie como esos de las películas?

—Todavía no lo sabemos, señora. Aún se está determinando si se trata de él. Los técnicos deben confirmar que el ADN coincide.

—¡Ay, Dios mío! Dentro de poco esto va a ser como en esos países donde te paras en el semáforo y arramblan contigo. Esta isla está

echada a perder.

Con la frase lapidaria de doña Engracia aún en la cabeza, Aitor Ibarra se despidió de la anciana con la mano. La mujer y su perro habían vuelto a ocupar su observatorio tras la marcha de los inspectores, y analizaban curiosos todo cuanto ocurría. Ella tenía razón, la pastelería de Beatriz Mantecas, pareja de Samir, se ubicaba en la calle Domingo J. Navarro, a escasos metros a pie de la perpendicular principal. La fachada pintada de rosa resultaba inconfundible, y en el caso remoto de que el color no fuera lo bastante diferenciador, la decoración del arco de entrada llamaba la atención de cualquiera. Un sinnúmero de calabazas de varios tonos de naranja e igual cantidad de tamaños se asían estratégicamente a una enorme guirnalda de vegetación verde. También había hojas rojas de arce que añadían el regusto otoñal necesario en la época, pese a que en el otoño de Canarias se mantenía la temperatura veraniega.

Desde el exterior, y a través de las amplias cristaleras con cuarterones de madera, podían contarse un total de diez mesas redondas, con capacidad máxima para cuatro comensales. Las sillas y toda la pared interior estaban teñidos de un rosa pastel casi imperceptible, que combinaba a la perfección con los múltiples arreglos florales que se habían colocado en cada rincón, y algunos ornamentos de cobre. Enormes marmitas de metal antiguo colgaban de una de las paredes, la más próxima a la trastienda. También había moldes con forma de gallo, de corona y de estrella. La encimera de mármol claro hacía las veces de zona de despacho de víveres, y la vitrina de cristal de líneas rectas ofrecía una variedad espectacular de dulces coloridos, salpicados de flores comestibles.

En Betty Bacon se respiraba el buen rollo, la alegría y la dulzura. No solo por el ambiente jovial que Beatriz transmitía al atender a los clientes, sino también por la música de fondo que confería cierto aire parisino y glamuroso, además del olor a dulce artesano. Con esos matices de mantequilla buena, el del caramelo, la fruta, y hasta el bizcocho que se adivinaba terminándose de hornear.

Beatriz sonreía ante cada piropo de los clientes con respecto al pedazo de tarta o el *muffin* que acababan de terminar, aunque sus

ojos mostraban cierta tristeza. Las ojeras que había tratado de tapar con maquillaje estaban ahí, impertérritas, recordando a los inspectores que menos de veinticuatro horas antes le habían comunicado el fallecimiento del hombre de su vida.

Aitor echó un vistazo a la estampa y se compadeció de ella. Imaginó lo complicado que resultaría tener que fingir que todo iba bien dadas las circunstancias, puesto que había compartido con ellos que no tenía a nadie más para ocuparse del local. Se notaba a la legua que estaba haciendo un verdadero esfuerzo por seguir adelante. Se había maquillado con esmero y su pelo pelirrojo formaba dos moños altos a ambos lados de la coronilla. También su vestimenta combinaba con el local, con un aspecto de *pin up* de los años cincuenta en su versión obesa, con un vestido verde turquesa de escote pronunciado, que revelaba una tez lechosa.

Beatriz esbozó una sonrisa triste en dirección a los inspectores y se contoneó al otro lado de la vitrina expositora.

—Los domingos por la mañana hay mucho movimiento —anunció.

—No se preocupe, esperaremos. No tenemos prisa. Solo queremos hablar un poco por si ha recordado usted algo más. —Ibarra le devolvió la sonrisa por pura inercia al terminar la frase. Decidieron instalarse en una de las mesas del interior, la más cercana a la puerta.

El trajín era incesante, lo bastante como para mantenerla ocupada en la siguiente hora, y Peralta e Ibarra se enfrascaron en tareas diferentes para pasar el rato. Él en observar y analizar todo cuanto ocurría. Ella, en leer el informe forense al detalle, así como los documentos contenidos en la unidad virtual compartida: la apertura de diligencias emitida por el Juzgado de Instrucción n.º 7 de Las Palmas de Gran Canaria, la pericial redactada por el responsable de la necropsia en el Instituto de Medicina Legal, así como otro informe recibido del Servicio Canario de Salud con el historial médico de Samir Mpunga. A pesar de la presencia de formaldehído, nitrito potásico y roca caliza, no había tóxicos compatibles con el consumo de drogas, legales o ilegales, en las muestras tomadas a su brazo. Tampoco figuraban en su historia médica antecedentes de enfermedad mental, o dolencias reseñables, más allá de un par de

constipados y una operación de apendicitis. Samir era un tipo sano, sencillo. Un tipo normal que un buen día desapareció sin dejar rastro y sin ninguna explicación aparente.

Cuando llevaban algo más de una hora y media de espera, el móvil de Patri Peralta comenzó a sonar. Ella mostró la pantalla a su compañero y salió de la pastelería para responder. El breve lapso que duró la conversación llenó de dudas a Aitor. Era la jueza quien había efectuado la llamada. La jueza a quien él había enviado un mensaje de texto pidiendo un momento para hablar y que lo había dejado en visto. La jueza que probablemente tenía mil reproches que hacerle por no haber ido de frente y haberle dicho quién era él, o en realidad qué era.

Aitor emitió un suspiro de hastío. Aquella era una pregunta que había tardado mucho en saber responder. Doce años antes se plantó por primera vez delante del espejo y se admitió que evitaba mirar su reflejo si estaba desnudo. No tenía ni idea de que aquel rechazo, aquella sensación ajena tenía un nombre científico, y que la disforia de género que padecía le resultaba tan obtusa y lejana como su *dead name*, el nombre que le pusieron al nacer: Aitana. Doce años antes buscó información en internet por miedo a compartir con nadie sus pensamientos. Era una ironía en toda regla repetir la situación hasta el infinito cada vez que conocía a alguien que le interesaba. Le daba igual lo que una desconocida pensase sobre él, pero con Mara las cosas se habían complicado. No se trataba de una «sin nombre».

—Era la jueza Ramírez —informó Peralta a su regreso—. Han recibido los datos de la empresa de telefonía. Sitúan el móvil de Samir en Agaete a la hora de la salida del barco, pero luego nada. Parece que lo apagaron. A lo mejor lo tiraron al mar, vete tú a saber.

—¿Por qué no me ha llamado a mí?

—Mira que eres bobo. ¿Te has puesto celoso? Si sabes que eres mi preferido. Lo de mi marido es una tapadera para que nadie sepa que estoy putamente loca por ti —bromeó.

Aitor trató de parecer impasible, pero Patricia le leyó la preocupación en la cara.

—¿Todavía le estás dando vueltas a lo de Pumares? Olvídate de ese tío ya, o mejor, denúncialo de una puta vez. No sé por qué coño no lo has hecho. Con menos lo empapelarían y lo sabes.

—No serviría de nada. Él seguiría pensando lo mismo. No se trata de eliminar, sino de educar. De cambiar las cosas.

Dos años atrás, recién llegado Aitor a la Judicial, el comisario Melián lo emparejó con Pumares. Ernesto acababa de perder a su compañero por un cáncer de pulmón, a su hermano del alma. Necesitaba pasar el duelo con alguien que apenas conociese sus muchas faltas. Ernesto y Aitor conectaron con facilidad, de alguna manera Aitor se convirtió en ese hijo que Pumares nunca tuvo, en ese amigo que echaba en falta, el pupilo que lo escuchaba con admiración mientras él relataba sus batallitas.

Una noche de seguimiento se convirtió en un momento crucial en la relación entre ambos. Dentro de aquel Ford Mondeo, Pumares se rompió y se abrió en canal con Aitor. Le habló de su infancia y de un padre abusivo al cual nunca consiguió odiar. De cómo conoció a su mujer y lo importante que era para él. Le habló del dolor de las pruebas que confirmaron su esterilidad. De lo mucho que se arrepentía por no haber adoptado a tiempo. Quizá la juventud de Aitor provocase en Pumares cierta nostalgia a lo que pudo haber sido y no fue, la materialización de un hipotético hijo. Aquella noche de guardia, al dejar a Ibarra en su piso, Ernesto Pumares salió del coche y le dio un gran abrazo que simbolizaba muchas cosas. Fraternidad y respeto por encima de todo.

Aitor pensó que aquella hermandad no se rompería nunca. Asumió que, al confiarle Pumares sus secretos más recónditos y privados, era de justicia que él también se abriese. No lo hizo de inmediato, sino que dejó pasar unas semanas hasta que apreció que la relación se estrechaba no por un momento puntual, sino que se había convertido en una camaradería honesta y cercana. No era solo Ibarra quien la percibía, sino que en la central se hacían bromas con respecto a la obvia debilidad de Ernesto Pumares por su nuevo compañero.

Fue en una guardia muy similar a la del abrazo, el día en el que Aitor relató a su compañero que él era un hombre transgénero. Se lo

explicó de una forma progresiva, con la verdad por delante, y, sobre todo, con paciencia. Comenzó como solían empezar esas historias: por la infancia en la que sintió que no encajaba. Le habló de lo natural que resultaba ir vestido siempre de chico y de unos padres que no forzaron la situación en ninguno de los sentidos de la balanza. Con la llegada de la pubertad y los cambios hormonales, se inició un tortuoso camino de autodescubrimiento en el cual contó con todo el apoyo del mundo. Pero que su familia lo apoyase desde el principio no lo hizo menos difícil, aún estaba el resto de la gente.

Aitor se sintió como si hablase con un viejo amigo. Le contó todo: desde la primera vez que se pinchó *testo*, la cinta y el *binder* que utilizaba para disimular el pecho, hasta que por fin pudo reunir el dinero y hacerse la mastectomía para eliminarlo del todo. Le habló de cuándo comenzaron los primeros cambios, de la salida de la barba y la emoción que aquel vello facial causó en él. Aitor se descarnó, le expuso sus miedos a no sentirse lo bastante hombre pese a haber celebrado el décimo aniversario de su transición, como si Ernesto Pumares se hubiera convertido de pronto en una especie de abuelo enrollado al cual puedes hablarle de cualquier cosa.

Durante todo el relato, Pumares se mantuvo callado, escuchaba y abría mucho los ojos, o fruncía el ceño como si estuviese analizando con cuidado la revelación de Aitor. Cuando por fin abrió la boca fue para dejar salir una carcajada. Continuó riendo hasta que salió del coche, rio tanto que provocó que Aitor saliese con él, con miedo de que fuese presa de un brote psicótico. Pumares entonces hizo algo que Aitor jamás habría imaginado: lo atacó sin piedad y, dándole un puñetazo, lo dejó sentado en la acera. Lo insultó y lo amenazó con arrancarle la cabeza si se acercaba a él. Una hora después solicitaba el cambio de compañero con carácter urgente.

Aitor no entendía la razón del enfado monumental. ¿Qué molestaba realmente a Pumares? ¿Que no se lo hubiera dicho antes?, ¿que se lo hubiera dicho cuando en realidad se lo podría haber callado y dejar el secreto bajo la alfombra donde debía estar? ¿Lo enervaba el cariño que había empezado a sentir por Ibarra? ¿No haberse dado cuenta él mismo?

Pero Pumares no se contentó con apartarse de Aitor, sino que se dedicó a contar sus secretos, su historia y sus miedos. Lo reveló todo, de pe a pa. La lógica remó entonces en contra de Ernesto Pumares, sobre todo cuando observó que los efectivos, sin excepción alguna, seguían tratando de la misma forma a Ibarra. Para ellos nada había cambiado. Aitor seguía siendo un chico del norte con cara de buenazo, que cambiaba una guardia sin problemas si hacía falta echar una mano, que destacaba por su puntualidad suiza, su rigor al elaborar los informes. Puede que esa normalidad fuese el detonante del odio visceral del veterano, de su desprecio absoluto. Para Pumares odiar a Aitor fue lo más sencillo, su única coraza para protegerse de un medio que cambiaba un poquito cada día, un mundo al cual ni comprendía ni aceptaba.

CAPÍTULO 9

Cupcakes de fresa y champán francés

Londres es mi ciudad favorita del mundo. Lo digo, lo pienso, lo siento y lo sé. Podría trasladarme allí mañana mismo. Preparar una maleta bien grande con mis moldes, el rodillo de mármol que Samir me regaló por mi cumpleaños, la libreta con mis recetas y poco más. Huele siempre diferente: a lluvia, a sol a veces, a flores recién cortadas, a chocolate caliente... Me enamoré de la ciudad la primera vez que la vi, pese a que era de noche y una veintena de vagabundos dormían en el exterior de la Estación Victoria.

Yo tenía dieciocho años y trabajé en todas las vacaciones escolares para reunir el dinero del viaje. Fue un vuelo chárter el que unió entonces mi isla con el segundo de los aeropuertos más visitados de Londres, el de Gatwick. Y tras cuatro horas encajonada en aquel asiento, donde el cinturón de seguridad era demasiado corto para abarcarme, crucé el acceso a la terminal de tren que me llevaría hasta el centro de la ciudad.

Tenía tantos sueños por cumplir entonces... Allí vi por vez primera a una chica gorda como yo vestir con colores alegres, y causar admiración a su paso. Yo, que solo cambiaba una camisa ancha por otra en combinación con mis inalterables vaqueros. Recuerdo el momento exacto en el que salió de la librería Books for Cooks en Portobello, enfundada en un vestido color cereza. Quise ser esa chica de inmediato. Quise poder pintarme como ella, vestirme como ella, caminar como ella. Quise gustar como ella. Que los hombres se volteasen a mi paso y dijese algo bonito. Nunca me habían dicho nada bonito, si obviaba a Aday, el malote de mi instituto. Él lo fingió todo. ¡Qué estúpida fui! ¿Cómo consiguió engatusarme con cuatro tonterías para que cediera, para que me dejara besar y sobar tan

fácilmente? Yo pensé que no había mayor maldad en el mundo que la que había experimentado. Llega un momento en el que los insultos son tantos y tan habituales que acabas por asumirlos, por asimilarlos. Yo lo hice. Pero cuando días después de jurarme amor eterno se rio en mi cara delante de sus amigos, y Ramón le colocó un flamante billete de veinte euros en la mano, me di cuenta de que hay mucha más maldad en las personas de lo que uno aprecia al primer vistazo. Una maldad oscura y oculta que solo percibes si estás muy atento.

También en aquel primer viaje a Londres probé los *cupcakes* de fresa y champán francés de Peggy. ¡Oh, Peggy! Ella sí que sabe. ¡Menuda combinación ganadora! El bizcochito mullido y oloroso de vainilla coronado por la crema rosa resultante de batir queso y mantequilla a partes iguales, el doble de azúcar y tanto champán como te apetezca. Peggy impregna el *cupcake* en un almíbar, y rellena su interior con confitura casera de fresas. Luego forma un rosetón con la manga y lo decora con la mitad de una fresa silvestre, tan roja que te apetece incluso besarla.

Me senté en la pequeña terraza del local de Belgravia con una limonada rosa y esa obra de arte, y lo degusté a conciencia. ¡Qué maravilla! ¡Qué mente tan privilegiada! ¡Qué talento inconmensurable el suyo! Aquel mismo día me juré que yo lograría todo eso. Que vestiría con arrebatos, que despertaría deseo, que serviría los postres que practicaba a escondidas de papá. La gente entraría en mi pastelería y yo me convertiría en la inspiración.

Lo terrible de soñar no es ser incapaz de llevarlo a cabo, sino el saber que puedes hacerlo, aunque elijas el miedo. Yo regresé llena de ideas, pero todas ellas acabaron en un cajón. «Eso no son más que tonterías». A papá solo le bastó decirlo una vez para que yo claudicara. No tuvo ni que imponerse. Yo tenía tanto pavor a que sus palabras fuesen verdad que opté por lo conocido, por lo seguro, por lo real. Y así fue como recién llegada de mi ciudad favorita del mundo, me matriculé en la Facultad de Veterinaria. Yo estaba destinada a suceder a mi padre, sería su mano derecha, la encargada de atender a los clientes que nos habían dado de comer

durante tantos años. No era un trabajo horrible, pero no era el futuro que yo quería para mí.

Saqué la carrera con matrícula de honor, y en cuatro años exactos ya vestía una bata blanca e introducía termómetros en el ano de cualquier bicho que me pusieran delante. A eso se redujo mi primer año con papá, a tomar temperaturas, observar mucho, poner alguna vacuna y sujetar al animal el resto del tiempo. Mientras agarraba por las patas al paciente de turno, dejaba la mente en blanco y recordaba el sabor de la mezcla ideal de fresas y champán. Me imaginaba paseando un domingo por el Borough Market vestida de azul turquesa, y el pelo recogido en un moño alto. Me pintaría los labios de rojo pasión y mis tacones combinarían con mis besos.

—Señora Mantecas, ¿se encuentra usted bien? —La voz del poli guapo me sacó de toda una avalancha de recuerdos.

—Por favor, no me llame así. Prefiero Betty o Beatriz. Ese apellido es...

Él me miró como si me entendiera, como si con la frase yo le hubiera hecho una confesión secreta que comprendió al instante. Tenía las manos bonitas, con las uñas muy cortas y un reloj deportivo en la muñeca. Irradiaba esa masculinidad clásica con una elegancia marcada. Siempre he sentido debilidad por las barbas, lo admito. La suya era poblada y bien recortada, que combinaba de maravilla con una piel cuidada y el lejano aroma de una colonia de marca. Vestía con unos simples vaqueros y camiseta blanca, y sobre ella, una chupa de cuero negro. En otra realidad, en la que yo no estuviera llena de preocupaciones, en la que no pasase la noche en vela por la muerte de Samir, el poli guapo era mi prototipo de hombre. Siempre he sentido debilidad por los morenos, y quizá me hubiera lanzado a coquetear un poco con él si la vida fuera distinta, pese a que los guapos no suelen fijarse en mí. Samir fue una clara excepción.

—Señora Beatriz, nos estaba diciendo que condujo hasta Agaete. ¿Recuerda dónde aparcó?

—Sí, claro que sí. Siempre que vamos dejamos el coche en el mismo sitio. Un aparcamiento al aire libre. Suele haber un señor que te cobra a la entrada. Está a muy poca distancia del Puerto de las

Nieves. Pero como teníamos el billete de Fred Olsen, nos dejaron pasar al puerto y aparqué dentro.

—¿Vio usted algo extraño? ¿Alguien que los siguiera? —preguntó con insistencia la compañera del poli guapo.

—No, claro que no. ¿Hay posibilidades de que el tatuaje sea una coincidencia? Me refiero a si están seguros de que es Samir.

—La comprobación oficial suele tardar unos días. Gracias a la muestra que recogimos en su casa anoche se podrá determinar, pero me temo que hasta mañana no lo sabremos a ciencia cierta. La compatibilidad de la huella es positiva, pero el procedimiento de doble ratificación hay que seguirlo. En cuanto a Agaete, cualquier dato que recuerde nos será de ayuda.

—Se lo he dicho, inspector, dejamos el coche en el aparcamiento y caminamos por el paseo marítimo hasta la zona de embarque. Nos besamos. Habíamos discutido la noche anterior sobre una tontería. Cosas de pareja, ya sabe —relaté al tiempo que comprobaba que no hubiera ninguna marca de anillo en su dedo—. Nos despedimos al llegar a la escalera de acceso y me marché.

—Espere, señora Beatriz —la pelona con pinta de mendiga estaba empeñada en que repitiera las cosas una y otra vez—, eso no es lo que comentó en la denuncia. Veamos, según relató usted el jueves por la noche, al llegar a Agaete condujo hasta el aparcamiento, salieron del coche y se despidieron en el mismo aparcamiento. Indicó usted, y así está recogido en la denuncia, que había mucho tráfico debido a la salida del ferri, y por ese motivo no pudo usted acompañar a su novio hasta la zona de embarque.

—Sí, es verdad, pero lo acompañé. Me parece que, en la denuncia, por los nervios y todo lo demás, se me pasó por completo ese detalle.

CAPÍTULO 10

La primera declaración es crucial, se dicen muchas cosas en un primer momento, la mayor parte de ellas sin pensar demasiado. El quid de la cuestión es que la versión se mantenga. No que se recite palabra por palabra como si uno la hubiera aprendido de memoria para no fallar, sino que sea coherente y constante en el tiempo.

Mara Ramírez las tenía siempre en cuenta. Las escudriñaba como si de la redacción fuese a surgir un genio que le concediese el deseo de averiguar si lo relatado era real o no. Tenía delante la realizada por Beatriz Mantecas la noche del jueves mientras esperaba a que el subinspector Murillo le mostrase las novedades. El motivo de la urgencia aquel mediodía de domingo fue una revelación en las imágenes solicitadas a la Autoridad Portuaria. La única cámara de la zona del Puerto de Las Nieves, la que albergaba la garita de seguridad de acceso al puerto, había conseguido captar el momento en que el Seat Ibiza de Beatriz accedió a la zona de aparcamiento, justo antes del viaje, y también la salida del vehículo quince minutos después.

—Bien, espere un momento, señoría. Ahí está, once cuarenta y cinco del martes 12 de octubre. El Seat Ibiza rojo. La matrícula y el color coinciden.

—Esa es la salida, asumo.

—Sí, y la llegada fue a las once y treinta minutos. Enseguida se la pongo. —Murillo sorteó la barra inferior del temporizador para dar con la hora exacta que había apuntado en un pósito amarillo—. Aquí está. Es la novia llegando al muelle.

Mara frunció el ceño con contrariedad.

—¿Dónde está Samir?

—No está, señoría, justo eso quería enseñarle. Si Samir llegó al Puerto de las Nieves no fue en ese coche y tampoco con su novia.

Mara releyó la declaración tres veces antes de llamar a Peralta. Los inocentes no solían mentir con tanto descaro, y si lo hacían, ocultaban algo. Por lo que supo, ambos inspectores se encontraban en la pastelería y estaban terminando de entrevistarse con Betty. Patri Peralta resaltó que la novia había modificado la declaración inicial, y añadió un comentario sobre lo extraño del asunto.

—No sé, señorita, llámeme sensible. Pero si te acaban de decir que tu novio se ha muerto no coqueteas con el poli que te interroga, ¿o sí? Lleva toda la mañana poniéndole ojitos a Ibarra.

—No se muevan de ahí, Peralta. Entreténganla, no la pierdan de vista. Voy para allá, deme media hora, quizá un poco más. Tengo que avisar a la fiscalía y al juzgado. Hagamos un registro de la pastelería, y ya puestos, de su domicilio.

—¿La considera sospechosa? —se apresuró a preguntar.

—Acabo de ver las imágenes del Puerto de Las Nieves. Beatriz llegó sola y se marchó sola. No hay rastro de Samir en las cámaras. Quizá haya que considerar que nunca llegó a Agaete, al menos no con ella.

Para cumplir el cometido encomendado por Mara Ramírez, a Peralta no se le ocurrió otra cosa que empezar a preguntar sobre los dulces y especialidades del local a su regreso a la mesa. La idea era que Betty no se moviera demasiado. Los clientes se habían marchado casi en su totalidad y ella comentó tener que llenar el lavavajillas con la loza del día, además de limpiar el baño y organizar algunas cosas. Tan pronto se levantó y les dio la espalda, Peralta susurró a Aitor las novedades, y él fingió curiosidad por echar un vistazo al obrador, el alma de Betty Bacon.

—¿Le importa que entre? Nunca había estado en un sitio así antes. Tiene mucho carácter —alabó con intención.

Aitor preguntaba sobre cada máquina, la potencia de la batidora, el mantenimiento de la laminadora y cualquier cosa que se le ocurrió para darle cháchara a Beatriz Mantecas. Entretanto, Patri inspeccionaba también, pero de una manera distinta. Una ojeada a la parte interior del mostrador y la caja, un repaso breve al almacén, y finalmente una visita al aseo de personal.

—¿Le importa que pase al baño? Tanto té me ha pasado factura — bromeó.

—Será mejor que use el de clientes. Está más decente. Este solo lo utilizo yo y a veces está hecho un desastre.

—No se preocupe, no me fijo en esas cosas —respondió Patri antes de meterse con rapidez en el aseo y cerrar la puerta.

El baño de Beatriz estaba impoluto y ordenado. A simple vista no había nada que justificase sus palabras. Patri comprobó la estantería donde se almacenaban los productos de limpieza, el papel higiénico y las bolsas de basura. Tomó una foto a un rollo de bolsas negras industriales y la envió por mensaje a Aitor. Repasó el jabón de manos, la toalla rosa que se ubicaba a mano derecha del lavamanos y hasta los azulejos de la pared. Ahí no había nada extraño. Abrió la puerta y echó la vista atrás justo antes de salir para efectuar una última comprobación. En la parte baja de la estantería había un par de zapatos antideslizantes de mujer, y junto a ellos, unas botas de agua, como las que se solían utilizar en el campo. Patri se acucilló junto a ellas para verlas mejor. En la parte baja de las botas, había hierba y barro. Un barro seco y apelmazado por el tiempo.

CAPÍTULO 11

El registro en la tienda Betty Bacon, ubicada en las proximidades del Patronato de Turismo de Las Palmas de Gran Canaria, causó un pequeño revuelo entre los vecinos poco acostumbrados a la presencia de los técnicos de la Brigada Provincial de la Policía Científica.

La propietaria se mostraba estupefacta y confusa, y buscaba la proximidad del inspector Ibarra como una tabla de salvación en medio de su tragedia. Nadie le había explicado más de lo estrictamente necesario. Se habían personado tanto la jueza Ramírez como el representante de la fiscalía, Benito López. En un paso previo al comienzo, Mara le detalló lo que estaba a punto de ocurrir. Hizo hincapié en que, al ser el registro de un establecimiento a su nombre, era aconsejable la presencia de un abogado que la representase y aconsejase en aquel momento. Beatriz Mantecas aseguró que nunca se había visto en la tesitura de tener que requerir de asistencia legal, por lo cual no conocía a ningún abogado. Nadie entró en la pastelería hasta que el juzgado envió al primer letrado disponible del turno de oficio. Mara Ramírez no quería jugársela en el caso de que, más adelante en la instrucción, Beatriz Mantecas resultase ser sospechosa y se acogiera al hecho de que sus derechos hubieran sido vulnerados de alguna forma.

Las evidencias recogidas en Betty Bacon se centraron en el obrador. Se rociaron los azulejos de las paredes tanto de la zona de lavado como en el interior del baño, y a continuación se observaron bajo la luz forense. Se recogió una muestra de la bolsa de basura industrial, además de las botas de agua. Se comprobó toda la cuchillería y también las tablas de corte. El interior de los refrigeradores y congeladores también fue analizado, por si hubiera en ellos restos de sangre. En ocasiones ocurría que, al tratar de deshacerse de un cuerpo, se almacenaba en frío, y posteriormente

se repartía por los lugares elegidos. También en la zona del comedor se peinó palmo a palmo el suelo, las paredes y el mobiliario.

Mara no tenía ni la más remota idea de qué buscar. Por el momento no había más indicios que el barro en las botas, cuya coincidencia con el fardo hallado en La Isleta podía deberse a una mera casualidad. Estaba claro que Beatriz había mentido categóricamente al relatar su despedida en Agaete, aunque Mara no tenía idea de por qué. Tras un vistazo no la consideró capaz de matar ni a una mosca. Era ágil, aunque contaba con un sobrepeso considerable, justo como ella. La necesidad de aprobación y apoyo constantes las percibió por mera observación. Se retorció las manos durante todo el proceso, como si no supiera muy bien dónde colocarlas, y lanzaba un suspiro al aire como forma de mantenerse en control de sus propias emociones.

—Señora Mantecas —preguntó Mara en la única ocasión que habló tras las presentaciones iniciales—. ¿Estas botas para qué las utiliza usted?

—Beatriz, por favor.

—La señora Beatriz prefiere que se dirijan a ella por su nombre de pila en lugar de por el apellido por una cuestión de humanidad, señorita —apuntó su abogado.

Mara mostró su extrañeza juntando las cejas y luego elevándolas sin entender el argumento.

—¿De humanidad?

—Debido a su obesidad, considera que hacer hincapié en un apellido tan hiriente es una clara muestra de gordofobia, señorita. — El abogado, un joven de veintipocos años, recién salido de la facultad, esgrimió los motivos como si estuviese encadenado a la chimenea de una fábrica de plásticos y vistiese una camiseta de Greenpeace. La ironía era que él era rubio, alto y atlético.

—Entiendo —dijo Mara sin creerse la situación, pero con pocas ganas de entrar en el debate—. Bien, señora Beatriz, entonces. No vaya a ser que me tachen también a mí de gordófofa, abogado. ¡Eso sí que sería de chiste! Señora Beatriz, le preguntaba para qué usa usted las botas.

—Le recuerdo que no tiene por qué contestar a la pregunta —apuntó el atleta.

—No me importa contestar. Las uso a veces para entrar en la cámara —explicó Betty, señalando el recinto aislado por paneles color gris claro, que se levantaban del suelo formando una estructura cuadrada de tres metros por otros tres—. A veces el motor del interior gotea y se forma un charquito en el suelo. Han venido muchas veces a arreglarlo, pero en los meses de calor siempre pasa.

—¿Y el barro? —inquirió Mara.

Beatriz Mantecas se encogió de hombros y dijo no tener ni idea de dónde venía.

Tres horas después de comenzar el registro de la pastelería, se firmó el acta de entrada en el establecimiento dándose por concluida la incursión. Se aprovechó el momento y la proximidad del domicilio de la pareja para iniciar el mismo trámite en la nueva ubicación, y toda la comitiva judicial, incluido el equipo técnico, cruzó la longitud de la calle hasta la confluencia con la de Mayor de Triana. Doña Engracia no daba crédito. Ni en toda la parrilla televisiva hubiera encontrado un entretenimiento tan vívido como aquel. El perrillo comenzó a ladrar al equipo desde la seguridad de la ventana, al tiempo que mostraba una dentadura corroída por la edad, con solo algún colmillo sano.

—Detrás de usted, señora Beatriz —señaló Ibarra con galantería.

Mara y Patricia Peralta intercambiaron una mirada cómplice al subir tras ellos por la escalera de acceso a la segunda planta. No se conocían apenas, pero resultaba obvio que ambas veían la conexión de la señora Mantecas y el inspector como un plus. Por un lado, evidenciaba que no era todo miel sobre hojuelas en la relación del fallecido y su novia. De haberlo sido, ella no tendría el cuerpo para fiestas, y era obvio que lo tenía. Por otra parte, en el caso de llegar el momento de su detención, Aitor encarnaría ese elemento indispensable: la sombra del detenido. La sombra, como ocurrió en la operación Nenúfar con Begoña, busca un punto de conexión con el sospechoso. Este, en un momento de máximo estrés, entiende esa proximidad como algo parecido a una amistad, y se abre.

Muchas veces incluso revelan información crucial. La mirada intercambiada entre Mara y Patri Peralta compartía el pensamiento de que Aitor Ibarra sería de seguro el policía sombra de Betty, y si todo iba bien, conseguiría mucho más que ellas.

CAPÍTULO 12

Hojaldre de manzana, canela y miel

Es extraño que pase, pero hay días en los que no me apetece cocinar ni un poquito. Son días nublados, aunque haga sol, horas en las que el suelo se mueve bajo mis pies y el cielo amenaza con desmoronarse. Cuando uno de ellos llega, cuando no tengo ganas ni de levantarme de la cama porque hasta respirar agota, entonces me obligo a hornear algo sencillo para mí. Abro un paquete de hojaldre de supermercado, cualquiera me vale, y lo extiendo sobre la encimera de madera de casa. Lo relleno con manzanas, miel y canela, sin pesar ninguna de ellas, sin filetear con cuidado. Corto la fruta en los trozos que salgan, irregulares o torcidos, poco importa. Una vez estaba tan abrumada que incluso machaqué las mitades con los puños para descargar un poco la ira.

Luego las esparzo sobre la capa de hojaldre crudo, vierto sobre ellas tanta miel como me parezca y espolvoreo la canela sin ganas ni atención. Cubro todo con la segunda capa de hojaldre, como si se tratase de una enorme empanada gallega. Lo cierro gruesamente con un tenedor, sin florituras ni adornos, y lo meto en el horno a 200 °C hasta que me acuerdo de que lo he dejado allí dentro. No suele quemarse, aunque no me importaría. Lo como caliente, el hojaldre completo. Lo porciono en seis trozos enormes, y, si tengo helado de vainilla, pongo varias bolas sobre la superficie tostada y crujiente. Al probar el dulzor de la miel, la acidez de la manzana y el aroma embriagador de la canela manchados de vainilla, me siento como si la tristeza también corriese el mismo destino, y se desintegrara hasta reducirse a un líquido pegajoso.

El domingo se convirtió en un día de hojaldre de manzana. Me sentí saqueada, invadida y cuestionada por demasiada gente: el

fiscal que apenas si pronunciaba palabra y me escudriñaba con los ojos, la perroflauta rapada y entrometida, pero sobre todo por la gorda de la jueza. ¡Qué mujer más insoportable! ¿Cómo eran capaces de aguantarla ni medio segundo? Hasta su respiración me enfermaba. Menos mal que el inspector estaba conmigo, en los momentos complicados se agradece una cara amiga.

Entendí que él no podía hacer otra cosa que acatar las órdenes de aquella mujer, y revisar mis cosas. Primero el salón y la cocina. Cuando entraron en el dormitorio me eché a un lado y puse la mente en blanco mientras terminaban de remover el interior de los cajones de las mesitas de noche y la ropa de la cama. Cuando uno lo ve en la tele, todo parece mucho más interesante, pero estar allí con siete personas hacinadas en un cuarto fue desagradable.

—Señoría, por favor. —La perroflauta tenía toda la pinta de querer hacerle la pelota a la jueza o puede hasta que estuvieran liadas.

Solo dijo aquella frase corta al abrir de par en par el armario del dormitorio. Luego intercambiaron una mirada que no supe descifrar. Justo entonces, la jueza puso cara de no entender nada. Estaba claro que me tenía ojeriza desde que me vio por primera vez, yo esas cosas las cazo al vuelo.

—Señora Beatriz, ¿convivían ustedes en esta casa? ¿Samir y usted?

—Sí, claro que sí.

—Eso imaginaba. Si convivían, ¿hace usted el favor de decirme dónde está la ropa del señor Mpunga? —Lo preguntó con extrañeza, como si quisiera buscar una segunda intención al hecho de que la mitad del armario estuviera vacío—. Imagino que él no se habrá llevado todo en su viaje a Tenerife, ¿o sí?

—No, claro que no.

—¿Y entonces? ¿Qué ha pasado con el resto de la ropa? —insistió aquella tipeja.

—Me gusta ayudar a los necesitados. La he donado. Desgraciadamente, Samir ya no la va a usar, y hay mucha gente pobre en este mundo.

La jueza cogió la muñeca del inspector Ibarra, con una confianza fuera de lugar, y acercó a su cara rechoncha el reloj deportivo para

decir la hora en voz alta: «Las seis y veinte».

—¿Me está diciendo que a las seis y veinte de la tarde del domingo usted ya ha tenido tiempo de deshacerse de toda la ropa de su pareja, teniendo en cuenta que se le comunicó anoche la posibilidad de su fallecimiento y que todavía no ha sido corroborado por los técnicos?

—Lo dice usted como si fuera raro —contesté. Quería mandarla a la mierda desde que noté su altanería, pero seguí mordiéndome la lengua.

—Tengo entendido que ha estado toda la mañana en la pastelería. ¿Cuándo tuvo usted un momento para donarla?

—Ayer por la noche. Después de marcharse ellos —aclaré, señalando solo al inspector, mi único aliado en la sala—, lo recogí todo y lo llevé a un contenedor de ropa que hay en el sótano del Centro Comercial El Muelle.

—Anoche —repitió como si fuese algo malo, pero no me dio la gana de entrar en el debate. Soy demasiado buena persona, eso es lo que ocurre.

Sentí de inmediato que todos me juzgaban. Nunca he sido ajena a las miradas de reproche. Esa mujer, esa horrible mujer husmeaba como si quisiera traspasarme el cerebro, como si buscase descubrir todos mis secretos. La odié, lo reconozco, la odié desde que forzó a todos a cuestionarme. Como si yo fuera una especie de loca por haber pensado en quienes no tienen siquiera un abrigo para el invierno. Contrariamente a lo que decía su boca amorfa de zampabollos, ella no quería ayudarme, no, ella no quería aclarar nada, su único objetivo era ridiculizarme, empequeñecerme. Probablemente se sintió intimidada por mi seguridad en mí misma, por mi derroche de éxito al fundar una empresa próspera yo sola y de la nada, mientras ella fagocitaba del Gobierno un empleo gris. Puede que mi estilo la hiciera cuestionarse el suyo, tan basto, tan falto de chispa y de glamur. O estaba enamorada en secreto del chulazo del inspector, el mismo que no me dejaba ni a sol ni a sombra, el mismo que se preocupaba porque yo estuviese cómoda y entendiese todo. Sí, debía de ser eso. Ella estaba celosa de sus atenciones hacia mí porque era evidente que él jamás se acercaría a

una mujer como ella: fea, gorda y sin gracia. En cambio, al mirarme a mí se le iluminaban los ojos, y eso, sí, eso, resultaba para todos más que evidente.

—Tengo entendido que anoche requisaron el portátil del señor Mpunga —continuó, tratando de hacerse notar.

—Así es, señorita. —No me gustó ni una pizca la forma en la que el inspector le respondió, con respeto, pero asumí que debía hacer de tripas corazón y ser profesional. A veces uno traga por pura necesidad.

—Señora Beatriz, ¿hay algún otro ordenador que perteneciera al señor Mpunga?, ¿móviles?

Negué con la cabeza porque de haber hablado le hubiera cantado las cuarenta. Yo tengo mucha más educación que ella, y la hice notar. Entonces, esa horripilante forma obtusa, esa masa de carne bamboleante repasó con la vista todo el dormitorio. Se asemejaba a un enorme lémur, chismoso y atento al entorno. Y como si fuese la jefa de una manada de perros salvajes que pudieran comunicarse sin emitir sonido alguno, la perroflauta se arrodilló en el suelo y comenzó a revisar los bajos de cada uno de los muebles: las mesillas de noche, la cama, el armario. Continuó con el baño, inspeccionando, casi olisqueándolo todo como una bestia. A continuación, se acuclilló junto a la cesta de la ropa sucia, *mi* ropa sucia.

¿Hasta cuándo iba a permitir mi abogado que me ultrajasen? ¿Iba a tener que presenciar además cómo esparcían sobre la cama mis bragas usadas, mis mallas sudadas del *gym*? ¿Qué clase de pervertidas asquerosas eran la sarnosa roquera y su querida jueza? La tipeja palpó el exterior de la cesta de la ropa sucia, que no era más que una estructura metálica y una funda blanca de tejido impermeable de IKEA, y metió la mano hasta el fondo, enfundada en un guante, como si se creyese la versión bollera de Colombo.

—Aquí hay un móvil —anunció triunfal.

—¿Suyo, señora Beatriz?

Volví a morderme la lengua y negué la mayor.

—¿Del señor Mpunga, entonces?

Me encogí de hombros, no quería brindarle ni un poco de ayuda en aquella violación en toda regla.

—¿Tiene idea de por qué está este móvil aquí, señora? —insistió la morsa.

—No tengo ni la más remota idea.

Aguanté con estoicismo las siguientes horas. Lo hice, sobre todo, porque no soy una persona violenta, no soy alguien que se deje llevar por sus instintos. Me han enseñado siempre a guardar las formas, a ser educada, cortés con mis mayores y, principalmente, a no hablar si no tengo algo interesante que decir. Me contuve porque no soy ninguna delincuente, y haberme negado a colaborar los hubiera hecho pensar que escondo algo. Los vi desordenarlo todo, alterar mi vida entera en poco menos de un día, sin ni siquiera pedir disculpas después. Y me dejaron allí, ante aquel caos en el que habían convertido la casa de mis sueños. Nadie me dio las buenas noches cuando fueron saliendo para perderse escaleras abajo pasadas las diez, ni siquiera el abogaducho. Tamaña falta de educación no he presenciado en todos mis días de vida. Solo el inspector tuvo el detalle de ofrecerme unas palabras antes de marchar. «Hasta luego», dijo con cortesía, y estoy segura de que lo decía de veras.

CAPÍTULO 13

Una excentricidad dista mucho de conformar una prueba, en todo caso puede ser un indicio, pero no mucho más. El hecho de que la novia de Samir Mpunga hubiera metido todos sus enseres en un contendor era relevante, pero no era un crimen. Pasadas las diez de la noche, el equipo estaba especialmente agotado, puesto que llevaban desde media mañana en la pastelería con ella y poco o nada habían obtenido en los registros que se decretaron a posteriori. Tan solo un móvil que debían analizar y un poco de barro de dudosa procedencia. La luz forense no había arrojado nada notable en la pastelería, ni tampoco en la casa, excepto restos de semen en las sábanas. Algo normal en una cama compartida por una pareja.

Benito López y Julen Montesdeoca, fiscal y defensor, se despidieron de la comitiva judicial al poco de la salida del vehículo de la Unidad Criminalística. También Silvia dijo adiós hasta el día siguiente y tomó la calle Pilarillo Seco, puesto que su marido la esperaba aparcado en doble fila.

—Bueno, veamos mañana qué podemos sacar del móvil. Traten de hablar otra vez con todos los amigos y familiares de Samir. Quizá hayan recordado algo nuevo. Si por fin diésemos con el dichoso *rider...*, a ver si Murillo avanza algo con las tiendas de cascos que venden ese modelo. Igualmente infórmenme de cualquier avance. — Mara Ramírez parloteaba cuando estaba tensa. Le pasaba siempre que salía de un registro sin ni una sola prueba palpable.

—Peralta, ve yendo tú, nos vemos mañana. Tengo que tratar un tema con su señoría. —La frase de Aitor Ibarra hizo que Patri cuestionase a su compañero con el consabido «¿seguro?», y tras recibir una respuesta afirmativa caminó en busca del edificio de estacionamientos en la calle paralela.

—Inspector, es tarde, más vale que sea importante —lo avisó Mara.

—Solo necesito cinco minutos.

—Bien, tengo el coche aparcado aquí cerca, en Perojo. Hablaremos por el camino.

No obstante, el inspector Ibarra no pronunció palabra cuando cruzaron la calle Buenos Aires en dirección al Banco de España, ni tampoco cuando giraron en la siguiente, hacia la izquierda. En apenas cinco minutos ya habían llegado a la esquina de la calle Perojo, y en vista de que Ibarra no comenzaba, Mara decidió ponérselo fácil. Sabía muy bien el motivo de la tan necesaria conversación.

—Si es por lo de la otra noche en el Ginger, ya está olvidado, inspector.

—¿Podríamos hablar como la gente normal por un momento? Se me hace raro llamarte señoría cuando estamos tratando justo este tema. Mira, sé lo que parece. Tienes motivos para estar molesta. Solo quiero que sepas que no suelo ir por ahí engañando a la gente. Suelo explicarlo con un poco de calma, aunque la otra noche las cosas se precipitasen...

—Si te refieres a lo que el mamonazo ese dijo esta mañana, no solo es delito que te trate de esa manera, sino que tu intimidad no es asunto de nadie.

—Pumares.

—Exacto, Pumares. Me tienen sin cuidado sus palabras. Tú y yo nos conocimos el viernes, tomamos una copa, me pareciste un tío interesante. Nos enrollamos y ya está. Me divertí, lo pasé bien, disfruté y no le doy más vueltas. Reconozco que cuando el fascista de Pumares hizo el comentario me sorprendió un poco, pero nada más. Para mí no cambia nada. Pero soy jueza y tú de la Judicial. Vamos a tener que trabajar codo con codo, así que es mejor olvidar lo que ocurrió. ¿No crees?

—No coincido para nada —Aitor se mostraba serio y algo expectante. No era el tipo de hombre que se daba por vencido por facilidad—, aunque lo acepto. Solo quería aclararte que no tenía intención de ocultarte nada. Por eso insistí en que fuéramos a mi casa. Esperaba que una vez allí, con más intimidad... No suele ser una conversación fácil. La verdad es que es un puto coñazo tener

que estar siempre lanzándote a la piscina sin saber qué se le pasa por la cabeza a la otra persona. Es salir del armario una y otra vez. Créeme, la gente no suele ser tan comprensiva como tú. Sigue habiendo muchos prejuicios en cuanto a este tema.

—Aitor, repito, me trae sin cuidado. Rechazarte no tiene en absoluto que ver con que seas trans, tiene que ver con que seas poli.

—¡Vaya! ¡Ahora se llama así! Es la primera vez que utilizan esa excusa conmigo, muy buena, por cierto.

—No me hace falta buscar una excusa para decirte que no. No me dio la impresión en el baño del Ginger que fueras del tipo de tíos que no entiende cuando una mujer cambia de opinión.

—Tienes razón, y no lo soy. Me gustas, me gustaste entonces y me gustas ahora. Solo es eso.

—Y tú también me gustaste, negarlo sería una estupidez. Me pones mucho, y justo por eso volver a liarnos sería un error.

—Luego, has considerado volver a liarte conmigo... —bromeó él. Lo había tranquilizado la reacción de Mara hasta el punto de permitirle relajarse y jugar un poco—. Digamos que puedo demostrarte que estás equivocada en cuanto a la complicación de que yo sea poli.

Mara rio con ganas. Después de la tensión que había acumulado durante el día, una charla como aquella había conseguido relajarla y hasta admiraba el desparpajo de Aitor. Ella no había mentido ni por asomo, le importaba poco la gran revelación de Pumares. Aitor era un tío sexi, fuerte y con un aura que irradiaba autenticidad. La clase de tío que quita el hipo y al que se persigue con la mirada en la calle, ese tipo de hombre. Hubo un silencio corto, Mara sopesó las opciones. Aitor le gustaba, pero su placa y su pistola lo convertían en algo que ella conocía demasiado bien: un riesgo.

—De acuerdo, no vas a darte por vencido y a mí no me apetece irme a casa, así que sube al coche.

La vista de la fachada del hotel Santa Catalina de noche era digna de admiración. Los jardines que lo rodeaban, plagados de luces indirectas, le conferían el aspecto de un oasis en medio del desierto. Mara tomó el acceso entre los árboles por la pequeña carretera

asfaltada, y aparcó muy cerca de la entrada principal. Una fuente coronada por una estatua saludaba a los huéspedes en la zona central, y una vez rebasada, el mármol del suelo daba una majestuosidad de otra época al arco de piedra y la doble puerta acristalada. Un botones vestido de traje impecable emitía un saludo de bienvenida a cualquiera que pasase cerca, tanto si era para disfrutar del restaurante o la terraza frontal como para alojarse en el hotel.

Aitor siguió a Mara a pesar de no entender la situación. Él quería conocerla más, hablar un poco, aunque no contaba con que ella metiese la directa y estuviera lista para empotrarlo contra la pared de la habitación de un hotel de lujo.

—Tranquilo, no es una proposición deshonesta —dijo ella, adivinando su incredulidad—, hay una terraza muy agradable en la última planta. Ponen copas decentes, y la vista es espectacular.

Rebasaron la entrada y, tras pasar la recepción, tomaron el ascensor de la derecha para subir hasta la última de las plantas. El hotel había sido reformado y actualizado en varias ocasiones, pero los nuevos gestores habían hecho un magnífico trabajo al comercializar los espacios comunes, y cada noche, tanto los bares como el restaurante del hotel, estaban llenos de clientela.

—No había venido nunca —admitió Aitor, aún en el ascensor.

—Creo que te gustará. Si consigues obviar los contenedores del muelle, la vista es casi perfecta.

Aitor Ibarra analizó la situación en los escasos segundos que transcurrieron desde que las puertas del ascensor se cerraron. Mara observaba atenta el correr de los números en el panel digital. Tenía el pelo sujeto con una especie de recogido improvisado resultante de cruzar varios mechones a modo de nudo en la parte próxima a la nuca. Vestía enteramente de negro, con unos pantalones ceñidos, jersey de pico y una chaqueta de vestir. Presionaba los labios, uno contra el otro, como si estuviera tratando de frenar una palabra o un gesto. Y a Aitor le pareció la mujer más sensual del mundo.

CAPÍTULO 14

Existe una verdad universal e irrefutable: las personas guardan un mar de secretos. Aitor Ibarra pensó a conciencia en los que Mara le confió durante la primera de las dos copas. Tres horas más tarde, ya en casa y bajo la ducha, entendió la reticencia de ella con respecto a considerarlo siquiera una opción. De haber vivido lo mismo, Aitor probablemente tampoco querría que nadie se acercase a menos de un metro de él.

—Se llamaba Rafa —así comenzó Mara casi al minuto de sentarse en el sillón de ratán de la terraza del hotel Santa Catalina—. Mi marido se llamaba Rafa. Nos conocimos de una forma muy parecida a la nuestra. Yo acababa de llegar a Oviedo y él pertenecía a la UCO. Ya sabes, la Guardia Civil.

Aitor escuchó con atención la explicación entre sorbo y sorbo de Macallan. Ella parecía relatárselo a sí misma, como si necesitase contar su propia historia. Todo en ella le pareció fascinante en aquel momento. Cómo le brillaba la piel, cómo sus ojos marrones ganaban intensidad con las luces tenues de la terraza... Las había en tonos cálidos, iluminando los torreones de la última planta, como si se tratase de un palacete árabe al cual habían entrado a hurtadillas. También la boca de Mara le sacudió la imaginación y la memoria, y las manos que a veces utilizaba para tapar sus labios en modo pensativo.

—Hace dos años me quedé embarazada —prosiguió—, Rafa y yo llevábamos un tiempo intentándolo y estábamos tan contentos... Habíamos acordado que cuando ocurriera, él pediría traslado a un departamento menos convulso. Hasta entonces estaba muy a gusto en Crimen Organizado, pero con el bebé le dieron el visto bueno para pasar a Delitos contra el Patrimonio.

Aitor dio otro sorbo y asintió prestándole toda su atención.

—Una noche de hace dos años condujimos hasta Cangas — continuó Mara—. Es un pueblecito precioso, no muy lejos de Oviedo. Cenamos, celebramos el traslado y la llegada de nuestro bebé... — Mara contuvo el aliento por un segundo—. Yo estaba de seis meses. Era un día entre semana, invierno, apenas si había coches. De vuelta a casa, en un punto de la carretera, pasado el pueblo de Infiesto, un coche se nos pegó demasiado. Rafa estaba tenso, enfadado, y yo le insistí para que no le diera importancia. Seguimos adelante hasta que el coche de detrás nos embistió, no una sino dos veces.

Aitor se quedó helado. Comenzó a comprender entonces los motivos de ella para desecharlo, aunque no estaba preparado para la información que llegó después.

—Si quieres que pare... —añadió, dándole la oportunidad de decidir—, te has quedado pálido.

—No, claro que no. Sigue, por favor.

—A la tercera de las embestidas, Rafa perdió el control del coche. Dimos varias vueltas de campana, y nos quedamos con el techo sobre el asfalto, boca abajo. Yo estaba histérica, lloraba, sentí terror de que algo le hubiera ocurrido al bebé, pero estábamos bien. Habíamos escapado de milagro. Traté de buscar mi bolso para coger el móvil y llamar a una ambulancia, a alguien, pero el cinturón estaba tan tenso con el golpe que no llegaba. Rafa me repetía que estuviese tranquila, que alguien pararía, que alguien nos ayudaría. Fue entonces cuando lo escuché acercarse: el ruido de unas pisadas, unas botas avanzar hacia nosotros. Di gracias al cielo por enviar a aquel hombre. Pensé que estábamos salvados, que todo iría bien. Entonces el tipo de las botas se arrodilló junto al lado del conductor y pude ver que llevaba un pasamontaña y una chaqueta negra con capucha. Comprendí que era el mismo que había provocado el accidente y que su presencia no aventuraba ayuda sino peligro. Comencé a gritar. No recuerdo mucho más, todo ocurrió demasiado rápido. Rafa solo acertó a decirle que no me matase. El hombre sacó una pistola, le pegó cuatro tiros a mi marido y se fue. Aquella noche los perdí a los dos: a Rafa y a mi niño.

Aitor no sabía qué decir, cómo consolarla. Él se había empeñado en conocerla con la premisa de que podría convencerla de estar

equivocada, y ella se había abierto en canal.

—Lo siento muchísimo, de verdad.

—Si solo hubiera sido eso, me habría quedado jodida, aunque habría salido adelante. Es lo que dicen, ¿no? Que nadie se muere de amor. Tuve que pasar el duelo sintiéndome culpable por no llevar el teléfono más cerca, por no haber conducido yo, por haber insistido en celebrar el cambio de vida con aquella cena tan lejos de casa. Aunque nada me había preparado para darme de bruces con una realidad incluso peor a la fantasía que yo había vivido.

—No entiendo —se sinceró Aitor, frunciendo el ceño—. ¿Qué puede ocurrir peor que eso?

—Peor que presenciar cómo matan a tu marido es darte cuenta de que todo lo que sabías de él era mentira. Un compañero de Rafa se apiadó de mí más de un año después de su muerte. Debíó de enterarse de que yo no levantaba cabeza, estaba sumida en una depresión, la culpa y la ausencia de Rafa me habían pasado factura. Fénix se presentó en casa sin dar muchas explicaciones. Solo me entregó un sobre con información y se marchó. Fue muy claro en sus instrucciones: léelo y quémalo. Al principio yo no entendía nada. En su mayoría eran documentos de extractos bancarios, fotografías de Rafa. Documentación firmada de su puño y letra. Por lo que supe, Rafa estaba metido de lleno en una trama de corrupción y narcotráfico. Yo, que pensaba que lo habían eliminado al averiguar que era Guardia Civil, me di de bruces con una verdad mucho más jodida: había robado al narco para quien trabajaba en la sombra, por eso lo habían ejecutado. En aquella doble vida no solo era un ladrón y un traficante, sino que tenía mujer y dos hijos pequeños.

Aitor se quedó mudo, perplejo. No sabía qué decir para tratar de mostrar algo de empatía ante una putada de tal calibre.

—Si lo analizo con calma, creo que muy en el fondo yo intuía algo, pese a que nunca le pregunté directamente qué ocurría en sus meses infiltrado. Imagino que tenía miedo a su respuesta. ¿Lo entiendes ahora? No puedo permitirme volver a pasar por algo así. Lo que ocurrió casi acaba conmigo, me ha costado mucho recuperarme, y créeme, no pienso dar ni un solo paso hacia atrás.

Aitor accionó la llave que cesaba el agua de la ducha y se enjabonó el pelo, todavía afectado por la historia. La mirada de ella, triste y agotada, como si hubiera llorado tanto por aquello que no le quedasen lágrimas que derramar. Apenas si hablaron poco más. Se dedicaron a compartir la música de ambiente y a degustar una segunda copa en silencio. Tampoco el trayecto en ascensor hasta la planta baja motivó nuevas conversaciones ni lo hizo la caminata hasta el coche.

—Si no te importa que no te lleve, vivo cerca, así que... —dijo ella antes de la despedida.

Para Ibarra, en aquel momento, buscar transporte era irrelevante. Estaban a escasos trescientos metros de la Supercomisaría, en cuyo garaje subterráneo dormía su moto. La pillaría y daría una vuelta para airearse antes de volver a casa. Lo que de verdad le preocupaba era el estado de Mara. Quiso decir algo medianamente profundo, aliviarla de cierta forma, aunque sabía que nada en el mundo podría paliar su dolor. Ella tenía razón, Aitor había sido demasiado osado al pensar que con una charla y altas dosis de flirteo lograría que cambiase de opinión. Se sintió un imbécil redomado, un chulo. Ella estaba segura de no querer sufrir. Y él no podía prometer que en un operativo no acabase con un tiro entre las cejas. Cualquier miembro del cuerpo estaba preparado para morir. En cuanto a su integridad, era lo único que le causaba certeza, era intachable. Dejarse arrastrar por la tentación de una vida en el lado oscuro no era una posibilidad.

Mara, entonces, acercó la mejilla para despedirse, pero en lugar de corresponder con el gesto él la abrazó. La sostuvo mientras notaba su cuerpo tibio temblar. La sostuvo mientras ella buscó su boca y se besaron, y todo dejó de tener sentido lógico para ambos.

Aitor Ibarra entrecerró los ojos para que el jabón se mantuviese a raya, y volvió a girar la llave de la ducha. Esperaba que, junto con la espuma, el agua arrastrase todos sus sentimientos contradictorios. Apenas conocía a Mara, pese a sentir una conexión extraña y potente. Y lo que conocía provocaba en él una ambivalencia: no quería que sufriese, aunque tampoco se veía capaz de mantenerse alejado de ella.

Las escasas cuatro horas de sueño no le proporcionaron un descanso reparador, sino todo lo contrario. Rememoraba el relato de Mara una y otra vez. El estallido de los cristales hechos añicos que volaban en el interior del coche. La expresión de terror de ella, y una brecha en la frente de la cual le manaba la sangre. El propio Aitor ocupaba el asiento del conductor en su fantasía nocturna, haciendo las veces de esposo fallecido. Escuchaba los pasos acercarse presintiendo el desenlace, con las piernas atrapadas e inmóviles. No obstante, no era un hombre encapuchado quien se acercaba a la pareja para darles muerte, sino la propia Beatriz Mantecas, que, calzando unos zapatos de tacón rojos, se inclinaba para acariciarle la mejilla y ofrecerle una sonrisa de dientes afilados en punta. Los disparos de Beatriz también eran cuatro. Cuatro fogonazos sobre el cuerpo de Mara que causaron que Aitor se despertase sobresaltado y bañado en sudor.

—¿De dónde sales, de un puto *after*? —La voz de Peralta, al recogerlo a las ocho de la mañana del lunes, tenía cierto tono de ironía.

—No he dormido bien, eso es todo.

—¿Me vas a explicar a qué venía el rollito ese con la jueza ayer? —preguntó Patri con extrañeza, pese a estar casi segura de que Aitor no le aclararía nada. Él no era como ella, él se callaba las cosas.

—Una hipótesis que tengo sobre lo ocurrido en Agaete.

—Sí, sí, hipótesis —rio—. Te pone la jueza, admítelo, gañán.

—¿Podríamos ir a Agaete de una puñetera vez y dejar las telenovelas para otro momento? A ver si preguntando a la gente del muelle logramos dar con algo.

—¡Vale! ¡Sí que estás putamente de mal humor hoy! —se quejó al tiempo que ponía el motor en marcha.

Mara Ramírez, en cambio, había descansado bastante, casi cinco horas seguidas. En su caso, ese tiempo conformaba un récord personal. Sentía como si al desahogarse con Aitor, hubiera compartido la carga y la preocupación. No tenía demasiadas oportunidades de hablar del asunto. Sus amigos en Asturias se

empeñaban en que dejase el pasado en su lugar, y cambiaban de tema cuando ella exteriorizaba los sentimientos que todavía la atormentaban. Tampoco entendían su incapacidad para perdonar a Rafa.

Ya en la oficina, desplegó las fotos de los indicios sobre la mesa anexa al escritorio, y a continuación comenzó a colocarlas sobre la pared desnuda una vez descolgó los cuadros abstractos que la decoraban.

—Si necesita una pizarra en condiciones, señorita, puedo encargarla. —Silvia se había decidido a entrar tras llamar a la puerta y no obtener respuesta.

—No hace falta.

—¿Le traigo alguna cosita? ¿Un cortadito?

—Las fotos del brazo. Creo que no están en la carpeta —dijo Mara sin mirarla.

—He incluido solo el informe de la necropsia. No pensé que las necesitase. Se las traigo, aunque a estas horas y con el estómago vacío, a uno le da cosilla.

Mara Ramírez detuvo la colocación de las pruebas para sentar las bases de su relación con la secretaria judicial. Sabía que debía hacerlo, aunque normalmente era una conversación que sacaba su lado más riguroso y seco. Pensó que, si no quería malentendidos, lo mejor era hablar de frente.

—No sé cómo era la dinámica con el juez a quien sustituyo, y creo que poco importa ya. Entiendo que tiene usted su forma, pero yo también tengo la mía.

—Don Heriberto prefería que yo le hiciera un resumen del papeleo y le pasase solo lo importante —informó Silvia.

—Bien, pero yo no soy don Heriberto. Así que empecemos de nuevo. Vamos a trabajar juntas y espero que nos llevemos bien. Lo bastante como para que nos entendamos. Soy minuciosa. Me gusta verlo todo, y todo, Silvia, es todo. Para mí es muy importante conocer cada dato de la instrucción —dijo haciendo hincapié en la palabra «muy»—. Si hay algo que no está en la instrucción y usted considera que debo saber, alguna idea que se le ocurra, algo en lo que yo no he pensado y cree que puede resultar de ayuda, será

bienvenido. Usted no es mi secretaria, es la secretaria de un juzgado de instrucción. No espero que encargue pizarras y folios, y mucho menos que me traiga el café. Nos encargaremos las dos de cosas muy jodidas, y aprovecho el momento para decirle que a veces no tengo tacto. No seremos amigas, no iremos a desayunar al bar de abajo con las niñas ni charlaremos sobre el fin de semana. Pero trataré su trabajo con respeto y educación en la medida que usted haga lo mismo con el mío. Quiero que sea usted mis ojos cuando no pueda ver y mis oídos cuando no pueda escuchar. No sé si me explico.

Silvia Rivero tragó saliva. Por primera vez, la jueza le cayó bien. Era directa y exigente, y eso no le molestaba en absoluto. Ella misma se había sentido incómoda con las reservas en los restaurantes que coordinaba para el antiguo instructor, los cafés de primera hora que debían ser cortados, de un tono ni demasiado claro ni demasiado oscuro, y sobre todo el aire de condescendencia que a veces utilizaba con Silvia. Ella también había tenido que prepararse una oposición, ella también conocía las leyes, la judicatura, el detalle de los procedimientos. No era una mera escribiente sino una pieza importante en el engranaje del juzgado. Y saber que Mara Ramírez la veía como tal provocó sintonizar con ella a pesar de ser diametralmente opuestas en todo lo demás.

—Se ha explicado usted a la perfección, señoría.

—De acuerdo —dijo Mara, extendiendo la mano para estrechársela como si experimentasen un *déjà vu* de su primer encuentro—, empecemos de nuevo.

CAPÍTULO 15

Besos de merengue

Hay besos que saben a decepción o a engaño. Otros tienen el regusto de la vergüenza, el doblez de las tragicomedias, como si por un lado los labios sonriesen y por el otro mostrasen una mueca de disgusto. Me pregunto si el último beso que le di a Samir a él le supo a despedida, y reconozco que la duda me atormenta.

Aunque con los que jamás fallo son los de merengue. Resultan tan sencillos de elaborar que me causan una carcajada incontrolable mientras observo el traqueteo de la batidora dándole brío a las claras. Llevan huevo, una pizca de sal y mucho azúcar. ¡Menuda simpleza! Solo es cuestión de paciencia y de asegurar que el cuenco de la batidora esté escrupulosamente limpio al introducir las claras. De no estarlo, nunca llegarán a montarse de la manera adecuada. Luego añado dos partes de azúcar, una blanquilla, la de toda la vida, hasta que el merengue está firme, y la segunda parte en su modo lustrado y reducido a polvo. Si se quiere dar un toque especial a la mezcla puede añadirse colorante alimentario, y entonces, las pequeñas rosas que salen de la manga hacen parecer la bandeja un jardín multicolor. Se concluye el proceso horneándolos a 80 °C durante dos horas y media hasta secarlos del todo.

Los besos de merengue son dulces, se deshacen en la boca y te dejan en el cuerpo esa sensación de bienestar, de haber llegado a un pequeño paraíso. Los de Samir eran justo así. Transmitían amor, pasión, aceptación, complicidad..., solo cosas buenas. ¿Por qué tuvo que empeñarse en comprender cada porción de mí? Ni siquiera yo entiendo cada una de ellas. Si no hubiera insistido en saber, si hubiera dejado el tema, entonces ahora podía estar disfrutando de cómo sus labios rozaban los míos, cómo su lengua me provocaba

una pequeña descarga entre las piernas. En cambio, tengo que volver a empezar, y volver a empezar siempre es un fastidio.

Encontrar a Samir supuso el equivalente a descubrir una joya escondida entre una montaña gigantesca de tripas podridas. Ni siquiera considero piezas de esa montaña a los impresentables que conocí en el año previo a él. Aunque, bien mirado, llego a la conclusión de que ellos fueron los culpables de todo. La montaña de basura la formaban los tipos como Aday. Esos que una vez fueron algo para mí, o para quienes yo soñé ser algo. La carroña de los corazones solitarios y rotos, las hienas que rondan a las mujeres inseguras, a las machacadas y relegadas a un cero a la izquierda de cualquier cifra amorosa.

Aday fue el primero, eso sí. Él instaló el listón para los demás. El resto fue llegando en distintos momentos: cuando subía a la guagua rumbo a la facultad en Zárate, y la coincidencia diaria provocaba que yo me ilusionase con cualquier machango que se me arrimase un poco. O cuando acudía al ginecólogo y el facultativo comenzaba un manoseo poco profesional que yo interpretaba como un cortejo. Los había realmente interesados en una cita, como el casado que aprovechó un despiste de su cuñado para arrinconarme en una de las granjas y me metió la lengua hasta casi la garganta. O aquel que se dedicó a enviarme fotos de sus genitales como el equivalente a la tuna cantando una serenata bajo mi ventana.

La falta de tacto en los hombres abunda. No digo que todos deban estar entre rejas, ni mucho menos, solo que no es fácil encontrar a uno medianamente decente. Hasta el mejor de los casados, el más amoroso, trabajador y fiel, te sorprende con alguna rareza que raya en la perversión. Yo de pervertidos sé mucho. He conocido a bastantes. Aquel profesor de ciencias que insistía en que hablase de la grasa de mi cuerpo mientras él se masturbaba. Recuerdo la primera vez con él, habíamos ido al cine y acabamos en un hotel cercano a la playa de Las Canteras. Me sentí una puta cuando el recepcionista extendió la factura y echó un vistazo para corroborar que no llevábamos nada de equipaje. Luego, al desnudarme y tumbarme sobre la cama tomó mis muslos con las manos y comenzó a moverlos como si se tratase de dos cuencos enormes de gelatina

de fresa y él estuviese decidiendo en cuál de los dos zambullirse primero. Se trataba de un tipo raro al cual dejé de ver muy pronto y que me causó miedo. Sí, un miedo real. El tipo de pavor que experimentas al considerar que alguien podría cortarte el cuello.

Con el camarero del bar de tapas ni siquiera tuve sexo. En el fondo, creo que nunca tuvo intención de llegar a más, solo aprovechaba mi debilidad por él para que le hiciera favores. Llevar a sus gatos al veterinario, cuidarlos, entregar una baja médica en su trabajo, ayudarlo a hacer un inventario de vinos... Lo curioso es que no me fijé en él hasta que comenzó a enviarme mensajes de amaneceres y corazones. No era mi tipo, sino que se trataba de un chico delgaducho con cierto aire femenino. Pero la atención encandila. No creo ser la única que se siente atraída por alguien en quien no había reparado solo porque ese alguien muestra interés. Es un espejismo forzado. Es decidir cuál prefieres entre dos opciones innecesarias que detestarías en cualquier otro momento de tu vida.

Hay quien dice que uno tiene mala o buena suerte en el amor. Yo creo que se equivocan, que no es cuestión de azar sino de cuánto se está dispuesta a soportar. Uno comete el error de abrirse en canal con el primero que pase. Le cuentas las putadas que te han hecho en el pasado, como si la confianza no demostrada pudiera medirse por cuántas verdades dolorosas son capaces de soportar. Lo malo es que esa es una información crucial para cualquier desaprensivo. Si saben dónde está tu límite, conocen también cómo sortearlo.

Nunca he llegado a comprender por qué te empeñas en salir con alguien si detestas su forma de ser, su aspecto o su carácter. ¿Qué busca esa clase de hombres? ¿Subirse el ego? No llego a entender esa manera de pensar. Con Samir nunca fue así. Él fue claro desde los comienzos. Lo conocí cuando ya me había dado por vencida. Lo nuestro fue fruto de la coincidencia, del destino, de tomar un camino en lugar de otro. Le di un golpe con el coche un martes por la tarde. Salía de la inspección mensual de una de las fincas de cerdos más grandes de Ingenio. Estaba enfadada, agotada y apestaba. Mientras conducía, decidí volcar mi frustración en un audio. No era uno próximo a ser enviado, sino que los guardaba y escuchaba antes de borrarlos. Era mi única terapia, ya que papá nunca estuvo conforme

en que acudiese al psicólogo. De niña, él decía que los loqueros escarbaban en la mente y colocaban ideas erróneas con facilidad en las cabezas sensibles como la mía o la de mamá. Decía que había que cuidarse de esa gentuza.

De modo que me convertí en mi propia loquera. Descargaba mis pensamientos como si estuviera hablando con un profesional y, pasado un tiempo, borraba el archivo fingiendo que nunca había existido el sentimiento ni la necesidad. En el audio de aquel martes, yo le gritaba a mi padre cuánto odiaba mi trabajo. El señor Romero, el dueño de la granja, era tan tacaño que, tras el momento en el que yo estampaba la firma que abría las puertas del lote de cerdos a la nave de Mataderos Canarios La Carnita, mantenía a la piara sin pienso para ahorrar un poco. Los gorrinos que pasaban la inspección, y lucían gordos y lustrosos un día, llegaban a Mercalaspalmas una semana más tarde en condiciones deplorables. A Rubén Romero no le importaba el sufrimiento de los pobres cerdos, él se contentaba con el ahorro y el beneficio que obtenía por ellos. Parecía como si quienes controlaban la mercancía que entraba en Mataderos Canarios La Carnita estuviesen ciegos, sordos y mudos. Obviaban el aspecto de los gorrinos, el certificado que emitíamos era suficiente para entregar el importe de la compra de la carne iracunda y famélica.

Si tan solo la burocracia fuese más ágil, los pobres bichos no tendrían que sufrir siete días de horror en los que nadie acudía al redil más alejado de la carretera, el destinado al grupo que sería enviado a la muerte. Chillaban la mayor parte del tiempo, con la esperanza de que alguno de los trabajadores descargase una saca de pienso para ellos, como habían aprendido en cada día de su existencia. Me quejé muchas veces del asunto, tanto a mi padre como al señor Romero. Les dije que no era moralmente lícito firmar una certificación de una piara que no estaba en las mismas condiciones en las que llegaría al mortuorio. Era una mentira burda y oscura que ninguno de los dos quiso admitir.

Aquella tarde, mientras conducía, descargué mi frustración en el audio y tiré el teléfono en el lado del pasajero. El rebote de este contra el sillón provocó que cayese al suelo, y despegué la vista de

la carretera solo un segundo. En un segundo pueden ocurrir tantas cosas... Como darte de bruces con un coche que se ha detenido por una retención del tráfico. Si hago memoria, puedo recordar la cara de asombro de Samir cuando descendí para comprobar los desperfectos, ataviada con el mono de trabajo verde y unas botas de agua. La marca de excrementos me llegaba a la pantorrilla, y olía tan mal que me eché hacia atrás para no ofenderlo.

Tras el golpe, Samir fue todo un caballero. Me tranquilizó, e incluso dijo que no me angustiase por el faro roto y el guardabarros aboyado. Se preocupó cuando comencé a respirar de manera irregular presa de una crisis de ansiedad y se sentó junto a mí en un banco cercano a la carretera. Cuando revivo aquel instante solo recuerdo sus ojos marrones y brillantes. Cómo trataban de transmitirme serenidad. Él sonreía todo el tiempo, pero no con aspecto burlón, sino comprensivo y amable. Nos intercambiamos los teléfonos además de los datos de las compañías de seguros. Me sorprendió cuando recibí una llamada suya al día siguiente. Solo tenía interés en saber cómo me encontraba yo, eso dijo. Dejó pasar dos días más para hacer esa segunda llamada, su voz vibraba un poco. Daba la impresión de dar muchas vueltas para decir algo que le preocupaba, y cuando por fin decidió lanzarse, me pidió tomar un café.

Una semana después ya habíamos quedado para dos cafés y una cena. Y como dicen en las películas, el resto es historia. Para mí, una romántica, de esas que disfrutas con helado de chocolate y un buen sirope para acompañar. Soy consciente de que Samir tendría otra opinión, para él la nuestra sería una historia de terror.

CAPÍTULO 16

El equipo empleó la tarde del lunes en lanzar hipótesis plausibles con los datos que tenían hasta el momento. En la visita de Peralta e Ibarra a Agaete, algunos de los lugareños identificaron la foto de Betty. Un aspecto como el suyo no pasaba desapercibido. Con la piel blanca hasta el extremo, el maquillaje marcado, el pelo de un color cobre brillante recogido en dos largas trenzas. Como colofón, el volumen de su cuerpo enfundado en uno de sus vestidos de llamativos colores hacía girar cabezas a su paso.

—Yo creo que la novia no tiene ni pajolera idea —dijo Montoya con tono grave. Se rascó la parte trasera de la cabeza, la única zona con algo de pelo, y explicó a continuación que los buzos enviados al Puerto de Las Nieves no habían encontrado nada significativo en el fondo marino.

Era un tipo alto con aspecto de duro. Sus ojos azules y su barba larga y poblada lo harían pasar por serbio o ruso en cualquier situación, sobre todo si se obviaba su acento malagueño. Él, junto con Murillo y Viera, formaba el equipo técnico. El primero, en contacto directo con la escena, mientras que Murillo escudriñaba las cámaras, las redes e incluso los bajos fondos ocultos tras una pantalla de ordenador. Viera apoyaba desde el agua, con un conocimiento minucioso del fondo marino y los accesos a la isla. Ver a los tres exponer sus ideas y hallazgos era todo un espectáculo: Montoya osado, casi chulesco, con alguna bromilla para quitarle hierro a cualquier situación. Mientras que Murillo era el calmado, el observador y analítico. En cuanto a Viera, hablaba poco, prefería la acción y que se ocupasen otros de las explicaciones.

—Sus amigos tampoco han aportado nada más. Solo una foto que él colgó en su estado de WhatsApp la noche previa al viaje. Salieron a cenar. —Ibarra envió la instantánea directamente a la pizarra

digital para que los presentes le echasen un vistazo—. Se les ve felices. Al menos parece que todo iba bien.

—¿Qué restaurante es? ¿Lo sabemos? Puede que alguien los siguiese, no sé. Alguien que le tuviera ojeriza a Samir. No hemos considerado un delito de odio, pero habría que ponerlo sobre la mesa —recordó Montoya.

Patricia Peralta leyó la información que habían anotado tras la ronda de entrevistas con los amigos de la víctima.

—Es el Allende de playa del Inglés. A ver... —inició la búsqueda de la ubicación en internet antes de anunciar al resto el nombre del local—, el Allende 22º, el que está en la avenida de Tirajana. De todas formas, ¿Betty no había dicho que se quedaron en casa el lunes por la noche?

—Sí, eso dijo, pero quizá se confundió de día. Recuerda que es un manojo de nervios esa mujer. Llamemos al restaurante. Veamos si tienen grabación en circuito cerrado. Si hay suerte, quizá consigamos más —dijo Aitor, esperanzado de encontrar alguna pista.

—También está lo otro. —Víctor Murillo miró a su compañero antes de continuar. Daba la impresión de haber comentado el tema en confidencia y no tener muy claro si sacarlo a relucir.

—Los Verdugo —soltó Montoya, resoplando a continuación—. Cogieron el barco el mismo martes. El Fred Olsen que debió llevar a Samir a Tenerife y en el que no embarcó.

—¿El puto Rober?

—El Rober, su hermano Francis y toda la parentela. Hasta la madre iba para Tenerife. Mucha casualidad que fuera ese día y no otro, ¿no? —respondió Montoya.

Los Verdugo, desde el anciano Florián Verdugo, hasta su nieto, el más joven del clan, conformaban un grupo cerrado y organizado dedicado al narcotráfico en la isla. No se salvaba ni uno de aquella familia de diez miembros. Ni siquiera Antonia Pieldelobo, la matriarca octogenaria que había comenzado el negocio muchos años atrás al instalarse en Gran Canaria procedente de la gallega Noia. Rober y Francis eran los hijos mayores del matrimonio. Los mellizos movían todo el material procedente de Mauritania y también de Colombia. La encargada del dinero era la hija pequeña, Rosa Verdugo

Pieldelobo, que había estudiado Económicas en Boston y era el ojito derecho de su padre. Las nueras y el yerno gestionaban la logística, las relaciones con los funcionarios, y las empresas tapadera; y los dos nietos, Asha Verdugo y Johnny Pérez Verdugo, aprendían con rapidez a manejar todo a pesar de contar solo con veintiuno y dieciocho años respectivamente.

No solo estaba sobre la mesa su vinculación con todos los *narcoenvíos* que cruzasen las islas con cualquier rumbo o procedencia, sino que se habían encargado de hacerse imprescindibles, como el equivalente criminal a una aduana al uso. También contaban con conexiones en las altas esferas, políticos, personalidades de peso e incluso vínculos con la Policía. Rober Verdugo Pieldelobo había hecho sus pinitos siendo solo un adolescente, y se había metido en el bolsillo a esa camada antigua de nacionales que necesitaban de un soplón que soltase la lengua de vez en cuando.

—Subieron al barco a las once y media. Se llevaron los coches. Están todos en el listado de pasaje y también registradas las matrículas —anunció Murillo—. Además, he cotejado las imágenes de la llegada a Santa Cruz. Salieron en comitiva hacia el Loro Parque y pasaron allí todo el día. Por la tarde volvieron a Las Palmas.

—No hay que descartarlo, aunque todo apunta a que Samir no tenía contacto con esa gentuza. —Ibarra se echó hacia atrás y observó la pizarra donde se habían expuesto todas las posibles vías de investigación.

—Puede que viese algo, ¿quién sabe? A lo mejor el viaje oculta más que una puta excursión familiar. Samir se encontró un percal inesperado y el Rober dio la orden de quitárselo putamente de en medio. —A continuación, Patri verbalizó lo que todos pensaban y nadie se había atrevido a decir—. A ver cómo le cae la noticia a su amiguito Pumares.

—No creo que haga falta meter a Pumares en esto —balbuceó Murillo.

—Hay que apretarle a Rober y sacar en claro cuál era el motivo real del viaje —puntualizó Aitor. Él tenía las prioridades bien claras. Le importaba poco que Pumares lo tratase como a un colega de la

mili, para él seguía siendo un delincuente. Si estaba vinculado con la desaparición de Samir, se encargaría de tirar de aquella pista como haría un perro rabioso con un trozo de cuerda.

—No habría sido complicado meter el cuerpo en uno de los maleteros. —Montoya seguía dándole vueltas al asunto.

—Pero si se lo llevaron en el maletero se hubieran deshecho de él en Tenerife. No lo hubieran traído de vuelta para desperdigarlo por La Isleta —concluyó Ibarra.

—Estamos descartando una posibilidad que no es nada despreciable, y no me refiero a la de los Verdugo. —Raúl Gómez era el más joven del equipo y se cuidaba mucho de imponer sus opiniones, especialmente cuando su compañero estaba delante. Verlo a solas, sin la toxicidad contagiosa del veterano Ernesto, pareció infundirle aquella tarde cierto arrojo para comentar sus apreciaciones—. La posibilidad de que Samir nunca llegase a Agaete. No aparece en las cámaras, y estamos dando por supuesto que llegó de otra forma y una vez allí lo hicieron desaparecer. Nos estamos volviendo locos buscando una aguja en un pajar: un lugar público, a media mañana, petado de gente..., pero ¿y si Agaete es justamente la mentira inicial?

Comprobar que ninguno de los presentes entendía su última indicación provocó que Raúl se explicase.

—Hay una película de hace unos años, se llama *El bosque*. En esa peli hay una mentira inicial, y el resto de lo que ocurre sucede desde el punto de vista de conocer esa mentira, de asumirla como verdad. En el caso de la peli se trataba de una fecha. Y en base a la fecha inicial piensas que la trama transcurre en una época concreta. ¿Y si que Samir estuviera en Agaete es la mentira inicial? Estamos buscando sus restos cerca del pueblo por tierra, mar y aire. Valoramos quién pudo llevárselo y cómo, pero ¿y si nunca llegó? De ser así, Samir podría haber desaparecido en cualquier otro sitio.

—Si fuese el caso, habría que afrontar que Beatriz continúa mintiendo, que nunca encontró a Samir en el muelle —concluyó Aitor Ibarra—, y esa mentira solo puede tener un motivo: que ella misma lo haya matado.

CAPÍTULO 17

A Mara Ramírez no había nada que la pusiera de peor humor que encontrarse en un callejón sin salida. Había anotado sobre varios pósts de diferentes colores los datos con los que contaba hasta el momento: un puñado de indicios que no conformaban ninguna prueba fehaciente. Los había ido pegando sobre la pared de su despacho y, de vez en cuando, interrumpía lo que estuviera haciendo para echarles un vistazo por si se le ocurría algo más, algo que diera sentido a todo el galimatías. Sabían que el móvil de Samir se encontraba a la hora establecida en Agaete, puesto que la triangulación de los repetidores así lo había confirmado. También que nunca subió al barco. No existía ni un solo hecho que la empujase a pensar que Beatriz Mantecas fuera la culpable, pero había en ella cierto aire extraño que revolvía la intuición de Mara. Como si la novia callase muchos detalles, como si se guardase bajo la manga un puñado de contradicciones para lanzárselas una a una a su debido tiempo.

También los cambios en sus declaraciones estaban sobre la pared del despacho. Aquel trayecto juntos hasta Agaete, que luego se convirtió en uno en solitario. El giro de Beatriz admitiendo que no viajaba Samir en el coche con ella, aunque ella esperase encontrarlo allí. La ropa donada con prisa, el móvil de él encontrado en su casa, el coqueteo de la viuda doliente con Aitor, la urgencia por realizar un funeral cuando aún no habían recuperado la totalidad del cuerpo, y el laboratorio no había dado luz verde a la doble comprobación del ADN. Cada pequeño indicio puesto sobre el papel y agrupado con sus semejantes causaba un gesto en Mara, como de fruncir el ceño sin comprender del todo un acertijo cuando te han soplado la solución.

La foto de Beatriz Mantecas no era la única que decoraba el despacho de la jueza Ramírez. También la de Manuel *el Pistola*, por

haber sido quien halló el brazo de Samir y no poder ofrecer una coartada legítima en la fecha de la desaparición del joven fisioterapeuta. Mara estaba convencida de que la amnesia de Manuel era debida a los colocones de Krokodil, pero no podía descartarlo por pura presunción, aunque Manuel no era más que un pobre desgraciado.

La Policía Judicial había informado de las sospechas con respecto al clan de los Verdugo en la tarde anterior, y desde aquel momento, también las instantáneas de los cabecillas ocupaban la pared de Mara, junto con las de Betty y el Pistola. Daban la impresión de observarla de soslayo desde el encalado blanco cercano a la puerta, como si la retasen a averiguar, en un solo vistazo, quién ganaba más con la muerte de Samir. Tener delante los ojos fieros de todos ellos conseguía que Mara se revolviese en su silla de cuero negra, incapaz de sentirse cómoda del todo.

—Señoría, están aquí Peralta e Ibarra. No sé si tiene usted un momento para atenderlos. Ya les he dicho que deben avisar con tiempo —anunció Silvia a media mañana del martes.

Mara hizo un gesto con la mano para que los dejase pasar y ordenó los papeles de su mesa. Se sintió estúpida por el revuelo que acababa de sentir en el estómago al escuchar el nombre de Aitor, y se lo recriminó de inmediato con una frase que pronunció en su cabeza: «Es policía. Recuerda que es policía». Mara carraspeó para quitarse el nerviosismo de encima. No le gustaba dejarse llevar, en especial si lo hacía en medio de una operación tan importante y complicada como aquella.

—Buenos días, señoría —musitó Aitor—, acabamos de recoger las grabaciones del lunes 11. Ya sabe, las del restaurante Allende. Hemos tenido oportunidad de echarles un vistazo en las oficinas de la empresa. Creemos que debe usted verlas.

Minutos después, tras insertar la memoria USB que permitía compartir los archivos con el terminal de la sede judicial, los tres se sentaron frente al monitor para analizar el vídeo. Las imágenes mostraban a la pareja entrando al restaurante en torno a las ocho de la noche, cogidos de la mano y en actitud tranquila. Hubo muchos gestos de cariño entre ambos, tanto de Samir hacia su novia, como

de Betty hacia él. Besos, caricias y risas. Daban la impresión de ser la viva imagen de la felicidad. El personal de Allende 22º recordaba a la perfección a la pareja, no solo porque eran clientes habituales, sino porque aquella noche de lunes no había demasiado trabajo.

El encargado del local comentó a los inspectores que, aunque estuvieron ambos muy relajados, en un punto determinado de la noche, la actitud cambió diametralmente. En especial la actitud de él. Samir pasó de tener un buen gesto a uno serio y malhumorado. Fue el propio encargado quien se acercó a la pareja para tomar nota de los postres y conversó brevemente sobre uno de los platos que habían consumido, una novedad en la carta que les había gustado mucho a ambos. Recordó la situación como: de buen rollo.

No obstante, en el momento de servir los postres, ya Samir se había tornado en un hombre taciturno, que incluso rechazó la tarta de manzana que había ordenado, hasta el punto de enviarla de vuelta a la cocina con desdén. Samir se disculpó con el encargado y adujo que ya no le apetecía, aunque insistió en pagarla igualmente. Al responsable le causó extrañeza la actitud, puesto que siempre había demostrado mucha educación y amabilidad en sus visitas previas, e incluso aquella misma noche. La pareja se marchó del local poco después.

—Ese es el momento, ahí, señorita —comentó Patri al localizar el punto de inflexión de aquella noche. El momento exacto en el que todo se torció para la pareja—. Cuando Betty va al baño, la cara de Samir cambia. Como si le hubieran dado una mala noticia o se hubiera enterado de algo terrible.

—¡Ahí! Patri, dale para atrás. ¿Ve lo que hace Samir, señorita? —preguntó Aitor Ibarra al tiempo que se inclinaba un poco sobre la mesa para señalar la pantalla.

En el conjunto de mesas de madera, sillas de ratán y un sinnúmero de plantas que provocaban que la terraza del restaurante se asemejase a un jardín mediterráneo, se produjo un movimiento breve y casi imperceptible. Una acción que solo resultaba relevante al conocer el trágico final de Samir. Tras la marcha de Beatriz al lavabo, él rescató el móvil de su chica que se encontraba sobre la mesa, al tiempo que miraba a ambos lados. Como uno haría al

cometer un hecho reprobable. Manipuló entonces la pantalla con cierta rapidez y volvió a colocar el terminal en su sitio.

—Le espía el móvil. Ya veo. Así que no era todo tan idílico como ella nos ha hecho creer. Y ahora vuelve Beatriz. Justo cuando traen los postres —confirmó Mara.

—Así es. Pero algo ha cambiado. Fíjese en Samir. Ya no sonríe, aunque no parece cabreado sino en *shock*. Ya no está como antes; de hecho, ni siquiera mira a Beatriz a la cara. Da la impresión de haber visto algo en el móvil que no le ha gustado un pelo.

—Bien. Muy buen trabajo a los dos. Soliciten las grabaciones de las inmediaciones del local. Terminaron la cena sobre las once. Quiero el trayecto hasta el coche, y la llegada a Las Palmas. De las de tráfico no podemos tirar para comprobar su actitud en el vehículo, pero sí para verificar la ruta que tomaron en el viaje de retorno. Una pena que no se vea nada más que las matrículas.

—Desde que hablamos con el encargado anoche, le dijimos a Murillo que se pusiera con ellas. Asumimos que las querría usted comprobar, señoría. Incluso hemos añadido las de la llegada a Triana, por si discutieron en la puerta. Estamos trabajando con las de la Policía, pero solicitaremos las de la sucursal bancaria frente al domicilio, para verlo desde varios ángulos —informó Ibarra.

El tono ensordecedor de un solo roquero de guitarra sobresaltó a los tres, incluso a Patri Peralta, pese a tratarse del timbre de su propio teléfono.

—¡Hablando del rey de Roma, es Murillo! —anunció, levantándose y caminando en dirección a la ventana para hablar.

—¿Estás bien? —Aitor pronunció la pregunta en un susurro dirigido a Mara—, tienes pinta de haber dormido poco. ¿Quieres que quedemos luego? —musitó, tratando de emitir el menor sonido posible. Seguía de pie, con la mano apoyada sobre el escritorio, y estudió la atención de su compañera dirigida hacia el exterior del edificio, antes de rozar la mano de Mara con el dorso de los dedos.

—Pero ¿estás putamente seguro? ¡Qué hija de la gran puta! —exclamó Peralta aún con el teléfono pegado a la oreja, lo bastante alto como para sobresaltar a ambos—. Estamos con la jueza. Mándamelas al móvil.

Patricia resopló, y por primera vez Mara pudo apreciar en ella cierta inocencia si se obviaban los *piercings*, los tatuajes y el pelo rapado que le confería aquel aire macarra y duro. Peralta tecleó en el móvil el acceso a su correo electrónico al tiempo que decía: «No se lo van a creer». Rescató el archivo de vídeo remitido por Murillo y colocó el terminal en posición horizontal para que los tres pudieran verlo, justo antes de pulsar sobre la pantalla e iniciar la reproducción.

Ahí estaba, la calle Mayor de Triana desierta a las cinco de la madrugada del lunes previo al viaje de Samir, y Beatriz Mantecas llegando a casa completamente sola.

CAPÍTULO 18

Nomeolvides de chocolate

Hay algo muy especial en el momento de crear un postre. Soy consciente de que muchos perciben el dulce como el hermano feo de una comida consistente, el pecado del que se puede prescindir, pero ¡cuánto se equivocan! Nadie mira con ojos tentadores a un plato de callos ni a un escalope de pollo. Sin embargo, una trufa perfecta de chocolate, eso sí que pone a prueba la convicción más férrea.

El día en el que murió Samir me juré que idearía un postre a la altura de alguien como él. Su amor, el amor que me había regalado durante dos años bien valía el esfuerzo. Algo tan dulce como sus besos merecía ser recordado, como símbolo indiscutible de lo que una vez tuve y perdí, de lo que fui capaz de sentir y de recibir. El postre de Samir debía ser delicioso, cautivar y perdurar a partes iguales. Tenía que evocar a la persona más especial de mi vida.

Pensé durante las noches siguientes a su marcha cómo simbolizar un amor como el suyo. Preferí pensar que se encontraba en cualquier otro lugar, allende el mar, en el oscuro y distante lado alternativo de este mundo físico. Lo equiparé al ideal del apego, de la adoración y la devoción. Comparé a Samir, a su alma generosa y cálida con la flor nomeolvides y su hermosa leyenda. Esa que dice que, hace muchos años, un joven le regaló a su novia un ramillete de florecillas azules justo antes de partir hacia la guerra con la súplica de que lo recordase siempre.

Mis trufas nomeolvides no son azules, irregulares o diminutas como las flores que aquel muchacho regaló a su amada; sin embargo, así quise llamarlas para tener a Samir siempre presente. Su elaboración es sencilla y clásica, como el carácter de Samir. El

tono oscuro y aterciopelado como el de su piel. Al infusionar la nata con el interior de una vaina de vainilla de Madagascar y una pizca de pimienta rosa, los aromas de África inundan el obrador, y por un breve lapso vuelvo a sentirlo cerca. Cuando cubro el chocolate Valhrona con la nata a punto de hervir, y el color terroso del cacao lo inunda todo, me vienen a la mente sus caricias y la urgencia de su deseo. Lo tomo con calma, no remuevo enseguida, sino que le doy tiempo a derretirse a conciencia. Esas trufas son como volver a tenerlo a él entre los brazos. Yo sería la nata, blanca y ondeante, y él el chocolate al 70 %, puro, fuerte y sin dobleces. Juntos formábamos una combinación perfecta, equilibrada y llena de sabor.

Después, cuando ya está completamente combinado y ambos ingredientes son uno solo, lo dejo reposar en la nevera toda la noche. El tiempo ayuda a que los aromas se acentúen, a que todo se ponga en su lugar, y con las trufas nomeolvides de chocolate ocurre lo mismo. Formo bolas con la masa casi solidificada y cremosa con la ayuda de un utensilio ideado para sacar esferas perfectas del melón. Luego las atempero un poco al tornearlas con las manos, y enseguida las dejo caer sobre suficiente cacao en polvo mezclado con una pizca de *bacon* pulverizado. Las trufas nomeolvides simbolizan nuestra unión, nuestra pasión y todo cuanto vivimos juntos. Cuando alguien se mete una de ellas en la boca, un pequeño vuelco se produce en mi corazón, como si perdiera su recuerdo un poquito con cada mordisco. Aunque debo hacerlo, Samir merece ser reconocido, que su esencia se haga un hueco en la posteridad. Se lo debo, al menos, le debo eso.

—Señora Beatriz, ¿está usted bien? ¿Me oye? —La voz de Aitor resuena en mi cabeza. Tenerlo delante no consigue apartar la nostalgia por primera vez desde que lo conozco, hoy todo me hace extrañar a mi amor perdido—. Señora Beatriz, si fuera tan amable de salir unos minutos, necesitamos hablar con usted.

La tienda está a rebosar, es casi mediodía. Echo un vistazo rápido a Ana, la estudiante de FP Dual que me echa una mano entre semana como parte de su formación, y tras gesticular que se encargue de todo, me uno al inspector en la puerta de Betty Bacon. Aitor insiste en que debemos tratar un asunto serio, me apremia

para que eche el cierre, pero él no tiene ni idea de lo importante que soy para quienes me visitan. Sin mis creaciones, ellos caerían en la más profunda de las miserias emocionales. Yo les levanto el ánimo con cada bocado, yo les infundo el valor de poner un pie tras otro para volver a sus vidas cotidianas y tristes. Yo los deleito, los sorprendo, los hago pecar una y otra vez por más que se esfuercen en resistirse. No puedo defraudarlos, a ellos no. Y aunque Aitor es muy convincente, no puedo dejarlo todo atrás para rendirme a sus encantos, debo ser responsable. Por Samir, por mamá, por mí misma.

—Será mejor que llame usted a alguien, señora —dice la perroflauta rapada sin entender que soy una empresaria de éxito y las empresarias no descansan.

—En lugar de presionarme, deberían ustedes hacerse cargo de la situación —me revuelvo contra ella, aunque manteniendo mi compostura, no soy ninguna arrabalera—. Sigo esperando a que se decidan de una vez a autorizar la entrega del cuerpo de mi pobre Samir. Queremos velarlo en condiciones, incinerarlo según sus deseos y depositar sus cenizas en un lugar tranquilo. ¿Es que no tienen ustedes respeto por nada? ¿No saben cuánto sufrimos quienes lo queríamos?

—Beatriz, entendemos que esto está siendo muy duro para usted. —Aitor me habla siempre con mucho tacto y dulzura—. Le insisto en que necesitamos tratar un tema delicado.

Aitor traga saliva como si quisiera gritarme algo, como si anhelase confiarme un secreto. Luego me mira con ojos tristes y humedecidos. Tengo la sensación de que va a echarse a llorar en cualquier momento. Él padece como suyo este atropello que vengo sufriendo desde el sábado. Él es consciente de mi dolor, de mi angustia profunda. Sé sin lugar a duda que su empatía se enfoca únicamente en mí. Puedo notarlo. Y esa mirada suya..., conozco a la perfección esa mirada. Es la mirada del enamoramiento más profundo. Él lo siente, y yo creo que también podría corresponder a pesar de que la huella que Samir me ha dejado es profunda y aún duele. Entonces, Aitor entorna los labios, dejando salir un suspiro melancólico, y yo contengo el aliento.

—Tiene que acompañarnos, Beatriz. La subinspectora Peralta y yo esperaremos hasta que esté usted lista. En cuanto cierre la pastelería nos marcharemos. Tómese el tiempo que necesite, pero no tarde mucho.

—¿Cerrar? No puedo cerrar. No lo entiendes, Aitor —digo a sabiendas de que puedo ponerlo en un aprieto al tutearlo—, Betty Bacon no cierra nunca. Así ha sido desde hace dos años y así seguirá.

Me descuelgo de ese gesto anhelante suyo y vuelvo a entrar a mi reino. No puedo permitir que me estropeen el día. Samir jamás lo hubiera hecho, él siempre supo lo importante que la pastelería era para mí. Sin él, sin sus ánimos para dejar una profesión que odiaba, sin su apoyo para formarme, sin su sueldo que nos daba de comer mientras yo decidía qué hacer con mi vida, Betty Bacon nunca hubiera nacido. Samir se encargó de infundirme el arrojo suficiente, me animó a crear, a confiar en mí misma. Samir me escuchó, me alentó, me sujetó cuando yo pensé que caería, me sonrió cuando estaba triste, me abrazó cuando necesité consuelo, me liberó cuando quise desatarme.

Samir me amó con todas las letras, escuchó los secretos que me atormentaban, luchó por mí, fue mi héroe, mi defensor, el guerrero que jamás pensé que llegaría para salvarme. No puedo cerrar la tienda, cerrarla significaría defraudarlo, cerrarla sería el equivalente a admitir que todo cuanto he hecho ha sido en vano, que no vale nada. Que puede desaparecer de la noche a la mañana.

Ellos dos siguen afuera, no se dan por vencidos. Es entonces, mientras la bollera tatuada habla por teléfono caminando a uno y otro lado de mi fachada, al tiempo que clava sus ojos muertos en mí, cuando aprecio un coche oscuro aparcado en la zona peatonal, muy cerca de la tienda, que impide el paso a los viandantes. La Policía a veces se toma libertades que no se debería tomar. No solo han decidido saltarse la prohibición de circular en una vía peatonal, cuando la normativa es para todos, sino que además han plantado ese horrible coche cerca de mi negocio. ¿Para qué? Yo no tengo tiempo para esto. Tengo que centrarme en atender a los clientes, mis clientes.

—Beatriz, por favor —suplica un Aitor con el alma encogida que ha decidido entrar en la tienda para convencerme a toda costa de que lo elija a él por encima de Samir—. No nos lo ponga más difícil.

—¿Difícil?

—Por favor, no hay necesidad de hacerlo de manera brusca. Solo cierre la puerta, no admita más clientela por hoy, y la pastelería se irá vaciando poco a poco. Créame que queremos hacerlo de la forma menos traumática para usted. Es imperativo que la llevemos a comisaría para hablar tranquilamente.

—Tú no lo entiendes —admito algo sobrepasada. Las lágrimas han comenzado a caer por mis mejillas casi sin darme cuenta.

—Sí, por supuesto que lo entiendo, Betty.

—No puedo. No puedo. No pienso ir a ningún sitio. —Me empeño en mi derecho de no hacerles caso justo cuando veo entrar a la perroflauta. ¿Qué se ha creído esa machanga? Si quiero puedo ponerla de patitas en la calle.

—Señora, si no colabora tendremos que hacerlo a las malas. No queremos que sea aquí, pero si no cierra usted la puerta ahora mismo, tendremos que acatar las órdenes que nos han dado.

—Métase usted sus órdenes por el culo —susurro con todo el asco que la tipeja me provoca.

Ella frunce esa boca nauseabunda que tiene, simulando pena, y mira a Aitor. Es obvio que lo tiene acojonado. Ella sabe que él está loco por mí y probablemente lo coaccione con contar lo nuestro a sus superiores. ¿Nadie respeta el amor que surge entre dos personas? ¿Es la envidia tan abrumadora que arrasa con todo a su paso?

—Beatriz Mantecas, queda usted detenida por su posible implicación en la muerte de Samir Mpunga. Ponga las manos a la espalda. Tiene derecho a designar un abogado de su confianza y si no se le asignará uno de oficio. Tiene derecho a guardar silencio y a no confesarse culpable. Tiene derecho a que se le comunique la detención a la persona que usted solicite...

La harpía continuó. La perroflauta, invertida, rapada, tatuada de mierda siguió soltando aquella retahíla infernal mientras la gente observaba todo cuanto ocurría. No solo mis clientes sino cualquiera

que pasase por la calle a esas horas. Y así, en segundos, los vi cambiar de bando. ¡Qué frágil resultó ser el cariño de los que me alababan por pura falsedad o interés! Debí saber que el esfuerzo de ganarme su estima, aunque fútil, era directamente proporcional a la rapidez con la que decidían volver a despreciarme.

La gente cuchicheaba mis rarezas allí mismo, mientras masticaban una porción de mi pastel Victoria, mientras aún se endulzaban la boca con mis trufas nomeolvides. Por un momento, me sentí como la hembra gorila del zoo, la peligrosa fiera cercada por cazadores. Los clientes eran los visitantes al espectáculo, con los ojos exorbitados y las bocas abiertas por la sorpresa. La zorra pelona era la agresiva furtiva dispuesta a saltar sobre mí para cortarme las manos y convertirlas en preciadas piezas de colección. Y Aitor, el bello Aitor, era el conservador, el protector de mi hábitat.

—¡Yo no he hecho nada, por favor! Aitor, por favor, sabes que yo no he sido. No he sido yo, yo lo quería.

—Beatriz, estese tranquila. Cuidado con la cabeza —dijo él tras sacarme de mi reino y meterme en la parte trasera de aquel coche con olor a ambientador sintético de pino.

Acto seguido se colocó a mi lado en el sillón de atrás, y yo eché un último vistazo a la que había sido mi gran obra de arte, mi inspiración, el merecido logro tras tantos sacrificios. Me eché a llorar en brazos de Aitor con la convicción de que jamás volvería a cocinar entre las paredes de Betty Bacon ni a sorprender a nadie con mis elaboraciones. Había logrado materializar mis sueños y en menos de una semana los había enterrado todos.

CAPÍTULO 19

El trayecto hasta la Supercomisaría fue extraño y críptico. Patri Peralta conducía por la autovía en dirección Puerto, y de vez en cuando echaba un vistazo al asiento trasero a través del espejo interior del vehículo. Beatriz Mantecas lloraba a moco tendido con la cara hundida en el pecho de Aitor. Su compañero no sabía muy bien dónde meterse. Por un lado, le insistía en que estuviese tranquila, y por otro miraba a Patri con esa expresión de querer pedir auxilio a gritos marcada en la cara. El llanto de Betty causaba esa reacción de estupor. Era exagerado, histriónico, muy ruidoso y dramático. No es que Peralta considerase que ella fingía, sino todo lo contrario. La creyó presa de una crisis nerviosa o de un brote psicótico. Patricia no tenía ni idea de psicología, pero si hubiera tenido que apostar hubiera apostado a que Beatriz Mantecas no era una persona mentalmente equilibrada.

Todo en Betty inspiraba ofrecerle ayuda, como si su estabilidad dependiese de Samir, y al no tenerlo al lado poco a poco su realidad se estuviera desmoronando cual castillo de naipes. Sus reacciones eran extravagantes, desmesuradas y con cierto regusto a impostura. La impresión de los inspectores no era que Betty fuera una gran actriz, sino que se creía su propia fantasía.

Peralta tomó la rotonda y bordeó la escultura a la Alianza antes de continuar por la calle Juan XXIII en dirección opuesta al mar. Sorteó el tráfico algo denso por el término de la jornada laboral de los funcionarios del cercano ayuntamiento capitalino y del Gobierno de Canarias, y entró al estacionamiento de la Supercomisaría saludando a los efectivos de guardia. Se tomaron unos minutos para serenar a una Betty deshecha y lograr bajarla del coche. Patricia le secó la cara con un pañuelo de papel y también le limpió los mocos. Le hablaban con mucha tranquilidad, con paciencia y respeto. Se trataba de que la detenida tomase conciencia de la situación,

aceptase los hechos y declarase, nadie quería que Beatriz estuviese a la defensiva.

Una vez en las dependencias destinadas a fichar a los detenidos, se le tomaron las huellas y las fotos correspondientes. Se le leyeron de nuevo sus derechos, por encontrarse más entera y ser capaz de escucharlos al completo, y se le requisaron sus pertenencias para ponerlas bajo custodia. La jueza Ramírez no le tomaría declaración hasta pasados unos días, al menos dos. Eso había comentado. Mara quería que, en las cuarenta y ocho horas siguientes a la detención, se pusieran en conjunto todos los indicios y pruebas que tuvieran. Necesitaba que se recabase todo lo posible para sustentar la imputación de Beatriz Mantecas por homicidio. El equipo tenía trabajo y no sería pan comido.

—Señoría... —la voz de Aitor sonó agotada al otro lado de la línea telefónica—, ya está hecho.

—¿Todo bien?

—Está sobrepasada. No para de llorar. Confiamos en que se tranquilice en las próximas horas.

Mara dudó si volver a preguntar.

—¿Usted está bien, inspector?

—No ha sido fácil —respondió Aitor antes de emitir un gran suspiro destinado a templar los nervios.

—¿Quieres que nos veamos luego?

La novedad sorprendió a Ibarra. No era solo que Mara se lanzase a tomar la iniciativa para quedar con él, era también que lo había tuteado.

—Me encantaría —dijo al tiempo que sentía cómo todos los músculos de su cuerpo se aflojaban—. Aunque todavía me quedan varias horas aquí.

—Te envió ubicación. No hay prisa.

Cuatro horas después, la emoción inicial de Aitor se había disipado. Beatriz continuaba llorando y nerviosa. Apretaba constantemente el timbre de aviso para que acudiera un efectivo a la celda. Se quejaba por todo, de la falta de aire, de la falta de luz, de lo incómoda que estaba. Luego se calmaba por unos minutos hasta que volvía a hacer sonar el timbre, exigía hablar con el comisario,

con la jueza, con el fiscal y también con su abogado. Cuando le explicaban que las visitas debían producirse únicamente en el horario establecido y que ese horario ya no se reanudaría hasta el día siguiente, Beatriz encolerizaba e insultaba al policía de turno. Luego volvía a llorar o a llamar a gritos a Aitor pidiendo ayuda. Hasta en cinco ocasiones bajó a los calabozos Aitor Ibarra. En todas ellas la escuchó, le habló con serenidad y la consoló en la medida de sus posibilidades. No fue hasta la sexta, pasadas las nueve de la noche, que Aitor se decidió a sacarla durante unos minutos al patio interior, en el que se permitía a veces que los detenidos que estaban muy alterados fumasen un pitillo, o cogieran algo de aire.

—Respire hondo, Beatriz. Si no se relaja un poco será muy complicado para usted. La primera noche suele ser larga. ¿Toma usted medicación para dormir? ¿Quiere que se la mandemos a buscar?

—Por favor, no me trates de usted. ¿No ves que necesito todo el apoyo del mundo? Estoy sola, Aitor. Estoy completamente sola, y desde hoy mucho más. Nadie querrá volver a dirigirme la palabra. Soy una apestada, una sarnosa. Ya no soy nadie.

—Eso no es cierto, Beatriz —le recordó, fiel a su cometido de convertirse en su sombra—. Tienes a tu familia, a tus amigos.

—¿Amigos? ¿Qué amigos? Y en cuanto a la familia... Samir era mi única familia. ¿Cómo pueden insinuar que yo querría matarlo? ¡Yo lo amaba, Aitor, yo lo amaba como nunca quise a nadie!

—Discúlpame, no sabía que estabas sola. Pensé que tendrías hermanos, padres, tíos... Pero te entiendo. Yo tampoco tengo a nadie —mintió con descaro, tratando de ganarse su confianza en la breve charla.

—Mi madre falleció cuando yo tenía ocho años. Nunca tuve hermanos. En cuanto a mi padre..., está en una residencia. Le dio una hemiplejia hace un año y medio. Con la tienda no puedo hacerme cargo de él. Requiere de muchos cuidados. Pero no creas que lo he abandonado. De eso nada. Está en Ballesol, muy cerquita de mi casa, en la calle Perojo. Es la residencia más cara y prestigiosa que encontré. Tienen de todo allí, hasta peluquería.

—Eso habla muy bien de tu catadura moral. Seguro que tu padre está muy bien atendido allí —elaboró Aitor sobre la marcha.

—Samir no entendía que yo quisiera cuidar de él, ¿sabes? Decía que mi padre solo se merecía el olvido. Pero es mi padre, Aitor. Es mi padre a pesar de todo. Vi en un vídeo de Instagram que hay que perdonar a los padres, porque no tuvieron formación sobre cómo serlo. Tiene toda la lógica del mundo, ¿no te parece? —recordó Beatriz al tiempo que se atusaba el pelo—. ¡Dios! Debo de tener una pinta horrible. Estoy feísima, ¿verdad?

Aitor negó con la cabeza y sacó un paquete de pañuelos de papel del bolsillo.

—Quizá con el llanto se te haya caído un poco el maquillaje. Pero no es nada que no se pueda solucionar con agua y jabón.

—Seguro que para ti es ridículo que alguien como yo se preocupe por su aspecto. Un hombre guapo como tú. Para ti será muy fácil. No tienes que hacer nada para encandilar a las chicas. Pero este *look* —dijo Betty, señalándose a sí misma con ambas manos como si fuese un producto nuevo de la teletienda—, este requiere de mucho esfuerzo. Para abrir la pastelería a las ocho me levanto a las cinco de la mañana. Primero hago mis estiramientos y una rutina de ejercicios faciales. Luego me ducho y me seco el pelo a conciencia. Peinarme me lleva más de media hora, e hidratarme todo el cuerpo otros quince minutos. Esta piel, ¿ves? Tócala. —Betty no le dio opción a reaccionar, cogió una de las manos de Aitor y se acarició con ella el cuello y parte del escote hasta que él la retiró incómodo—. ¿A que está suave?

—Mucho —respondió Ibarra, tragando saliva. Fue la primera vez que se arrepintió de quitarle las esposas, porque por primera vez sintió una punzada de desasosiego.

—Antes, yo era un verdadero desastre. No me cuidaba. No me peinaba apenas, no sabía ni cómo pintarme los labios. Pero cuando llegó Samir, él me ayudó tanto... Con él descubrí las ganas de sentirme mujer.

—Parece que era un gran tipo.

—Samir era todo lo que una chica sueña y mucho más. Era el más cariñoso del mundo, atento, muy muy romántico y pasional. ¿Tú

eres pasional?, ¿y romántico? A las chicas nos gustan esas cosas. Apuesto a que eres muy detallista —dijo sonriendo.

Fue entonces cuando cierta amargura natural asomó a sus ojos. Ni siquiera lloró, solo emitió una frase rotunda y corta.

—Samir lo era.

CAPÍTULO 20

A las once y media de la noche, Aitor Ibarra hizo sonar el timbre de la puerta de Mara. No le dio tiempo a mucho más que una ducha rápida en los vestuarios de la comisaría, y ponerse una camisa y calzoncillos limpios. Dio gracias a su suerte por haber cambiado de *packer* aquella mañana, y haber pillado su adorado «cinco en uno». Si hubiera llevado el que solo hacía bulto, hubiera tenido que dar un viaje rápido hasta su casa. No era lógico acudir a una cita sin la adecuada preparación, sobre todo si tenía la esperanza de tener sexo. En la entrada del dúplex, repasó su atuendo por un segundo, se ajustó la chaqueta de cuero y aguardó a que Mara abriese, admirando el árbol de azahar del porche.

—Lo siento, lo siento de verdad. Sé que llego tarde —verbalizó al primer vistazo.

—Pasa, ya te dije que no había prisa. No hace falta que te disculpes. Adelante, he pedido algo de comida china, imaginé que no habrías cenado.

Aitor avanzó por el pasillo en dirección al salón, que compartía espacio con una cocina de estilo abierto, al tiempo que daba las gracias a Mara. Estaba famélico y lo cierto era que no había probado bocado desde el desayuno. Recibió de buena gana una copa de vino y admiró la decoración de la planta baja. Había muchas cajas sin colocar todavía, aunque el ambiente era cálido y acogedor. A Aitor le dio la impresión de que la velada se había organizado a conciencia: música suave y sensual, iluminación tenue y un vestido playero de lino color negro, que dejaba al descubierto uno de los hombros de Mara.

Cuando ella informó que cenarían en la terraza de la planta superior y Aitor la siguió escaleras arriba, hizo todo lo posible por no centrar la vista en su culo. Arriba, una planta distaba de la calle, pese a que, en medio del barrio de Ciudad Jardín, un dúplex como

aquel resultaba extraño. Algo similar a una pequeña joya escondida. Lo habitual eran grandes edificaciones con tejado a dos aguas al más puro estilo británico, como si la campiña inglesa hubiera invadido la zona ubicada entre los barrios de Arenales y Alcaravaneras. Aquellas casas eran parte de la historia de la isla, resquicios del pasado, en su mayor medida proyectadas por Laforet, Fernández de la Torre o Laureano Arroyo. Eran construcciones de principios del siglo xx que habían sido restauradas o mejoradas con el correr del tiempo y que marcaban la zona con aquel regusto colonial.

Tan pronto pusieron un pie en la terraza, Mara rellenó las dos copas de vino e invitó a Ibarra a sentarse. El conjunto de butacones de ratán con cojines blancos y una mesa baja central hacía las veces de comedor. Aitor sonrió por inercia al comprobar que Mara la había decorado con flores y velas de citronela para espantar a los insectos deseosos de acercarse a la comida. También estaba lista la cena repartida en diferentes cuencos de tamaño mediano: arroz con gambas, pollo con nueces, ensalada de algas y sésamo, wan tun frito y chop suey vegetal.

—He pedido un poco de todo. No sabía si te apetecería o no — admitió.

Cenaron mientras charlaban sobre la detención de Beatriz, y también con respecto a los detalles de lo que ocurriría en las siguientes horas. Se centrarían en recopilar datos del móvil de Betty, realizarían nuevos registros, en los cuales se incluiría una nueva pieza fundamental: el coche. Charlaron durante algo más de una hora de manera distendida y animada. Daba la impresión de haberse creado entre ellos una comodidad innata, como si a pesar de conocerse de solo cinco días hubiera un vínculo extraño y único. Luego, Aitor ayudó a Mara a recoger la mesa y bajaron a la planta principal, donde él se empeñó en fregar los platos.

—¿Te apetece otro vino?

Aitor negó con la cabeza al tiempo que forzaba una sonrisa de circunstancia y se secaba las manos tras finalizar el lavado de los cacharros. No quería pasarse de copas, no solo por la conducción en el trayecto de vuelta a casa, sino porque tenía la esperanza de que

aquella noche por fin tuvieran un poco más de tiempo para intimar, y no quería meter la pata bebiendo de más.

—¿Un café quizá?

—No, gracias. Tampoco te quiero molestar. Ha sido un día muy largo y querrás estar tranquila, descansar... —tanteó con la esperanza de que ella negase esa opción.

Mara estaba algo confusa. Aitor había flirteado con ella desde el primer momento, desde la noche del viernes en el Ginger. Continuó coqueteando el domingo y también el lunes, incluso aquella misma mañana le había preguntado con voz melosa si había dormido bien. Había accedido a la primera en ir a su casa y una vez allí daba la impresión de querer marcharse cuanto antes. Le resultó extraño, aunque posible. Consideró que quizá ella se había lanzado demasiado pronto, que Aitor podría ser uno de esos hombres chapados a la antigua que quieren llevar siempre la iniciativa y a los que las mujeres con las cosas claras les cortan el rollo y también las ganas.

Se recordó a sí misma que estaban los dos inmersos en una investigación, que debían mantener la distancia por el bien de todos, aunque consideró que una buena sesión de sexo sería una forma estupenda de relajar la tensión y celebrar la detención de la sospechosa. Eso pensó al invitarlo con la coletilla de «no hay prisa», que Aitor la empujara contra la pared nada más llegar tras arrancarle el vestidito a girones. Por inercia, acercó un trozo de la tela del vestido, el más próximo a su hombro, y lo olisqueó tratando de buscar una razón para la huida. Ella no olía mal, desde luego que no. Consideró que Aitor podía estar cansado, agotado tras soportar a Beatriz Mantecas y su complicada situación. Y luego quedaba la alternativa nefasta, la última de la lista: que Aitor no se sintiera atraído por ella después de todo. Y como suele ocurrir con las mujeres que aparentan estar muy seguras de sí mismas, Mara quiso quedarse con esa explicación, la que más dolía aceptar.

—Bueno, pues... como prefieras. —Mara dio por zanjado el asunto sin muchas ganas de debatir. Le dolía la cabeza. Le ocurría cuando se decepcionaba mucho, y de pronto le entraron unas ganas

tremendas de prepararse una infusión y enfundarse un pijama calentito—. Te acompaño a la puerta entonces.

Aitor se sintió un completo imbécil. Quería besarla; de hecho, quería arrancarle el vestido de lino y subírsela al hombro hasta llegar dando tumbos al dormitorio. Sin embargo, la siguió hasta la puerta principal y le dio dos besos como despedida.

—Hasta luego —dijo sin mirarla a la cara, sintiéndose un cobarde al tiempo que cruzaba el umbral hasta el exterior.

A continuación, escuchó tras de sí la puerta cerrarse y caminó hasta su moto. Había comenzado a lloviznar y la calle olía a hierba húmeda y a azahar.

—Soy gilipollas —se dijo—. ¡Pero mira que soy gilipollas!

Mara no le gustaba, no, le encantaba. ¿Por qué no tomar la iniciativa y dar un paso? ¿Qué lo frenaba? ¿Su propia inseguridad? Si lo pensaba con calma, había sido siempre ella quien se había lanzado. No solo en el Ginger al hacer un comentario que le dio a él una gran señal de neón de «adelante, campeón», sino que también fue ella quien accedió a la segunda cita, y lo besó en el aparcamiento del hotel Santa Catalina. Para mayor bochorno, Mara lo había invitado a aquella cena tardía con la premisa de que no había prisa, que llegara cuando tuviese que llegar. ¿Qué necesitaba él, un cartel hecho de bombillas de colores con una gran flecha en dirección a la entrepierna de Mara para decidirse?

Aitor resopló contrariado, volvió sobre sus pasos y aporreó la puerta. Lo hizo con ímpetu, no solo por estar enfadado consigo mismo, sino porque temía que los segundos que distaron entre su salida de la casa y su regreso fueran demasiados como para merecerse el perdón.

—¿Todo bien? ¿Se te olvidó algo? —La expresión de ella era una mezcla de esperanza, incertidumbre y mal humor. Como si una pequeña parte de ella contuviese el aliento con una sonrisa y los dedos cruzados a la espalda.

—No quería irme. Solo lo dije por si tú querías descansar.

—¿Y qué quieres hacer en realidad?

Aitor no verbalizó nada, temía meter la pata. En cambio, decidió cruzar el espacio entre los dos y besarla, a veces era mejor actuar.

CAPÍTULO 21

Sorpresas de pera

Cuando era pequeña adoraba las sorpresas. Mamá compartía conmigo la querencia de que cada momento fuera especial y a veces nos echábamos a reír las dos de la emoción por algo bonito y distinto, como una mariquita correteando por el brazo o una mariposa que se colaba a través de la ventana entreabierta. Pero un buen día las sorpresas perdieron su valor, mamá ya no quiso reír emocionada y yo tampoco.

Detestar las sorpresas no significa que no me guste ofrecerlas a los demás. Cuando pelo las peras Conference, les retiro el corazón a través de la base y las relleno con una mezcla de frutos secos picaditos y unas pepitas de chocolate, me atrevo a imaginar la expectación posterior. Luego las cubro con hojaldre en una tarea con mucho mimo, me tomo mi tiempo recortando las tiras que bordearán la pera, e incluso trazo con el cuchillo un rombo que simulará una hojita al ponerla en la parte superior de la fruta, junto al rabillo. Pinto el resultado con yema batida, con la ayuda de un pincel. Trato de no utilizar silicona. La gente no se da cuenta de la cantidad de tóxicos y microplásticos que nos llevamos a la boca al haber sustituido las herramientas de toda la vida por unas más maleables y prácticas. Luego, la pera va al horno precalentado a 180 °C durante media hora. El resultado se deja atemperar y se sirve con crema inglesa. Lo salpico todo con mi «polvo de estrellas», que, al contraste con el dulzor de la crema, proporciona al postre un sabor mucho más intenso y acaramelado.

Percibir la sonrisa en los comensales que cortan el hojaldre y la pera en dos, justo cuando el relleno se desparrama, no tiene precio. Es el reflejo de la felicidad. En días como hoy me gustaría tener una

para mí. Algo que me hiciera olvidar el oscuro agujero en el que he caído. ¿Tan mala soy? ¿Tan despreciable resulto que Aitor me abandona a mi suerte durante toda la noche? Lloré hasta caer rendida y exhausta. Lo llamé entre sollozos hasta que ya no me quedó ni un ápice de voz, pero él no se apiadó de mí. Es un egoísta, un tóxico, un desgraciado, como todos. Ya lo decía mi madre: «Quien bien te quiere te hará llorar».

El desalmado de uniforme que lleva mandándome callar desde hace horas me dice con gesto serio que me prepare. Una policía me acompañará hasta el baño, donde podré asearme. Quieren que me vista cuando no tengo el cuerpo ni para caminar erguida. ¿Qué tipo de tortura horrible es esta? Yo solo quiero desaparecer, dormir, dormir y dormir, como las princesas de los cuentos. Hasta que llegue el adecuado y me despierte, hasta que regrese Samir al galope sobre un caballo blanco de crines frondosas y ondeantes. Pero Samir no llegará. Yo acabé con él. Si tan solo me hubiera escuchado, si confiar en mí hubiera sido su elección en lugar de cuestionar mi lealtad y mi decencia... Fue culpa suya. Sí, él podría haber actuado de manera distinta. Pudo elegir el amor, la certidumbre, la realidad: yo era suya y de nadie más. Los otros jamás significaron nada.

—Buenos días, Beatriz.

Esa voz, oh, esa voz maravillosa y áspera es como la pera rellena, dulce e inesperada.

—¡Aitor! Aitor, pensé que ya no te vería nunca más —admito entre lágrimas mientras la mujer uniformada me coloca las esposas al salir del lavabo.

—¿Por qué pensaste eso? Te comenté anoche que nos veríamos por la mañana. Ahora tenemos que volver a tu casa con la jueza, el fiscal y también tu abogado. Es el procedimiento habitual en los registros.

—¿Registrar? Aitor, ¿registrar? ¡Pero si ya lo han registrado todo! ¡No hay nada más que buscar!

Aitor se encogió de hombros. Como todo un caballero, me hizo pasar delante y buscó mi proximidad al agarrarme con delicadeza por el brazo. Lo hizo con cautela, es consciente de que nadie puede ver lo bien que nos llevamos. Durante el trayecto, la perroflauta no

hacía más que mirarme a través del espejo interior, como si en realidad quisiera escupirme a la cara pero no se atreviese delante de mi salvador. Sí, Aitor me ha salvado, al menos de seguir sintiéndome rota y débil. Junto a él la energía vuelve a fluir dentro de mí, y esa energía me aupará hasta que yo pueda ponerme en pie de nuevo. Todo se aclarará, ahora estoy más que segura. Yo saldré victoriosa ante el escarnio y el engaño. No acabarán conmigo porque yo no he hecho nada malo.

Mi abogado tiene buena intención. Pese a notarse que la situación lo supera, tiene muchas ganas de demostrar de qué pasta está hecho. Empatizo mucho con esa clase de personas, las que día tras día se levantan con la certeza de que han tenido que luchar desde el minuto uno, de pelear cada paso de avance. Julen aparenta haber salido de la fraternidad de una universidad americana de renombre. El segundo o tercero de su casta familiar de hombres rubios y guapos con aura de ganador. Eso pensará sin duda la morsa, pero no yo, yo soy empática, yo percibo el dolor en los demás. Julen quiere defender su propia valía. Julen quiere dejar su marca en el mundo y eso es admirable. Se nota que yo le atraigo, aunque él no sea mi tipo. Demasiado joven. Agradezco que sea un profesional con todas las letras y lleve como estandarte el rigor, así no se enamorará de mí.

Quien causa una náusea desde que lo tengo delante es el fiscal, hasta su respiración me incomoda. Se nota que quiere ganarse el respeto de la morsa marina de la jueza, porque de lo contrario no me lo explico. Ella me mira seria, con ese aire de ballena solterona y amargada. ¿Se puede ser más desagradable que esa mujer? ¿Se puede tener una cara más horrenda y un cuerpo más descomunal? No. ¡Qué falta de femineidad y de gusto! ¡Qué aspecto tan repulsivo el suyo! Lleva el pelo suelto, un pelo oscuro y opaco con ondas rebeldes. Si al menos hubieran sido bucles de plancha o de rulo... No, ella va de tía natural, casi sin pintar, con un brillo de labios que le sienta como una patada en el culo.

La jueza, la puta jueza de instrucción me escudriña con la mirada, como si quisiera hurgarme dentro. Si la dejasen a solas conmigo estoy segura de que cogería un cuchillo de cocina y me abriría el

pecho en canal con tal de rebuscar las respuestas. Damos la impresión de ser la imagen distorsionada de un espejo. A un lado estamos yo y mis ciento treinta kilos de belleza desmedida, con mi pelirrojo brillante, mi maquillaje impecable y mi estilo sensual. Al otro están ella y sus lorzas demacradas. Todo en ella es un «quiero y no puedo». Un vaquero, una blusa y una chaqueta de vestir, una combinación que podría considerarse moderna y elegante. Sin embargo, ni un Coco Chanel luciría sobre semejante percha amorfa. La piel mate, descolorida, y esos ojos marrones tan vulgares que recorren los rincones de mi casa.

—Busquen terminales informáticos —instruye—, nos llevaremos todos los equipos que haya. Señora Mantecas...

—Señoría, por favor. Recuerde que mi defendida ha solicitado que se la llame por su nombre de pila.

—Es cierto, lo había olvidado —miente con descaro mientras lanza todo el desdén posible en mi dirección—. La noche del lunes 11 de octubre, ¿durmió usted en la cama, como de costumbre?

¿Qué clase de pregunta capciosa era aquella? ¿Dónde se supone que iba a dormir sino en la cama? Sé que su mente maquiavélica lo cuestiona con segundas, pero no acierto a averiguar cuál será el motivo. Yo no soy tan ruin y sucia como ella, de modo que asiento con la cabeza. Julen me recuerda que no tengo obligación de decir nada, que puedo elegir no colaborar, pero quiero que ella piense que tengo buen ánimo.

A continuación, susurra algo a la perroflauta y los tipos vestidos con monos blancos de plástico fotografían la cama completa y comienzan a embolsar la manta, las almohadas, las sábanas..., todo. Comprueban el colchón palmo a palmo y lo rocían con un spray.

—¿Dónde durmió Samir la noche del lunes 11 de octubre, señora Beatriz? —continúa.

—En la cama, conmigo —respondo solo por fingir que me cae bien. No quiero que se percate de que si fuera por mí la tiraría por el balcón, bajaría hasta la calle y le pisotearía la cabeza hasta que se le reventase como una uva estrujada.

—¿No dormiría él en otro lugar de la casa? El sofá quizá, alguna otra habitación...

—El resto de las habitaciones no tienen cama. Nuestro dormitorio es este y aquí hemos dormido juntos desde que compramos la casa.

La imbécil que acompaña a la morsa apunta y *requeteapunta*.

—¿Cuántas maletas preparó el señor Mpunga para el viaje? ¿Una sola bolsa? ¿Un *trolley*?

—Un *trolley* —contesto—. Siempre se llevaba un *trolley*.

—¿Le ayudó usted a organizarlo?

La pregunta me resulta confusa e innecesaria. Samir era un hombre adulto de cuarenta años, no necesitaba que yo le preparase las cosas. La nuestra era una relación igualitaria. ¿Qué trata de insinuar, que Samir estaba conmigo por algún interés oculto?, ¿es eso? Si pretende dar a entender que Samir en realidad no me quería, sino que se aferró a la tía más desesperada que encontré, que yo lo trataba como si él fuera un rey, limpiando y cocinando a su paso, entonces sí que se dará de bruces contra un muro. Samir me quería a mí, a mí, a mí, ¡a mí! A ella jamás la han querido, ella no lo sabe, no se entera, pero yo sí lo sé. Samir besaba el suelo que yo pisaba, yo era su reina, su diosa, la mujer más bella y sensual del mundo. Por mucho que esa verdad le joda a la puta jueza Ramírez.

—En la denuncia se indica que salieron por la mañana y llevó usted al señor Mpunga al Puerto de Las Nieves.

—Mi defendida aclaró en una entrevista posterior con los inspectores que se encontraron en el muelle. La señora Beatriz y el señor Mpunga tuvieron una ligera disputa de pareja la noche anterior, y por ese motivo decidieron salir por separado.

—Sí, aquí está. Luego, ¿a qué hora salió usted de casa, señora Beatriz? —pregunta con mala baba.

—Señoría, no veo la necesidad de tomar declaración a la señora Beatriz justo cuando se está procediendo al registro de su domicilio. Ahora bien, si esta diligencia no corresponde de forma única a la inspección del piso, deberíamos haber sido notificados por parte del juzgado, para preparar a mi representada de cara a la declaración judicial.

—Simplemente hablaba, abogado. Me gusta ser concienzuda. Pero tiene razón. Dejemos el debate para más adelante —lo dice con

rabia y con cara de asco. Se nota que no le gusta que la pongan en su sitio, que le den de su propia medicina.

Me tiene allí de pie y esposada como una delincuente durante tres horas más. Me duelen la espalda y los hombros. Aitor me pregunta de vez en cuando si me encuentro bien, si necesito sentarme. No le importa que la desgraciada de la morsa lo escuche. Decide ponerme por encima de todo, incluso de su trabajo. Hombres como él no se encuentran todos los días, desde luego que no. No se me ocurriría jamás compararlo con mi querido Samir, tan leal, tan abnegado, pero se le parece en algunas cosas. En las buenas, sobre todo.

Dicen que la venganza es un plato que se sirve frío. Pienso que es una forma de hablar, la típica frase sacada de una película. Cuando Julen firma y recibe en mi nombre la notificación de finalización del registro de mi amada casa, la mofeta descomunal de mofletes flácidos y sebosos saca su as de la manga. Descarga toda la indignación de su vida absurda y vacía contra la persona que menos lo merece, contra mí.

—Crucemos al garaje. Ampliamos en este momento el registro de bienes. Silvia, por favor, entregue al señor Montesdeoca la notificación. Nos llevamos también el coche.

CAPÍTULO 22

Michelle Tanaka echó un vistazo a las cajas de pruebas que acababan de llegar y lanzó un suspiro al aire. Programó su lista de reproducción musical más cañera, y dio un sorbo a una lata extragrande de Monster sabor Lewis Hamilton. Era la segunda que tomaba desde que se iniciase su guardia aquel mediodía. Se pirraba por los homicidios. La muerte había sido la causante de que estudiase aquella especialidad en concreto. Sus compañeros de promoción se decantaron por oftalmología, ginecología, incluso los desertores tomaron rumbos más clásicos como masajista o monitor de yoga. Ella, en cambio, siempre lo tuvo claro: soñaba con ser forense desde que en clase de ciencias les dejaron pinchar a un compañero con un alfiler y apretujar el dedo hasta que la bendita gota de sangre cayó sobre la porta. Cuando Michelle la observó bajo el microscopio, se sintió maravillada. No fue hasta que repitió el proceso con la misma sustancia seca que obtuvo al raspar el parachoques de su hermano, que cayó en la cuenta de lo que quería hacer con su vida. Kiro había atropellado a Samurái, el perro familiar, y había mentido a todos.

En uno de esos momentos inesperados que te marcan cuando no estás preparado para ellos, Michelle decidió su futuro la tarde en la que reveló la verdad a sus padres. Desde entonces quiso sentir la adrenalina, el subidón de pillar a alguien con las manos en la masa, desgranar aquel instante fatídico. Ella pensó que en casa se produciría un drama o incluso alguna bronca, pero revelar el oscuro secreto no obtuvo sino desprecio. No para Kiroshi, que había cometido la falta, sino para ella por haber traicionado a su hermano. Haber nacido en Canarias no la protegía de la tradición familiar. Kiroshi era el hermano mayor, la voz a tener en cuenta. Él era el varón, el provenir de la familia; Michelle, en cambio, no era nada

más que una mujer. Si hubiera tenido un perfil sumiso y dócil, quizá...

Cuando se ponía nostálgica y rememoraba cómo la enviaron a estudiar lo más lejos que pudieron con tal de no tener que soportar su rebeldía, consideraba su vida una ruleta de la fortuna. Solo su carácter bonachón y de extrema sensibilidad la habían salvado de convertirse en una asesina o una hibristófila de manual. Cualquier buen psicoanalista podría ofrecer un puñado de justificaciones, características con las que había nacido o crecido que hubieran provocado un fatal desenlace: falta de apego seguro, falta de figura materna estable y empática, exigencia exagerada... Por eso aquella era su suerte, porque la pelota había caído en campo ganador, y no perdedor. Ser forense era el premio gordo, otros como Ed Kemper habían corrido peor ventura.

Con todo, Michelle era una joven de aire distinto. Su aspecto marcaba la diferencia en la estancia blanca y aséptica: dos trenzas largas y castañas colocadas sobre ambos hombros, la piel nacarada con un tatuaje en el cuello, y un estilo bohemio en cuanto a su forma de vestir. Sobre el pantalón desgastado repleto de manchas de pintura de distintos colores, una bata blanca la protegía de contaminar las sábanas de Beatriz Mantecas.

Extendió la pieza de tela rosa con florecitas hasta tensarla y roció con luminol varias zonas. Le resultó obvio desde el primer momento que se las habían llevado por un motivo concreto, distinto a la localización de manchas de semen. A ella se le daba bien encontrar sangre, y era sangre lo que buscaba siempre. Michelle retrocedió para comprobar la superficie entera y fue más allá, rociando el resto de la parte inferior. Le resultó extraño, e incluso poco inteligente, que aquellas sábanas continuasen en la cama, en lugar de haber sido lavadas a conciencia o incluso destruidas.

Su talento consistía en apreciar un patrón donde parecía no haber nada. Era algo tan sutil que incluso explicarlo consistía en algo similar a revelar un secreto. A veces, cuando uno estaba expuesto a una gran cantidad de sangre, esta se impregnaba en la piel, y luego el cuerpo la expelía junto con el sudor, formando una especie de

nube detectora. Michelle sonrió con orgullo al apreciar una sombra que se iluminaba al exponerla bajo la luz forense.

Continuó realizando la misma tarea en la parte superior, donde le fue sencillo vislumbrar a una Beatriz Mantecas dormida en su cama, recostada de lado.

—*Hello, baby* —saludó—. Así que la señora quiso tumbarse cuando terminó el trabajo.

Michelle chascó la lengua en reproche a una hipotética Beatriz, al tiempo que se sentaba delante del ordenador y añadía la información recabada en las pruebas. Por delante quedaban unas horas de fotografías minuciosas, detalle de la morfología de las microscópicas manchas e intentos de buscar mayor concentración de ADN en esa zona del tejido. En cuanto hubiera acabado lo adjuntaría al informe como una de las piezas que se utilizarían para encausar a la detenida.

Pese a la dedicación exhaustiva y casi pasional de Michelle, ella sabía que una mancha de sudor con cierto contenido de sangre no era más que un indicio. No había forma de determinar que el perfil genético de Samir estuviese presente en aquellas manchas. Sí, sobre la superficie rosada de la sábana bajera había un contorno con el volumen y la curvatura del cuerpo de Betty, que estaba formado por el sudor de su piel repleto de minúsculas gotas de sangre, y no dejaba lugar a dudas: Beatriz había estado expuesta a una gran cantidad de ella. Pero aquello era lo único. Demostrar que esa marca estaba vinculada a la desaparición y muerte de Samir Mpunga era cosa del juez instructor, no de Michelle.

Chocaba la contradicción de la sábana con el vestido que Beatriz llevaba aquella noche e incluso las muestras del baño de su domicilio, limpiados a conciencia con lo que Michelle pensó sería la opción más fácil y rápida: un lavado inicial con agua oxigenada y el metódico posterior con agua y jabón. No descartaba que se hubiera empleado la lejía, al menos en el baño.

Las muestras tomadas en el interior del coche eran otro cantar. Más de cien arrojaban restos de ADN humano, pero al tratarse del coche de la pareja y que ambos hacían uso de él, no era extraño. En ningún caso el ADN era compatible con rastro de sangre en gran

cantidad. La única y extraña salvedad la conformaba el maletero. No había absolutamente nada en él, nada, ni un pelo perdido que se hubiera caído al recoger las maletas, o las bolsas de la compra, solo restos de solución jabonosa, cal y moho. Tanta cal como para pensar que se hubiera limpiado a manguerazos hasta llenarlo de agua. Moho como explicación a no haberlo dejado secar a conciencia, y jabón por razones obvias: limpiar, limpiar y limpiar. Y esa combinación abría una nueva serie de interrogantes en torno a Beatriz Mantecas: ¿quién llena de agua un maletero? Y, sobre todo, ¿por qué?

CAPÍTULO 23

Roberto Mantecas era una triste sombra de sí mismo. Eso habrían dicho sus conocidos si alguno de ellos se hubiera molestado en visitarlo en la residencia Ballesol de la calle Perojo. Llevaba un año y medio como interno en el centro y, pese a su mutismo, el personal entablaba con él una cháchara diaria que buscaba alegrar al anciano.

Cuando Betty no acudió como de costumbre a visitar a su padre, a todos les extrañó en cierta forma. Verla aparecer con su habitual derroche de energía y positividad contagiaba tanto a los internos que la piropeaban como al personal con quienes había entablado cierta amistad. La duda se tornó en estupor cuando todas las cadenas de televisión abrieron los programas con la noticia aquel jueves por la mañana, y el chisme se propagó por la residencia: habían detenido a la hija de Roberto como sospechosa del asesinato de su novio.

Ibarra y Peralta finalizaron la breve charla con la directora del centro sobre las once de la mañana, y a continuación visitaron a Roberto Mantecas. En la habitación 114, el susodicho analizaba el exterior de la calle Perojo a través de la ventana, o puede que fuesen las nubes el objetivo, puesto Roberto se encontraba en su limbo particular tras una apoplejía que imposibilitó que el veterinario pudiera llevar una vida normal desde entonces.

Maricarmen, la auxiliar, era una muchacha delgada y bajita con el pelo teñido de un azul eléctrico. Según dijo, conocía a la familia de toda la vida, y aunque Beatriz y ella tenían una edad muy dispar y no se había criado juntas, tenían cierto contacto. Para Aitor Ibarra, Maricarmen era un regalo caído del cielo. En otro lugar se la podría catalogar de chismosa, pero para los agentes un chisme de Betty era oro puro. Conocieron a través de Maricarmen que la madre de Beatriz se suicidó cuando ella era una niña, ahorcándose en el

cuarto de juegos de su hija. Betty quedó sumida en una tristeza que no la abandonó hasta que abrió la pastelería.

—¿Conoció usted a Samir Mpunga, el novio de la señora Mantecas? —preguntó Peralta mientras recorría la habitación de Roberto.

—No, la verdad es que no. Betty me dijo que su padre y él no se llevaban bien. La gente de campo, ya sabe usted. Ella nunca lo llevó por allá tampoco. A Santa Lucía no llega mucho turista, y aunque llegasen serían alemanes o ingleses. Los pueblos del interior son más cerrados. Toda esa zona de El Parralillo o Las Lagunas es muy tranquila, gente de toda la vida. Cuando Betty se marchó con el muchacho, al ser negro, el tema se comentó, no los voy a engañar. Pero nadie le hizo preguntas incómodas al padre. ¡Ni más faltaba! ¡Cada uno a lo suyo!

—¿Qué fue de la casa? Con la enfermedad de Roberto imagino que la venderían —apretó Aitor con la esperanza de que la vivienda continuase en propiedad de la familia.

—¿La finca? ¡Qué va, qué va, qué va! Ella no va mucho, la verdad, pero alguna vez se pasa para que no se le metan okupas.

Patri Peralta sonrió ante la noticia. Lo siguiente sería llamar a la jueza para organizar una inspección a la finca. Santa Lucía de Tirajana no estaba de paso, pero sí podría ser un trayecto alternativo para la noche del lunes 11, en caso de que tras abandonar el restaurante la pareja discutiese y algo grave hubiera ocurrido en el camino de regreso. En caso de que Beatriz se encontrarse en una situación comprometida, ¿qué mejor lugar que la finca familiar desierta para ocultar un cadáver o para cometer un crimen, ya puestos? Conducir los treinta y seis kilómetros que distaban desde Playa del Inglés hasta el barranco de la Cagarruta, en Parral Grande, no era tan inverosímil después de todo.

En el transcurso escaso de una hora tras abandonar Ballesol, la pareja ya conocía lo principal: que la finca continuaba a nombre de Roberto Mantecas, que la empresa de alarmas que prestaba el servicio contaba con una *app* que estaba debidamente descargada en el móvil de Beatriz. La carga y descarga de la alarma, así como el detalle de los contratos a nombre de la detenida, estaban allí, junto

con el de la tienda y del domicilio en la calle Triana. Un sencillo vistazo al terminal custodiado por la Policía Judicial daba acceso al historial de activaciones y desactivaciones de la alarma de cada uno de ellos. Una hora y diez minutos exactos tras la comunicación a Mara Ramírez de la existencia de la finca, el subinspector Murillo comunicaba la noticia: la noche del lunes 11 de octubre, la alarma de la finca se desactivó a las doce y cuarenta de la madrugada y volvió a activarse poco antes de las cinco.

El lapso coincidía con lo poco que tenían de aquella noche. Que tras la discusión en el Allende 22º, Betty y Samir caminaron por la avenida de Tirajana en dirección al hotel Rondo, y luego giraron en la esquina hasta el aparcamiento de zona azul de pago en la avenida de Gran Canaria. Este hecho había sido uno de los pocos en poder comprobarse al obtener las grabaciones del negocio de alquiler de motos y bicicletas ubicado hacia la mitad de la avenida. En las grabaciones, Betty trataba de agarrar a un Samir de aspecto esquivo e iracundo. Luego, ella lloraba y él se echaba las manos a la cabeza como si acabase de darse cuenta de algo terrible. Beatriz trataba de abrazarlo poco antes de que él subiese al coche y se sentase en el asiento del conductor, y luego entraba ella al coche, arrastrando los pies al caminar, con los hombros caídos en señal de derrota, como si en lugar de una novia en disputa fuese algo parecido a un guerrero que vuelve a casa tras una batalla en la que ha sido el único superviviente.

Lo que habían averiguado era que el coche de Betty salió de la autovía en un punto indeterminado entre San Agustín y Vecindario. Ya nada volvió a saberse de él hasta que el radar del túnel de La Laja realizó una instantánea compatible con una sanción por exceso de velocidad. Eran las cuatro y cuarenta y cinco de la madrugada del martes 12 de octubre y la velocidad era de ciento setenta y dos kilómetros por hora. Beatriz debía de tener mucha prisa por llegar a casa.

Las siguientes horas del equipo se emplearon en construir una secuencia de acontecimientos plausible antes de presentársela a la jueza Ramírez. Para ello, el portátil de Beatriz, que Murillo peinaba desde la mañana, había sido crucial. No solo estaban las búsquedas

de ella sobre la mejor forma de limpiar la sangre, sino que, a las seis de la mañana del día de autos, desde el portátil de Betty se compró el billete de Fred Olsen que Samir nunca utilizó, se empleó para ello la tarjeta de crédito de él y hasta se abrió la tarjeta de embarque desde el móvil del novio, descargando a continuación el documento en formato PDF. Lo mismo ocurrió con la reserva del hotel que se realizó directamente en la página web del establecimiento. La lógica era aplastante, si no había imágenes de Samir regresando a casa, ni siquiera entrando de nuevo en el domicilio, ¿cómo había comprado con su tarjeta de crédito un billete o abierto los correos desde su móvil?

Cuando se cumplían casi cuarenta y dos horas desde la detención de Beatriz, el rompecabezas estaba armado a medias. Se tenía casi la certeza de que Beatriz había convencido a Samir para ir hasta la finca familiar, quizá para hablar allí de lo que había ocurrido, o para tomar cierta distancia y que él regresase a casa después de la riña y mantenerse separados unos días. El motivo de la disputa fue pan comido de rastrear, nada que Murillo no pudiera conseguir tras un par de horas con el terminal de ella. Beatriz era infiel a Samir. Eso había visto él al espiar el móvil de su novia: la llegada de varios correos electrónicos de aviso de una web de citas. Beatriz era popular entre los amantes de las curvas prominentes y peligrosas, y de esas, ella estaba sobrada.

CAPÍTULO 24

Bastoncitos de galleta de arándano y rosas

Hay algo especial en la combinación de cualquier baya con las rosas, algo que provoca una sonrisa inmediata en quien lo prueba. De haber sido dueña de mí misma, el jueves me hubiera metido en el obrador y hubiera pasado las horas haciendo galletas. La mezcla de mantequilla, azúcar y harina tiene algo especial. Algo que reconforta. Sin embargo, en lugar de buscar la combinación adecuada de harina de almendra, arándanos picados y su pizca de agua de rosas, estaba en un coche apestoso camino de Santa Lucía. Hay días en los que una no debe ni levantarse de la cama.

Sabía que era cuestión de tiempo que me llevaran a la finca. No hay que ser demasiado inteligente para averiguar que mi padre tiene más propiedades y que, debido a su estado de salud, yo soy quien se encarga de todas. No obstante, me enorgullecí de Aitor en cierta manera cuando me anunció a media mañana del jueves que tendríamos que acudir al registro. Él era todo un profesional, había hecho su trabajo de manera concienzuda y seria. Nadie podría reprocharle lo contrario. El registro, a fin de cuentas, era una salida de la rutina, desde que esa horrible mujer sin alma me encerró y se tragó la llave. Hay quienes no admiten la derrota y llevan sus envidias a extremos insospechados.

Llegamos a la cercanía del barranco pasado el mediodía. Lo supe porque pregunté la hora cuando Aitor aparcó el coche, antes de abrir el portalón, y cruzar hasta el interior de la zona plagada de árboles. Cuando era pequeña corría entre ellos si jugábamos al escondite, y el mejor lugar era justo cerca de los árboles. Aquellos eran los buenos tiempos, cuando mamá todavía estaba. Cuando nuestra vida parecía sacada de una serie de la tele.

Al entrar, me pareció que la finca estaba más silenciosa y oscura que nunca. Hay algo sombrío entre estas paredes que admito que jamás había apreciado. La zorra ha traído a un regimiento de caballería. Cree que con ellos podrá hundirme, pero yo saldré victoriosa ante este escarnio. La denunciaré, sí, eso haré. Gastaré hasta el último euro que me quede, le meteré una demanda que la fulmine. Se le disparará tanto el cortisol que se le caerá el pelo a manojos y la piel se le quedará escamosa y reseca. Si ahora da pena verla, la gente se cruzará de acera con tal de no tenerla delante. Es ridícula, patética, alguien de aspecto anodino e invisible.

Todos revisan, comprueban, repasan. Analizan cada metro de la casa de mi infancia como si tuvieran claro lo que he hecho y dónde. Es absurdo y ofensivo. Hemos venido hasta aquí porque piensan que atraje a Samir con alguna estratagema. No me conocen. Ignoran que yo jamás hubiera dejado que mi Samir pusiera un pie en este nido de serpientes, no, desde luego que no, aquí no. Él tampoco habría accedido, la sola mención del lugar le causaba náuseas y dolor, y a mí también. Si vine aquella noche fue para hacer una mera parada técnica, pero esta loca no tiene ni idea de lo que es eso. Ella escarba, como una cabra de ojos desorbitados y mirada extraviada, que busca un pizco de hierba seca que echarse a la boca.

Es agotador ver cómo acechan las alimañas esperando a que decaigas, a que te debilites, para atacar. La zorra odiosa y rebosante se bambolea de un lugar a otro, se inmiscuye en la cocina, y en la solana. Echa un vistazo a todo, incluso al interior de la lavadora. Hace una seña para que pasen el espray *revelalotodo* sobre cada rincón. Es como un puto tiburón ballena, busca sangre, mucha y fresca. Indica que entren en mi cuarto juvenil donde un George Michael vestido enteramente de blanco sonríe subido a un trineo. La hoja con el recorte desatinado de una tijera escolar era de la *SuperPop*, y está pegada sobre el cabecero de mi cama. También Rob Lowe muestra su dentadura impecable en otro recorte, y Tom Cruise, que viste su cazadora de piloto.

He de admitir que siempre he sentido debilidad por los guapos. Antes de llenar la pared de la habitación con las fotos de los macizos de la época, eran dibujos de princesas los que decoraban mi

espacio. Pero al llegar a los quince me deshice de todas ellas. Solo guardé una réplica de Bella que me trajeron los Reyes Magos con siete años. Bella siempre fue mi favorita. Ella no se achantaba, luchaba, se enfrentaba, decidió sacrificarse para que su padre pudiera vivir.

—Señoría... —La perroflauta rebusca como una rata entre las cosas de papá. Señala un montón de cajas llenas de fotos antiguas, de papeles que llevo tiempo queriendo tirar.

—Señora Beatriz, ¿su padre era veterinario?

—No entiendo la relevancia de la profesión del padre de mi cliente, señoría.

—Es una pregunta sencilla y directa, letrado. Aunque si su cliente no quiere responder, como bien sabe no tiene por qué hacerlo.

—Señoría, llevamos aquí dos horas. Mi cliente lleva de pie dando tumbos de una habitación a la otra todo este tiempo. Ha colaborado y ha respondido dentro de su conocimiento e información, ahora bien, si esto es alargar por alargar, entonces deberíamos al menos parar para que pueda descansar un poco la espalda.

Julen Montesdeoca habla como toda una eminencia. ¡Qué suerte tengo de contar con dos profesionales para protegerme! Aitor y Julen, mis dos caballeros andantes, mis dos guardias pretorianos dispuestos a todo por mí. Ante el derroche de seguridad, la foca se achica y hace un gesto a Aitor, que me acompaña afuera y se sienta conmigo en la terraza. Hace sol, aunque la temperatura es fresca.

—¿Necesitas algo, Beatriz? ¿Un poco de agua quizá? —pregunta Aitor, solícito.

—Te lo agradezco, la verdad es que tengo la boca seca.

Julen ha salido también y supervisa la stampa. Parece celoso, celoso de mi interés en Aitor, de nuestra complicidad. Si en mi adolescencia hubiera sabido cuántas pasiones iba a levantar mi contoneo de caderas o mi batir de pestañas, hubiera sido un poquito más feliz. Entonces pensaba que nunca besaría a nadie, que ningún chico se sentiría atraído por mí. ¡Cuánta desinformación hay! A las rellenitas como yo se les dice que para que los hombres te quieran debes adelgazar. No basta con que seas mona, no, ni siquiera que seas guapa, debes estar delgada también. Debes tener los pechos

en su sitio y el culo duro como una roca, pero respingón. Nada de culos planos.

La primera vez que entré en la web pensé que sería más sencillo encontrar el amor si de antemano los chicos sabían que yo era gordita. En Curvy XXL me sentí segura, sexi y muy deseada. Me trajo sin cuidado que la mayoría de los hombres estuvieran en la Península o incluso al otro lado del mundo, el caso era conocer a alguien, alguien que mereciese la pena, que me quisiera tal y como yo era.

Recuerdo aquel primer mes como miembro, y el ajeteo frenético de la novedad. Salía de las granjas o de la consulta con la prisa de quien tiene una cita. Llegaba a casa y, tras una ducha, me conectaba a internet y hablaba y hablaba. Reía también, disfrutaba. Como si estuviera sumida en una nube de fantasía erótica. El sexo telefónico tiene algo que siempre me ha derretido. Escuchar cómo la voz comienza a entrecortarse al otro lado de la línea me pone muchísimo, diferenciar la intensidad de la respiración y el momento justo en el que llegan al orgasmo.

Pero, como siempre, las cosas no salen como yo las planeo. El primero se llamaba Ventura y tenía mucha prisa por conocerme. Aprovechó sus puntos de Iberia Plus para hacer una visita de fin de semana. No había venido a Canarias más que para la boda de un antiguo compañero de instituto, y de eso hacía veinte años. Hicimos planes, yo quería enseñarle tantos lugares...

Aitor me acerca una botella de agua de medio litro, abre el tapón y me da de beber, se detiene al poco tiempo para que no me atragante.

—¿De verdad que las esposas son necesarias, inspector? Se nos está yendo un poquito de las manos el protocolo, ¿no?

—Como bien dice usted, es el protocolo —instruye Aitor, muy serio, en dirección a Julen.

—¿Podría al menos preguntar a la jueza si para beber se las puede quitar? Vamos, ni que fuera una criminal peligrosa. La señora Beatriz está colaborando en todo y con mucha paciencia, si me apura. Los dos sabemos que no hay riesgo de fuga y no se ha mostrado agresiva en ningún momento. Un poco de piedad no les vendría mal.

—Quítele las esposas, inspector —escucho a mi espalda. La morsa se las agencia siempre para estar en medio de todo. Esto ya es acoso, una fijación oscura y extraña la suya—. Cuando descanse un poco la señora Beatriz, seguiremos. Veamos si podemos dejarlo zanjado hoy. ¿Hace cuánto que no vive usted en esta casa, señora?

No me apetece responder, pero quiero ser agradecida con el gesto de las esposas. Tampoco es plan de mostrarle abiertamente que le arrancaría la cabeza de un solo mordisco.

—Desde que conocí a Samir. Hace dos años.

—¿Y desde cuándo no la visita?

Me encojo de hombros, no pienso darle ni un poco más de lo estrictamente necesario. Sé a ciencia cierta que busca hundirme, socavarme, eliminar la poca credibilidad que me queda. En realidad, no le importa lo más mínimo lo que yo diga, la bruja se queda contenta con la ausencia de respuesta. Al menos no sigue preguntando. Me mira como si no supiera de qué raza o especie soy, como si ante ella tuviese a una alienígena recién bajada de su nave nodriza. Entorna los ojos un poco, esos ojos suyos de pestañas diminutas, y frunce el entrecejo. Es una psicópata sin un solo ápice de empatía por nadie. ¿No se dan cuenta? ¿No se atreven a denunciar su sadismo ante quienquiera que sea responsable de los juzgados de instrucción de la ciudad? Es ella quien debería estar encerrada y no yo. Es ella la peligrosa, la que sería capaz de acabar con cualquiera por el mero hecho de tener la razón. Lo está haciendo conmigo: destruirme poco a poco, sin motivo y por mero divertimento. Da miedo tenerla cerca. Reconozco que, si no estuvieran Aitor y Julen, temería por mi vida.

CAPÍTULO 25

En el despacho de Roberto Mantecas, veterinario rural de profesión, había tantas evidencias de prevaricación en su época como funcionario del Cabildo como de falsedad documental en sus tiempos fuera de él. Había sellos oficiales, e incluso un montón de certificados expedidos con el membrete del Cabildo de Gran Canaria en su área de Ganadería. Todos ellos en blanco con el visto bueno de la inspección, esperando ser cumplimentados. A Mara Ramírez no le fue difícil imaginar con qué dinero se había construido aquella finca enorme de aspecto ostentoso, en una época en la que un Roberto de mediana edad hacía y deshacía a su antojo.

Roberto era del Real Madrid además de católico practicante, a juzgar por las dos grandes fotos que ocupaban la trasera de su mesa de despacho, una de él mismo posando junto a Florentino Pérez y otra del Sagrado Corazón de Jesús. Junto a un teléfono de góndola color gris había otras dos fotos. Una de quien Mara asumió que era su esposa y madre de Beatriz por el parecido físico, y otra de la niña el día de su primera comunión.

El orden reinaba en el despacho de Roberto, pese a que estaba lleno de cajas de cartón con documentación antigua. Daba la impresión de que en algún momento se comenzó una mudanza que nunca llegó a terminarse. Libros y más libros de veterinaria, cintas VHS de documentales del Serengeti, del fondo marino, de *El hombre y la Tierra*. Otras cintas estaban sin marcar, amontonadas unas sobre otras. También había infinidad de fotos familiares, décadas enteras de cumpleaños, aniversarios y Semanas Santas. Betty no sonreía en ninguna y a Mara le fue sencillo imaginar una infancia marcada por el suicidio de su madre, la sensación de abandono, la soledad y la incompreensión. Sabía tan bien cómo se habría sentido Beatriz..., casi como ella. La única diferencia radicaba en que la madre de Mara no tenía una enfermedad mental que

provocase su marcha a destiempo, sino física, y con treinta y cinco años, un cáncer se la llevó para siempre.

Mara observó la aparente tranquilidad de Beatriz a través de la ventana. Había vuelto a salir con Aitor y sus ojos sonreían en la conversación que ocupaba su tiempo. Era tan distinta a la Beatriz niña de ojos llorosos de la foto que tenía en la mano... Mara auguró que en ella sería verano, porque Betty vestía un bikini infantil color amarillo chillón. Sentada sobre los pies de una cama de colcha rosa de flores color pastel, sonreía mostrando sus colmillos faltantes, con una de esas sonrisas vacías y lúgubres de quien lleva dentro un dolor creciente. Mara lanzó un suspiro y dejó la foto sobre el montón, en la caja de cartón marcada en su lateral con el letrero: TIRAR.

—Señoría, venga. Hemos encontrado algo raro —anunció Peralta.

En el distribuidor principal, espacioso y bien decorado, habían hallado unas marcas en el suelo de madera. Las marcas revelaban el arrastre de un mueble, que, a juzgar por la ubicación, concluyeron que se trataban del gigantesco aparador cubierto de vajilla antigua. Patri Peralta blandía una foto enmarcada en la cual la familia Mantecas posaba una mañana de Navidad delante del mueble, pero en instantánea la ubicación de este era distinta, más cercana al pasillo. Montoya analizó la trasera del aparador a través de un resquicio entre la pared y el mueble.

—Aquí detrás hay algo. Pero vamos a tener que vaciarlo primero y luego moverlo entre varios, es de caoba, y pesa como su puta madre.

Emplearon los siguientes quince minutos en vaciarlo al completo, colocando cada pieza de vajilla sobre la mesa del comedor, y siguieron por la mantelería calada que ocupaba los cajones. Cuando los cuatro efectivos estuvieron listos para mover el aparador libre de enseres, ya Beatriz y Aitor habían regresado al interior.

—Bien, a la de tres, tiramos hacia la derecha. Ustedes dos, empujen —indicó Peralta desde el lado izquierdo.

—Pero ¿qué hacen? ¡No toquen ese mueble! ¡No se atrevan! —gritó una Betty estupefacta y muy nerviosa.

—Señoría, ¿es que no tienen ustedes ni el menor respeto por los bienes de esta casa, que pretenden hacerlos pedazos? —trató de argumentar el abogado.

—¡Empuja, Montoya, cojones!

Con el aparador casi desplazado hacia la pared colindante, resultó obvio que se había cambiado para ocultar algo, una puerta. Una puerta cerrada con llave.

—Señora Beatriz, ¿tiene usted la llave de esta cerradura?

—No. No la tengo.

—Señoría, ¿es necesario? A juzgar por el polvo de la puerta, es obvio que ese mueble está ahí desde hace muchísimo tiempo. No tiene nada que ver con la desaparición y trágico final del señor Mpunga.

—Como bien sabe, deben inspeccionarse todas las dependencias, letrado.

—Para mi defendida es muy doloroso presenciar cómo se destroza la casa en la que nació, además en pleno duelo por su prometido. ¿Cuánto más tendrá que soportar?

Mara Ramírez frunció el ceño de nuevo y encontró la mirada de Beatriz. Lo supo tan pronto la notó exhalar la rabia a través de la nariz: había algo en aquella habitación, algo que Betty no quería que ella encontrase. Hizo una inclinación de cabeza en dirección a Peralta, que dio la voz para que Montoya trajese la palanca. Debían abrir aquella puerta fuera como fuese.

—Lista. Ya está, señoría —señalaron tras los minutos de forcejeo con la madera.

—Ahí no. Ahí no. Ahí no... —El mantra de Betty comenzó en voz baja y se fue acrecentando según pasaban los segundos desde el anuncio de Montoya—. Ahí no, ahí no...

—¿Se encuentra bien, señora Beatriz? Letrado...

—Señoría, es normal que esté alterada, el cansancio es muy grande, llevamos aquí muchas horas.

—¡No quiero que entres! Ahí no.

—¿Qué le ocurre, Beatriz? —Mara se aproximó a una Betty que se tapaba los ojos con las manos—. Estese tranquila, ¿qué hay tras esa puerta? ¿De qué tiene usted miedo?

Mara no acertó a decir nada más. Beatriz se abalanzó sobre ella con toda la furia contenida. La golpeó con dureza, propinándole un cabezazo que provocó que la jueza cayese al suelo, y una vez allí las patadas y los puñetazos continuaron el trabajo. Todo ocurrió en una fracción de segundo, pero hicieron falta los mismos cuatro efectivos que desplazaron el mueble de doscientos kilos para reducir a Betty. No paraba de gritar fuera de sí, insultando a Mara, como si ya no tuviese control sobre sí misma.

Solo hubo un momento en el que Betty cesó de gritar, ya esposada. Cuando vio a la jueza apartar a quienes trataban de convencerla de esperar a que llegase la ambulancia para curarle el corte de la ceja que le sangraba profusamente, y se plantó delante de la puerta reventada. La abrió de par en par y miró en dirección a Beatriz con pena, como si pudiera entender el motivo de aquel ataque.

El interior estaba teñido de rosa. Las paredes se habían empapelado con mimo, y el suelo de madera estaba enmoquetado del mismo tono. No había armarios ni mesitas en aquel lugar, solo una repisa repleta de reproducciones del personaje de Bella, de porcelana, de plástico, de felpa, y hasta de cristal. Había Bellas grandes y pequeñas. A modo de decoración y también para jugar. El único mueble de aquel lugar: una gran cama de matrimonio con dosel, cubierta por una colcha color rosa. La misma colcha de la foto del bikini amarillo chillón, con flores dibujadas en tono pastel. El mismo lugar en el que Beatriz parecía tener los ojos tristes y llorosos y una sonrisa impuesta. La habitación en la cual su madre se había colgado. Una habitación digna de ser ocultada.

Roberto Mantecas construyó con sus propias manos un reino en el que su niña pudiera jugar. En aquella habitación, Beatriz sería Bella por siempre, su personaje favorito, la princesa de un cuento. Como en el cuento, Betty representó el papel de la solitaria y abnegada hija, la sacrificada, la prisionera de una bestia.

CAPÍTULO 26

Ibarra miró en dirección al compañero responsable de calabozos y resopló antes de que abriese la puerta. Beatriz estaba tranquila. Se notaba que había llorado, porque sus ojos lucían hinchados y enrojecidos. Se había preparado desde muy temprano para la visita al juzgado, con un vestido color azul celeste que Julen le había traído y que le infundía la seguridad necesaria para afrontar su primera declaración judicial.

—Buenos días, Beatriz. Nos ponemos las esposas, ¿te parece? Así vamos todos más tranquilos.

Ella sonrió en su dirección y extendió las manos hacia adelante. No quería causar problemas. Era consciente de que atacar a la jueza el día anterior había sido un grave error. No se había podido contener. A sus ojos, aquella horrible mujer había disfrutado revelando el secreto más oscuro y sucio de su infancia, el que ella consideraba el motivo de la muerte de su madre. Y para Betty su madre era sagrada, aunque el sentimiento de pérdida estaba mezclado con el rencor de que la hubiera abandonado a su suerte dándole a Roberto carta blanca.

En el coche, rumbo a la Ciudad de la Justicia, Betty entornó los ojos observando el mar. Recordó la playa y cómo también durante un día de playa decidió contarle la verdad a Samir, tras una noche frustrada de pasión. Rememoró la reacción de él: protectora y comprensiva. No pisó la finca ni conoció a Roberto porque de haberlo hecho hubiera prendido fuego a aquel lugar hasta verlo reducido a escombros. Tampoco el patriarca tenía interés alguno en saber de él, le bastó con odiarlo desde que algún vecino le comentó la noticia. Lo insultó sin miramientos cuando Beatriz trató de explicar lo feliz que se sentía por primera vez en su vida.

Para Roberto Mantecas, Samir era un aprovechado sin escrúpulos que había llegado para reírse de Beatriz y sacarle los cuartos, porque

nadie en su sano juicio estaría con ella. Betty era una desequilibrada, un chiste, alguien que ni siquiera sabía vestirse como una verdadera mujer, ni comportarse como debía. «Si tu madre levantara la cabeza la volverías a matar del disgusto». Esa fue la última frase que Betty escuchó salir de la boca de su padre, la tarde antes de su apoplejía. Ocurrió justo después de comenzar el noviazgo, estando tranquilo y en casa. No hubo mucho que hacer después de aquello. Los médicos lo denominaron mala suerte. Si Beatriz hubiera escuchado a su padre caer en su despacho, hubiera podido socorrerlo, avisar a emergencias. Pero no pudo escucharlo, eso dijo, que se había pasado todo el tiempo encerrada en su cuarto enfrascada en la lectura de un libro y se le fue el santo al cielo. El daño hubiera sido reversible, pero tras todo el día y toda la noche en el suelo y sin los debidos cuidados las funciones de Roberto quedaron reducidas a la mera supervivencia.

—Buenos días, comenzamos. Señor defensor, señor fiscal. Beatriz del Pino Mantecas García, comparece usted en calidad de investigada por un presunto delito de homicidio. La asiste el letrado designado por el Turno de Oficio, el señor Julen Montesdeoca Vegas. Tiene usted derecho a no declarar, a no confesarse culpable, a no reconocer los hechos. También tiene usted derecho a no contestar a las preguntas que se le formulen, a contestar solo a las de su abogado, o a contestar a unas sí y a otras no. ¿Lo entiende usted?

El enunciado de rigor emitido por la jueza devolvió a Beatriz al momento presente, y por primera vez en una semana vio la realidad pura y dura. Estaba ante el tribunal y todo lo que dijese sería relevante. Ya no habría medias tintas ni malentendidos, Betty se lo jugaba todo a una carta. Delante de ella estaba Mara Ramírez, implacable. Ella era una tía dura. Así la había calificado Julen al explicarle que la vista no se aplazaría tras los golpes del día anterior. Con un ojo morado, un derrame ocular que le confería un aspecto feroz y el mentón magullado, Mara Ramírez aguardó la respuesta de Beatriz a la pregunta concisa y clara que acababa de formular.

—Sí. Lo he entendido.

—¿Va usted a declarar?

—Señoría, mi cliente ha expresado su deseo de colaborar con esta instrucción en la medida de sus posibilidades y recuerdos. No obstante, quiere decir algo antes de comenzar, si usted lo autoriza.

La jueza Ramírez movió la cabeza en señal afirmativa en dirección a la defensa.

—Lo siento. —La voz de Betty parecía compungida y honesta—. Esa habitación me trae muy malos recuerdos, y la pagué con usted. No fue mi intención hacerle daño, pero no quería que se enterasen todos de lo que pasaba allí.

—Acepto sus disculpas, señora Beatriz. Siento mucho que, pese a la cantidad de material encontrado en la finca, las leyes no solo cataloguen a su padre de inimputable por su situación médica, sino el delito prescrito. En muchas ocasiones, los juristas queríamos que las cosas funcionasen de otra manera. Puede estar segura de ello. Usted, como cualquier otra víctima, merece justicia.

—Es muy considerado por su parte, señoría. Al tener en cuenta la situación tan complicada que vivió mi defendida en el día de ayer, demuestra usted una gran generosidad, y agradecemos que no cargue usted contra ella por la reacción que tuvo.

—Seguimos, si le parece. —Mara Ramírez no quería seguir dando vueltas al mismo asunto. Sí, Beatriz le había dado una paliza, pero no consideraría aquello como algo más que el estallido de una mujer con una marcada inestabilidad mental—. Señora Beatriz, indique usted cuándo fue la última vez que vio a su novio el señor Samir Mpunga con vida.

Beatriz respiró hondo y dejó fluir la frase:

—El lunes por la noche, señoría.

—¿El lunes por la noche? —soltó Mara llena de confusión, puesto que Beatriz había declarado en todo momento que se habían despedido en el muelle el martes, y su incongruencia era un indicio importante en el caso—. ¡Esto es nuevo, señora! Tanto en su denuncia ante la Policía como en su declaración ante los inspectores indicó usted que la última vez que vio a Samir fue el martes por la mañana, ¿y ahora cambia drásticamente su declaración?

—Mi defendida no cambia la declaración, señoría, simplemente ha ordenado sus pensamientos y lo ha recordado mejor.

—Así que el lunes por la noche. Explique en qué circunstancias — bufó con exasperación.

—Salimos a cenar y discutimos. Yo no quería que se fuera a Tenerife. Como víctima de abusos, en ocasiones tengo momentos de baja autoestima y tenía miedo a perderlo si conocía a alguien en el congreso.

Mara Ramírez entendió enseguida el motivo del perdón de Betty, de seguro su abogado le habría preguntado al respecto, tras su brote de violencia, y aconsejado utilizar aquella tragedia en su beneficio. Una mujer usada por su propio padre, con una infancia terrible. Una víctima incapaz de controlarse. Mara incluso pudo imaginar cuál sería el argumento en el caso de que finalmente admitiera haber dado muerte a Samir. Su actitud clamaba defensa propia por los cuatro costados.

—¿Discutieron durante la cena? —preguntó Benito López, en nombre de la fiscalía.

—No lo recuerdo bien. Pero sí discutimos. Yo lloraba y Samir perdió la paciencia en algún momento. Decidimos que era mejor no dormir juntos y aprovechar el viaje para pensar los dos, darnos un tiempo de descanso.

—Y entonces, ¿dónde durmió el señor Mpunga la noche del lunes?

—No tengo ni idea.

—No tiene ni idea..., ¿sabe al menos dónde se despidieron el lunes noche?

—A la llegada a Las Palmas, lo dejé en la zona de la Estación de Guaguas. Me dijo que se quedaría en casa de un amigo y que nos encontraríamos el martes por la mañana en el piso.

—¿Sobre qué hora dejó usted al señor Mpunga en la Estación de Guaguas?

—No me acuerdo bien, pero era tarde.

—¿La una quizá?, ¿las dos de la madrugada?

—No lo recuerdo.

—No lo recuerda. Y a la mañana siguiente, ¿llegó el señor Mpunga al domicilio que compartían como habían acordado?

—No, no llegó. Pensé que seguía enfadado y decidí encontrarme con él en Agaete. Al menos nos despediríamos como Dios manda.

—Durante el registro de su domicilio indicó usted que el señor Mpunga preparó su propio equipaje. Si usted y el señor Mpunga no coincidieron aquella mañana, ¿cómo pudo ver qué tipo de maleta llevaba, que según su propia declaración era un *trolley*, o si organizó o no su ropa?

—La hizo antes de irnos a cenar —aclaró Beatriz.

Mara Ramírez anotó la palabra «*trolley*». Estaba segura de que localizarlo conformaría un indicio adicional en contra de Beatriz.

—Entonces marchó usted hacia Agaete a pesar de que el señor Mpunga no se personó en el domicilio. ¿Es así? ¿No se le ocurrió llamarlo por teléfono, averiguar si finalmente el viaje seguía adelante? —preguntó Mara con toda la intención.

—No, no se me ocurrió.

—Se arriesgó a que él no estuviese allí —recalcó Mara.

—Señoría, la señora Beatriz ya ha respondido. No veo la necesidad de hacer incidencia en un hecho irrelevante que además ya ha sido contestado.

—Señor Montesdeoca, deje a mi juicio el determinar lo que es o no relevante para este caso, ¿le parece? Señora, consideró entonces viajar a Agaete sin confirmar con el señor Mpunga que él estaría allí, ¿es correcto?

—Sí.

—¿Lo vio usted en el Puerto de Las Nieves?

—No.

—¡Vaya, otra novedad! —exclamó el fiscal.

—Señoría, mi defendida acaba de explicar que el último contacto con la víctima fue el lunes a la noche, con lo cual el comentario del señor López no viene a cuento.

—¿Por qué mintió, Beatriz? ¿Por qué dijo que había acompañado a Samir hasta el muelle, e incluso hasta la zona de embarque? Elaboró usted ante los inspectores, déjeme leerlo porque la frase no tiene desperdicio, «nos besamos apasionadamente en el muelle justo antes de que se fuera. Luego, Samir me besó la frente en un acto protector, como hacía siempre que nos despedíamos, y antes de subir al barco echó la vista atrás y me dijo que me quería» —leyó Mara en voz alta.

Betty se encogió de hombros antes de explicar que temía que la Policía no tuviera en cuenta la denuncia si decía que se habían peleado. Hizo incidencia en que achacarían la falta de contacto, la desaparición, al hecho de que Samir se hubiera alejado de ella o que la hubiera abandonado. En su argumento había mentido por un buen motivo: dar con Samir.

—Accedió, sin embargo, a la dársena y aparcó, ¿correcto? ¿O eso tampoco lo hizo?

—Sí, eso sí.

—¿Buscaba al señor Mpunga?

—Sí. Para despedirme.

—¿Lo llamó usted desde el muelle al ver que no aparecía?

Beatriz sacó un pañuelo de papel del bolsillo del vestido y se secó unas lágrimas que no habían comenzado a brotar de sus ojos, al menos no de manera visible.

—No, no lo hice.

—¿Le mandó un mensaje? ¿Recibió alguno de parte de él?

—No lo sé.

—¿No lo sabe? ¿No lo sabe o no lo recuerda, señora? —preguntó Benito.

Betty se encogió de hombros nuevamente.

—Yo recordaría la última conversación con alguien que desaparece de la faz de la Tierra y aparece hecho pedazos —puntualizó Mara. La desfachatez del argumento la sacaba de quicio.

—Señoría, no creo que sea necesario dar datos que hieran la sensibilidad de mi defendida con respecto a la forma en la que hallaron a su novio. ¿Es esa una pregunta?

—No, no es una pregunta, abogado, pero da que pensar, ¿no le parece? Señora Beatriz, dígame una cosa, cuando regresó a casa el lunes, después del muelle y de no encontrar a Samir ni hablar con él, ¿estaba en casa la maleta?

—¿Qué maleta? —preguntó Betty, confusa.

—El *trolley* que preparó el señor Mpunga, ¿estaba?

Betty negó con rotundidad agitando la cabeza a ambos lados.

—Luego, en algún momento de la mañana, el señor Mpunga entró en el domicilio y se llevó su equipaje. Una pena que no lo hubiera

usted esperado en la casa, sabiendo que tendría que venir a recogerla. ¿De qué color era? —insistió Mara.

—Negro, con una pegatina de Londres en un costado.

CAPÍTULO 27

Gofres son salsa de cerezas

No conocí a mi abuela Marina, murió antes de mi nacimiento. Mamá me decía que era la mejor cocinera del mundo, que todo lo que salía de sus manos era un manjar. Cuando yo la ayudaba picando alguna verdura, mamá alababa mi destreza y siempre decía que había sacado su talento. Al menos alguien de la familia pensaba que yo tenía algo especial. Atesoro, como si fuera un collar de diamantes engarzados en el oro más puro, una receta de mi abuela Marina. Está escrita de su puño y letra, y aunque con faltas de ortografía, la combinación y el equilibrio de los ingredientes la hacen digna de reverencia.

Repasé en mi cabeza los pasos necesarios para confeccionar los gofres de la abuela Marina durante toda la mañana de declaración en el juzgado. Me ayudaba a calmarme. Como si ella estuviera allí conmigo, como si estuviera mamá. La jueza hinchada y amorfa movía la boca mientras yo imaginaba el batidor agitando los huevos con el azúcar y la mantequilla. Con cada nueva cuestión, el batidor mezclaba un poco más, dándole a la combinación ese color blanquecino ideal. Cuando el azúcar no se incorpora correctamente se aprecia al masticar, y ese justamente es el terror de cualquier pastelero que se precie.

Cuando el fiscal apuntaba algún dato, yo elevaba un figurado medidor de harina y agregaba en mi mente la necesaria para que los gofres adquiriesen una consistencia más firme. El azúcar avainillado le daría un toque aromático, pero sobre todo el yogur entero y la leche, que conseguirían que los gofres fuesen mullidos y esponjosos. Incluso cuando Julen defendía mi postura con vehemencia evadía mi mente, como única forma de escapar de aquel horror. Colocaría un

cazo de masa en la gofrera, o tal vez uno y medio, y cerraría la tapa superior hasta escuchar el chisporroteo del interior. El olor de la vainilla es tan atrayente que incluso daba la impresión de inundar el juzgado. Lo hacen también las cerezas en conserva y su jugo, que, espesados con algo de Maizena, conforman la salsa que se coloca por encima y adereza el postre.

Los gofres de la abuela Marina se asemejan a la salvación, a la cordura, a la protección necesaria para no caer del todo en el abismo de esta realidad. Miro a la jueza y su ojo morado e imagino que le tapono la boca con tantos gofres que se atraganta y deja de respirar, de preguntar, de cuestionar cada puñetera cosa que yo he dicho. Sé que no me cree, no hace falta ni que lo verbalice. Julen insiste en que debo hablar de mi infancia, dice que me servirá, que justificará muchas cosas, como si yo fuera un bicho raro al que hay que entender. Pero no lo soy.

En cuanto a este teatrillo, ¿qué se supone que debería hacer? Cada uno espera algo distinto. Como papá, que quería que fuera obediente, que no llorase, que lo ayudase a sentirse bien. Con el tiempo es mucho más fácil ceder que luchar. Asientes, reprimes las ganas de huir, dejas que pase, ruegas al tiempo que corra, que no se detenga, todo con tal de sobrevivir, de no sufrir tanto, de sobrellevar que tu vida es un puñado de cristales rotos. El resto de las personas también esperan algo. Julen espera que lllore a lágrima viva, que cuente con detalle lo que tanto me he esforzado en olvidar, pero sobre todo quiere ganar. Para él solo soy un tanto en su recién estrenado marcador de niño bonito con mucho que demostrar.

La jueza también tiene expectativas. Ella quiere que diga la verdad, ¡la verdad! Pero ¿cuál es la verdad? ¿Es cierto que quería matar a Samir? No, no lo es. Samir ha sido lo mejor de mi vida entera. ¿Sería verdad decir que lo planeé? ¿Que mentí, engañé, oculté? Sí, no, puede... Cuando ha sacado a relucir nuestra última conversación, sí que he mentido. Ella tenía toda la razón, la última vez que hablas con alguien que luego muere, lo recuerdas. Samir pronunció una sola frase, mientras sus ojos se llenaban de lágrimas, como si fuera consciente de que nuestro tiempo juntos estaba a punto de acabar. Como si pudiera leer el futuro en aquel instante.

Me suplicó. Eso hizo. No quiso mirarme a los ojos justo después, solo se dio la vuelta y comenzó a andar hacia el coche, muy despacio. Algo dentro de mí se rompió, como si me diese de bruces contra un poste mal colocado: Samir me temía. Ambos supimos que aquel era el final. Me lo puso fácil, fue consciente de que yo iba a hacerlo, pero no quería llevarse con él el recuerdo de mirarme a la cara mientras ocurría.

Necesité de dos horas para recomponerme después de acabar. Dos horas llorando a lágrima viva. Luego lo desvestí, lo metí en el maletero y conduje hasta mi destino. Tendría que haber comprobado que no quedaba ni rastro, pero estaba tan aturdida...

—¿Mató usted al señor Mpunga, Beatriz?

Quiero decir que sí y que todo esto acabe. Quiero explicar que se me rompió el corazón en mil pedazos cuando le aporreé la cabeza, que hubiera dado cualquier cosa por evitarlo. Soy consciente de que ella es la única persona en el mundo que escucharía mi verdad con toda su atención y sin echar a correr, la única. El silencio no sirve en este caso. Cuando papá cerraba la puerta de la habitación, sí que servía. Servía para mantener a nuestra familia unida. Pero la jueza quiere palabras, frases enteras. No puedo soltar cualquier cosa, debo ser cauta. Respirar hondo, sacar pecho, limpiar los lagrimales pese a que no sale nada digno de limpiar, porque estoy seca por dentro. Seca. No soy una demente ni una imbécil, sé que si no digo algo las alternativas de recuperar lo que he perdido son escasas. Mi pastelería, mi nombre, el prestigio que tanto me ha costado... También el dinero necesario para que no me quiten la casa, la factura de Ballesol, los pagos a los proveedores que se han esforzado en servirme siempre los mejores productos...

Son muchas personas a las que fallar, sobre todo a mí misma. ¿Estaría Samir contento si me dejase vencer? Él, que fue el primero en creer en mí valía. Él, que me impulsó para perfeccionar cada receta, que probaba con gusto las elaboraciones, aunque se las plantase delante cincuenta veces. Él, que no paró hasta encontrar el local adecuado, que invirtió sus ahorros para que yo tuviera los muebles perfectos, la decoración de mis sueños. Él, que se contentó con estar a la sombra de una gran mujer de negocios, que no pidió

nada más que verme florecer como un jardín en primavera, que me quiso libre e independiente. Él, que volvió conmigo a Londres, que aguardó mientras yo encontraba los vestidos que siempre soñé llevar, que piroteó cada paso de mi camino hacia la mujer que soy ahora. Él no querría que yo lo echase todo a perder. Me decía siempre que los errores servían para enseñarnos. Este también es un error, y como tal, podría hundirme en el hoyo más oscuro, o auparme a lo más alto.

En segundos, o incluso en menos, en una fracción irrisoria de uno de ellos, valoro lo adecuado. Me doy de bruces con una gran realidad, una que duele pero que me infunde el ánimo necesario para decantarme hacia un lado o el otro: estoy completamente sola. No tengo a nadie que vele por mí, no de manera auténtica. Sola ante mi destino, sea el que sea. Miro en dirección a Julen, lo imagino cruzando los dedos a la espalda, como si me considerase una loca digna de encerrar. Como si tuviera miedo de que meta la pata. Abro la boca y dejo salir las palabras, las únicas posibles.

—Yo no quería hacerle daño, señorita, él me atacó..., yo solo traté de defenderme.

CAPÍTULO 28

Mara Ramírez tuvo que contener una palabrota al escuchar el argumento de Julen Montesdeoca. En el breve receso de media hora, lo imaginó dándole instrucciones a Beatriz Mantecas, dictándole hasta dónde revelar y de qué manera. Estar en lo cierto en cuanto a la intuición de la legítima defensa, y presenciar cómo acusaban a la víctima de maltratador, la encolerizaba. Beatriz había padecido, sí, pero a manos de su padre. Esos eran los hechos.

—Mi defendida, como cualquier víctima de violencia, tiene lagunas mentales en cuanto a la situación, señoría. El señor Mpunga la tenía amedrentada, atemorizada y muy sometida. Beatriz hizo lo que haría cualquiera de nosotros: sobrevivir.

—Abogado, le pido que guarde los alegatos para el juicio.

—Solo trataba de poner en su conocimiento, señoría...

—Si la señora Beatriz no quiere responder a las preguntas, está en su derecho. No constará el comentario del abogado de la defensa —instruyó al oficial que tecleaba el detalle de cada frase—. Continuamos, entonces. Vuelvo a preguntarle, ¿qué ocurrió exactamente?

Dos horas después, la noticia recorría los pasillos del juzgado. Que Beatriz Mantecas hubiera confesado en su primera declaración se consideraba un triunfo, aunque Mara Ramírez no coincidía. Sentía como si se hubieran reído en su cara. Contenía la rabia, pese a estar ya en su despacho y poder hablar en confianza.

—Tendremos que averiguar si la víctima tenía perfil violento, si se le había acusado con anterioridad. —Patri Peralta hizo lo lógico, preguntar la vía a seguir ante las nuevas informaciones.

—No creo que sea cierto. Eso sí, sería una muy buena forma de zafar.

—Pero explicaría muchas de las incongruencias. Que esté tan putamente contenta, como unas castañuelas, señoría. Si el novio era

un maltratador, normal que descansase al verse libre. La reacción de él en el restaurante, que le mirase el puto móvil, la discusión en la calle. Explicaría por qué el padre no quería saber nada de él, por qué ella no tenía amigos.

—Estamos asumiendo que dice la verdad...

—Coincido con Peralta, señoría, si nos basamos en los hechos todo rema a favor de Betty. Están las grabaciones, tanto en el local como en las proximidades del coche. Eso es irrefutable —recordó Aitor.

—Lo que se aprecia en las grabaciones, inspector, es una pelea de pareja. No hay ningún tipo de agresión.

—Pero le *bicheó* putamente el móvil.

—Vamos, señores. ¿Y el perfil en la web de citas?, si tienes miedo a tu novio no lo engañas descaradamente..., vamos, digo yo. Vimos las fotos que intercambió con otros hombres, varios hombres. Las conversaciones subidas de tono.

—Tal vez fuera su forma de evadirse de una situación de maltrato. De una vida infeliz —elucubró Aitor.

—Recordemos también la opinión de los amigos de Samir. Comentaron que hacía meses que no lo veían, que le dedicaba demasiado tiempo a Beatriz.

—Creo que las mismas pruebas sustentarían ambas hipótesis, señoría. Solo Beatriz y Samir saben lo que ocurrió la noche del lunes. Si ella lo mató porque él descubrió sus infidelidades, o si en cambio él tenía la intención de agredirla por el mismo motivo y ella se defendió. —Aitor era consciente de la presión sobre Mara, pero no entendía que se obcecara con asumir solo una de las alternativas plausibles.

—Mañana volveremos a la finca para la reconstrucción; mientras tanto, localicen a los amantes de Beatriz, tomen declaración a los compañeros de trabajo de Samir, o incluso a los clientes. Si tenía ese perfil violento que Beatriz dice, alguien debió de ver algo —instruyó—. Eso será todo por hoy.

Aitor hizo una señal a su compañera, y cerró la puerta tras la marcha de Patri para hablar a solas con la jueza. Algo le ocurría, desde la visita a la finca Mara no era la misma. Entendía que los

golpes o el cambio de rumbo pudieran haberla puesto de aquel terrible humor, pero no había tenido un momento para estar a solas con ella.

—¿Estás bien?

—Perfectamente, inspector. No me fío de Betty, nada más.

—¿Quieres que nos veamos luego? —insistió él. Había aprendido en los días previos que cuando Mara estaba agobiada se mostraba fría y a él no le suponía un problema hacer un esfuerzo extra.

—No puedo, es el cumpleaños de mi padre. Lo celebra esta tarde en su casa y no puedo faltar.

—A lo mejor después, no tengo previsto acostarme pronto.

—¿Quieres dejar de agobiarme? Ya te dije ayer que no. ¿Qué parte no entiendes? Creo que te estás confundiendo con lo que tú y yo somos. Hemos echado un par de polvos. Ha estado bien. Fin de la historia. Y ahora, si no tienes nada que aportar al caso...

Aitor se quedó allí plantado, mientras Mara se sentaba en su silla y comenzaba a ordenar los papeles de la subcarpeta. Parecía hastiada, iracunda, incluso a punto de ser presa de un ataque de nervios. No obstante, no hizo más que enfrascarse en la lectura del expediente e ignorar a Ibarra.

—No sé qué coño te pasa. Para mí también es importante lo que ha ocurrido con Samir, estamos en el mismo barco, ¿se te olvida? En cuanto a lo que tú y yo somos, no te preocupes, ya soy mayorcito. Tengo muy claro qué puedo esperar de cada persona. Me lo dijiste al principio, no hace falta que lo repitas, no tengo problemas de asimilación de conceptos. Solo trataba de ser considerado porque te han puesto la cara como un mapa y no tienes amigos en la isla. Pero tranquila, que no se me volverá a ocurrir cruzar tu puñetero paso fronterizo.

Mara solo levantó la vista del expediente cuando escuchó el portazo. Cerró los ojos. Se había pasado con la persona menos indicada, aunque él tampoco se había quedado atrás. Lo respetaba por no acatar, por no callar. Si tan solo fuera por la declaración..., pero odiaba reconocer que ya estaba nerviosa desde antes de sentarse frente a Beatriz Mantecas. Antes incluso de poner un pie en el barranco de la Cagarruta y registrar aquella finca. La insistencia

de Sonia, la mujer de su padre, la sacaba de quicio. La hacía regresar en el tiempo, la devolvía a los años en los que se sentía ajena por completo a su propia sangre. Sonia llevaba llamando sin descanso desde su llegada dos semanas antes. Y Mara claudicó únicamente por no escucharla más.

Analizó su maquillaje en el espejo retrovisor interior antes de pulsar el timbre de la verja, horas más tarde, y volvió a hacerlo justo después de sortear la carretera que atravesaba la extensión ajardinada y aparcar. No le sorprendió que hubiera tantos coches que pareciera un domingo en la playa, ni que Sonia hubiera contratado a personal para recibir a los invitados con una copa de cava en la misma entrada. Siempre había sido exagerada en sus gustos. Adoraba el lujo. En cambio, su padre se las daba de espartano cuando la realidad era bien distinta.

—¡Has venido! ¡Cuánto me alegro, Marita! Papá se va a poner muy contento. —Sonia le plantó un beso de color rosa nacarado en la mejilla, que trató de borrar con el dedo—. Pero ¿y esa cara? ¿Y esas pintas? Solo a ti se te ocurre venir sin arreglar, ¿tienes la muda en el coche? Puedes cambiarte en uno de los cuartos.

Mara esbozó una sonrisa de circunstancia, y se sintió pequeña e insignificante de nuevo. Igual que años atrás, igual que cada vez que estaba cerca de Sonia o de su padre.

—No he traído nada más.

El gesto de Sonia fue de incompreensión. Como si le hablaran en un dialecto remoto del que ella no tuviera siquiera las nociones básicas. Frunció el entrecejo y analizó el atuendo completo de Mara. A continuación, chascó la lengua con desaprobación antes de susurrar que al patriarca no le agradaría su elección de vestimenta. Continuaron adelante en su camino hacia el jardín trasero. Sonia anunciaba y presentaba a la recién llegada solo si se veía cuestionada por el invitado de turno, con el objetivo de no demorar el reencuentro. Abel Ramírez estaba en su salsa, rodeado de gente que le daba palmadas en la espalda, lo felicitaba o lanzaba bromas para hacer troncharse al anfitrión.

—Hija —la voz de Abel era grave y gutural—, me gustaría decir que dichosos los ojos, pero pareces recién salida de una pelea de

extrarradio.

El comentario hizo reír a la concurrencia más cercana.

—No es nada, me he caído por la escalera. Feliz cumpleaños, papá.

—Nunca fue muy deportista, ¿verdad, Sonia? Y que conste que lo intentamos todo: aeróbic, ballet..., incluso le compramos una bicicleta de esas estáticas. Lo de la agilidad nunca fue lo suyo. Al menos ha conseguido un trabajo medio decente —la ridiculizó Abel, como si fuera una extraña que ni siquiera está presente.

—Hombre, Abel, juez de instrucción es mucho más que decente —dijo el tío Pedro, un tipo que no tenía relación alguna con la familia y a su pesar recibía el apelativo—, no es notaria como su padre y su abuelo, pero es para estar orgulloso.

—Lo de firmar hoja tras hoja de papel timbrado nunca fue lo mío, tío Pedro. Me gusta tener un propósito más allá de llenarme los bolsillos.

El lanzamiento simbólico de cuchillos acababa de iniciarse. Sonia consiguió reconducir la conversación con atino y Mara no se vio en la obligación de defenderse en las siguientes tres horas. Bebió dos copas de vino blanco y un vodka con limón, deambuló por el jardín abarrotado e incluso entabló alguna conversación sin mucha importancia.

—¿De verdad te has caído por las escaleras? —preguntó Abel de nuevo.

Sus ojos mostraban ya signos del consumo de alcohol, y se había sentado en un sofá de madera cubierto de cojines, junto a su hija. Sonia hacía guardia para evitar que el patriarca se disgustase, como si en lugar de su esposa fuese una mezcla entre enfermera dedicada y *segurata*. La secretaria perfecta. En la lejanía se escuchaba la música y los asistentes que aún quedaban en la casa continuaban bailando o charlando.

—Ha sido en un registro. Las cosas se han torcido un poco.

—Pareces enfadada, distante. Doce años sin saber de ti más que lo justo, y eres tú la enfadada. ¡Manda narices, hija!

—Déjalo estar, cariño. ¿Te quedas a dormir, Marita? Te he preparado una de las habitaciones de arriba.

—No sé ni para qué te esfuerzas. Si ella te odia. Nos odia a los dos. Piensa que estábamos liados antes de que su madre muriera.

—¿Y lo estábais? Mientras mamá agonizaba y tú te quedabas hasta las tantas en el despacho, ¿en realidad te la estabas follando a ella? —atacó Mara.

—¡No te consiento que hables de esa forma en mi casa! Mientras estés bajo mi techo...

—No discutan. Somos una familia y las familias se quieren por encima de todo. No se odian, y desde luego no se acusan —susurró Sonia, mirando a lo lejos para comprobar que no escuchase nadie—. Esta es tu casa, Marita, eres más que bienvenida.

—Ella no lo sabe, ¿verdad? Explícale a tu mujer por qué no soporto venir o tenerte delante. Explícale por qué te odio, papa. Porque tienes razón, te odio casi tanto como te quiero. Pero es a ti, no a ella a quien culpo. Ella era una chiquillaja, quien tenía mujer e hija eras tú. —Mara ya no tenía fuerzas para seguir callando.

—Siempre con lo mismo, el pasado, pasado está. No puedes seguir viviendo con rencor. Hay que tirar hacia adelante, siempre adelante.

—Ustedes dos se parecen demasiado, por eso chocan —instruyó Sonia, haciendo honor a su eterna paciencia—. Tengamos la fiesta en paz, Marita. No disgustes a papá, hoy es su cumpleaños.

Mara bufó y a continuación comenzó a reír de manera casi histérica. Era una risa contagiosa que se tornó histriónica e incluso nerviosa, muy pronto. Mara se sentía incapaz de parar aquella risa diabólica, como si saliese de muy adentro, invadiéndolo todo.

—¡Haz el favor de comportarte! Siempre dando la nota, como tu madre —bramó Abel por lo bajo.

—No olvidaría el cumpleaños de papá ni trepanándome el cerebro, Sonia querida. ¿Cómo olvidarlo? ¿Se lo cuentas tú, papá, o se lo cuento yo? Se lo contaré yo. Tal día como hoy, en su cumpleaños número cuarenta, yo tenía diez años. Mamá había muerto y tú, Sonia, llegaste a esta casa. Lo recuerdo bien. Fue el día que él eligió para presentarnos. Llevabas un vestido rosa color chicle que hizo cuchichear a los invitados. Desentonabas, Sonia. Todos asumieron

que mi padre se te estaba tirando, de lo contrario jamás habría invitado a alguien como tú.

—¡Ya basta, Mara!

—Querido, baja la voz, van a darse cuenta los invitados que quedan. Están achispados, pero no me gustaría que diéramos un espectáculo.

—Papá siempre ha detestado los colores chillones, las conversaciones altas, las risas descontroladas, el carácter, la personalidad. Aborrece cualquier cosa que le quite el foco, como si fuera una folclórica que reclama el cañón de luz en un concierto. ¿No es así, papá? «Los focos hacia mi persona». Le pasaba con mamá. De ella le molestaba todo. Pero esa es otra historia.

—Marita, no alteres a papá. No hay necesidad de hablar de esas cosas ahora.

—No dejarás de echármelo en cara, ¿verdad? No eres capaz de seguir adelante. Te aferras a algo que yo no pude evitar —bramó Abel.

—Aquella noche de cumpleaños, Sonia querida, papá se fue contigo y me dejó aquí con los abuelos.

—¡Te prohíbo que la envenenes con tus mentiras! Yo no pude hacer nada, ¿lo oyes? ¡Nada! Eres mi hija, ¿crees que de haberlo sabido te hubiera dejado sola? ¡Me consideras un monstruo, por lo visto!

—Pudiste hacer algo después, papá. Te lo conté al día siguiente. Pudiste creerme, pudiste defenderme en lugar de pedirles que vinieran a cuidarme cada vez que tú querías un poco de libertad.

—¿Qué te hace pensar que no hablé con él al respecto? ¿Cómo te atreves a asumir que no lo enfrenté y le pedí explicaciones?

—¿Y qué te dijo?

—Ha pasado mucho desde aquello. No lo recuerdo.

—¿No lo recuerdas? ¿Tu padre responde a una acusación de abuso y no te acuerdas?

—Pidió perdón entre lágrimas. Yo jamás había visto a mi padre llorar. Se rompió, dijo que no volvería a tocarte, que había sido por culpa de las copas del cumpleaños. Y yo lo creí. Tu abuelo era un hombre enfermo.

—Pues adivina, papá. No cumplió su palabra. Pero eso tú ya lo intuías. Díselo a tu mujer, tiene derecho a saber la clase de hombre que eres, ¿no crees? Vamos, explícaselo, papá, continúa. Tu padre era un enfermo porque solo un enfermo ¿qué? ¿Solo un enfermo toca a una niña? ¿Solo un enfermo espera a que todos se duerman para colarse en su habitación? ¿Quién es el enfermo aquí, papá? Porque solo un enfermo acata y deja a su hija a merced de una alimaña con tal de poder tener un poco de libertad.

—Pero ¿qué está diciendo, Abel?

—Traté de hablar contigo otra única vez. Te dije entre llantos lo que me había hecho y me diste una bofetada. Me prohibiste volver a hablar del tema. Me llamaste ruin, papá. Yo solo necesitaba que me escucharas, que me protegieras. Tú, en cambio, elegiste sacrificar al más débil de tu manada por propio interés. Sacrificaste a tu hija.

CAPÍTULO 29

Eran las doce y media de la noche cuando Aitor Ibarra escuchó el zumbido de aviso de la llegada de un nuevo mensaje en su móvil. Frunció el ceño al comprobar el emisor y a punto estuvo de no abrirlo y leer su contenido. Mara era capaz de ponerlo de mal humor y, con la misma celeridad, hacerle esbozar una sonrisa. Leyó el texto que suponía el equivalente a un acercamiento romántico y que solo entendían ellos dos, y respondió con un marco temporal: quince minutos.

Mara ni siquiera se cambió. Solo lanzó las botas dentro del armario y se quitó la chaqueta. La bronca con su padre le había pasado factura, y tras la trifulca y la subsecuente descarga de adrenalina, estaba agotada. Apenas si tenía energías para llegar hasta la puerta y dar la bienvenida a Aitor.

—Tienes una forma muy original de pedir disculpas —dijo él, haciendo referencia al mensaje—. De modo que has volado tu paso fronterizo...

Mara asintió al tiempo que se quitaba los pantalones y la blusa, y se quedaba en ropa interior.

—No quiero hablar. Hoy ya he hablado mucho —dijo—. Fóllame. ¿Quieres?

—Mara... ¿Has bebido?

—Sí.

—¿Eres consciente de tus actos?

—Juro guardar y hacer guardar fielmente y en todo tiempo la Constitución y el resto del ordenamiento jurídico, lealtad a la Corona, administrar recta e imparcialmente justicia y cumplir mis deberes judiciales frente a todos. ¿Te parece lo bastante consciente?

—No lo sé.

—No estoy borracha. Me he tomado dos copas de El Grifo semiseco y un vodka con Schweppes de limón. Estoy alerta y mi

memoria está intacta. Sé quién soy yo y quién eres tú, eso me capacita para saber lo que quiero, ¿no te parece? Te llamas Aitor, tu libro de cabecera es Frankenstein y te gusta el bocata de jamón ibérico sin tomate. Hoy es viernes 22 de octubre, nos conocimos hace siete días y me provocaste el mejor orgasmo de mi vida. Estoy en pleno uso de mis facultades mentales y físicas y solo quiero que me echés un polvo que consiga que me olvide hasta de lo que he hecho esta mañana.

Aitor se echó a reír, pero Mara continuó con el mismo gesto. El de una persona que no desea que se cuestione cómo se encuentra, porque hacerlo provocará que se eche a llorar.

—¿Seguro que estás bien?

Mara se acercó a él y tiró de su camiseta hacia arriba hasta quitársela. Pasó los dedos por el abdomen marcado de Aitor, contorneó el mayor de sus tatuajes, el que dibujaba un cuervo de perfil posado sobre una rama retorcida, hasta llegar a su cuello. La caricia, destinada a detener el debate, le erizó la piel.

—Ya te he dicho que no quiero hablar —dijo antes de estirarse y alcanzar su boca para besarlo.

El tacto de la mesa contra su trasero era frío, y a Mara le encantó sentir esa sacudida que alteraba sus sentidos. El calor entre las piernas, y el frío recorriendo desde abajo su espina dorsal. Aitor susurró solo una palabra sobre su boca justo antes de voltearla. «Inclínate», dijo, al tiempo que le bajaba las bragas y desandaba el camino besándole las corvas. Lamió luego el tramo desde sus nalgas hasta la nuca. A continuación, le separó las piernas, se guio con los dedos hasta comprobar que estaba mojada y la penetró con el *packer*, aferrándose a sus caderas con las manos. Cada embestida lo unía más a ella, como si fuesen dos caras de una moneda, como si en realidad fuesen conscientes de estar los dos igual de rotos, igual de necesitados de alguien que ayudase a juntar los pedazos.

El timbre del teléfono entonó los primeros acordes del solo de guitarra de «Are You Gonna Go My Way» de Lenny Kravitz y Aitor respondió sin abrir los ojos siquiera.

—Ibarra. ¿Hola? ¡Cojones, Ibarra!

—Montoya, ¿qué pasa? —Echó un vistazo al otro lado de la cama y se levantó para poder hablar sin despertar a Mara.

—Adivina adivinanza.

—No me jodas, Montoya, que estaba en el séptimo sueño.

—Estoy en La Isleta, en un control. Le he puesto el cascabel al gato. Ya sabes, avisé a mis colegas de la Local para que estuvieran pendientes de los patinetes. Tengo al *rider*. Tira para acá cagando leches, que lo tengo que detener y me he venido solo, hermano.

Aitor volvió al dormitorio y se vistió a toda prisa. Encontrar al conductor que potencialmente había dejado el fardo con el brazo de Samir era una muy buena noticia, aunque prefirió no emocionarse demasiado. Aún debían cotejar las imágenes, escuchar su declaración, así como corroborar su coartada tanto para la noche del viernes como para la del lunes previo. Debían ver cómo encajaba el conductor del patinete en la historia de Beatriz, qué relación había entre ambos, porque ella no había mencionado el descuartizamiento y mucho menos el viaje hasta La Isleta.

Dio un último vistazo a la cama antes de salir del dormitorio y esbozó una sonrisa. Mara lo tenía completamente embobado, esa era la verdad. Cuando la instrucción del caso concluyese y tuvieran tiempo de hablar, le diría que tenía ganas de apostar por aquello, fuera lo que fuese. Hablaría sin tapujos, él también había tenido su ración de drama. Quizá no algo tan crudo como la historia de Mara y su marido, pero el camino de cualquiera estaba plagado de decepciones y también de buenos momentos.

Para Aitor, la adolescencia había sido de todo menos sencilla. Comenzó a hormonarse con dieciséis, tras hablarlo mucho en casa y pedir ayuda. Para él fue una cuestión de vida o muerte. En ciertos momentos la situación en el instituto se volvió tan insostenible que perdió un curso completo por su miedo a ir a clase. Acabó cambiando de centro debido a la impasividad de la dirección ante el maltrato que sufría cada día. El hostigamiento fue escalando hasta que llegó a un punto de no retorno en el cual Aitor consideró lanzarse al vacío, metafórica y literalmente.

Aquella gota que rebosó el vaso fue suficiente para tomar cartas en el asunto, y la familia inició un camino que comenzó con un

cambio de centro y también de ciudad. Así fue como con dieciséis años dejó Bilbao para instalarse en Barcelona. Atrás dejó todo: familia, amigos y amores. Dieciséis años después, aquellos días le parecían tan lejanos... Cada paso del camino había sido crucial. No le resultaba fácil encontrar a alguien digno de conocer. Alguien que no tuviera curiosidad por probar cosas nuevas, extraños fetiches que incluyesen el sexo con personas trans, o le preguntara, tras la primera copa de vino, cuándo se sintió hombre por primera vez. Mara era una de esas sorpresas que te da la vida, alguien que abraza tu ser con la naturalidad que acepta un día de lluvia. Y, desde luego, Aitor no quería perder la oportunidad de conocerla mejor.

La calle Pérez Muñoz iniciaba su recorrido a los pies de la Virgen de La Luz, junto a la iglesia, y continuaba pendiente arriba en dirección al istmo. En otro tiempo, al subir la marea, La Isleta quedaba aislada de la ciudad. En otro tiempo, aquel lugar era punto de encuentro y refugio de cambulloneros, contrabandistas y rateros. Mucho había pasado desde esos días, pese a que los originarios del barrio eran tildados como gente poco fiable.

Aitor Ibarra llegó en diez minutos escasos desde el domicilio de Mara hasta la ubicación de Montoya, la esquina de las calles Pérez Muñoz y La Naval. Bajó de la moto para encontrar a su compañero charlando animadamente con dos locales, que tenían sentado en la parte trasera del coche a un chaval de no más de veinte años.

—Buenas.

—¡Hostia, ya era hora! Aquí la chiquillería, que se ha saltado un *stop*, y al soplar la gaita ha cantado bingo.

—¿Es él? —susurró Ibarra.

Montoya hizo un gesto de señalar con la barbilla en dirección al patinete aparcado a un lado de la vía, sobre el cual reposaba un casco de colores negro, blanco y rojo que reflejaba la mandíbula y dentadura del personaje de Venom. Además, en el suelo junto al vehículo, descansaba una maleta amarilla isotérmica cuadrada sin logotipo.

—Pero no lo sabemos, ¿no?

—Toca confirmar. Está cabreado y colocado, con sacarlo y tantearlo un poco nos la liará parda y lo llevaremos a comisaría. Por eso está dentro de coche, está macerándose, hermano. —Montoya parecía tenerlo todo calculado, aunque a Ibarra le preocupaba que las cosas no se hicieran de acuerdo con el procedimiento y la cagada les estallase en la cara.

—¡A ver, pimpollo, para afuera! —anunció el agente de la Policía Local al abrir la puerta trasera del coche.

—Pero ¿tú quién coño te crees? Ni que fuera un traficante ¿oíste?, me he tomado unas copas con los colegas nada más. ¿Pararme a santo de qué?

—Estate tranquilito, que como te pongas chulo mandamos el patinete al potrero y te toca subir a Las Coloradas a patita.

—¡Sí, hombre, porque lo digas tú! —comenzó a encolerizarse el *rider*—. A ver si se ponen a trabajar, a buscar delincuentes, políticos. Váyanse al Gobierno de Canarias, que allí seguro que encuentran a alguno, al ayuntamiento, no a los trabajadores que estamos rompiéndonos el lomo cada día.

—¿Trabaja usted, caballero? —preguntó Montoya.

—Dos trabajos tengo. Dos. Por las noches ya ve, me busco la vida en el reparto de acá para allá. Una mierda pagan, pero es lo que hay.

—¿Y por la mañana? —cuestionó Ibarra.

—Por la mañana en una granja. En el quinto coño, en Ingenio.

—¿No conducirá usted por la autovía? —se alarmó Aitor.

—No, hombre, no. ¡Ni que se me hubiera ido la cabeza! Un compañero me deja por La Laja y allí cojo el patín, que lo tengo en casa de mi novia. Porque si tengo que esperar por la guagua...

Beatriz decía haber matado a Samir en la finca del barranco de la Cagarruta, pero el *rider* estaba muy lejos de allí, nada menos que en Ingenio, a veintiséis kilómetros.

—¿Qué clase de trabajo hace? ¿De qué tipo de granja hablamos? ¿Agrícola?

—No, señor. Trabajo en La Carnita, una granja de cerdos.

CAPÍTULO 30

Barritas especiales para días tristes

Es curioso cómo un ingrediente que parece no aportar nada a una receta, por su textura indeseable o falta de sabor, al mezclarse con otros resulta en una combinación espectacular. Eso me ocurría con las nubes de azúcar. Los malvaviscos nunca han sido de mis chuches predilectas, pero hace unos años tuve que realizar un encargo especial para una fiesta. Se trataba de un cumpleaños infantil para una niña enferma, y lo único que le gustaba a la pequeña eran las nubes de azúcar, el chocolate y las galletas. Traté de crear opciones para aquel evento tan especial, en un momento sensible para la familia en el que acababan de salir de una larga temporada de hospitales y terapias, y me di de bruces con algo nuevo.

Las barritas especiales para días tristes tenían una base de chocolate negro mezclado con algo de mantequilla y jarabe de melaza para aportarle dulzor y consistencia. Una vez derretido, añadí los malvaviscos, trozos de galleta y una combinación de pistachos y almendras. La idea era que hubiera ingredientes más sanos camuflados entre el chocolate. La mezcla debía extenderse en una superficie rectangular, como un molde, y la refrigeré durante un par de horas. Al salir, trocéé el resultado en barritas de tres centímetros de grosor y unos diez centímetros de largo. Yo les añadí entonces un envoltorio individual de papel seda rosa que le daba mucho carácter y que cerré con un cordel blanco. A la pequeña le encantaron.

Ojalá uno tuviera siempre una de esas barritas para alegrarse el día. A falta de ellas, Aitor me ha traído esta mañana una chocolatina Tirma. Me ha sorprendido el gesto, y estoy segura de que se ha arriesgado mucho al esconderla de la mirada inquisitiva del carcelero. Luego me ha sonreído cuando salía de la celda y ha

rozado mis dedos al colocarme las esposas. Es una tortura no poder acercarnos, simular que el tacto es fortuito e inocente, cuando nos quemamos el uno por el otro.

De igual manera, tengo que centrarme. Hoy prima el estar tranquila, mostrarme colaboradora. Eso me ha indicado Julen. Que la reconstrucción de los hechos es crucial, y no solo he de explicar lo ocurrido con Samir, sino que la lógica y coherencia de cada paso del camino deben apoyar mi historia. ¿Desde cuándo me he convertido en una mentirosa redomada? Así me llamó mamá la única vez que me preguntó qué hacíamos papá y yo en la habitación rosa: «Mentirosa». Yo puse cara de circunstancia y dije que no hacíamos nada. Como si yo fuese la culpable de un delito. Yo, no él, yo. Me agarró por los antebrazos y me sacudió repitiendo aquel insulto, como si estuviéramos condenadas ambas a sufrir a manos de papá y ninguna pudiera echar a correr, como si hasta aquel momento terrible de conciencia, ella tuviera la certeza o quizá la esperanza de que al menos yo escaparía ilesa.

La engañé a ella entonces, y ahora también debo falsear un poco la verdad. No soy mala, no señor, no soy mala. Simplemente sobrevivo. Cuando mamá se colgó en la habitación rosa aquella misma noche, una parte de mí se alegró por ella. Porque tuvo la oportunidad de acabar con todo. Cuando empujé a papá contra la pared del estudio por insultar a Samir y se desplomó en el suelo, también me alegré por él. Pensé que se iría con mamá, pero decidió quedarse. Cualquier cosa con tal de imponer su voluntad. La partida de Samir fue distinta. Él no se lo merecía. Cometió un único delito, y fue quererme.

La ayudante de la jueza balbucea una retahíla que explica a los presentes que vamos a hacer lo que hemos venido a hacer, valiente tontería. Los pasos de la instrucción son tediosos y poco intuitivos. Si yo hubiera estudiado Derecho, les diría a estos pazguatos cómo agilizar las cosas. Pero no es el caso. Aguardo, escucho, asiento. Me recuerdan que debo hacerlo a viva voz, no vale con mover la cabeza. Preguntan a qué hora llegamos Samir y yo, dónde aparcamos el coche. Preguntan quién entró primero a la casa, en qué habitaciones

estuvimos. Fotografían, graban, paran, y vuelta a empezar. Parece el rodaje de una serie mala.

—Repítalo, por favor, señora Beatriz —insiste la vaca lechera—. Estaban en la parte delantera. ¿Quién salió primero de la casa?

—Samir.

—De acuerdo. Samir salió primero, se dirigía hacia dónde, ¿hacia el coche?

—Sí. Me gritaba, discutimos. Nos paramos aquí —digo combinando algunos momentos veraces con mi cuento de fantasía—. Samir era muy celoso y en el restaurante pensó que yo le sonreía a unos chicos que estaban sentados cerca. Pero no es así. Solo estaba en su cabeza.

La jueza calla, aguardan a que yo siga. Quieren hacerme caer, no solo ella, también el sinvergüenza del fiscal. Son como las amigas falsas que quieren que te vaya mal para destacar, para sentirse un poquito menos apabulladas por tu talento.

—Traté de que entrase en razón —insisto en mi argumento.

—¿Es aquí donde, según testificó en el día de ayer, el señor Mpunga la agarró fuertemente por el pelo y la zarandeó tratando de arrastrarla hasta el coche?

—Sí.

—¿Qué ocurrió a continuación? —inquiére mi pesadilla amorfa con patas.

—Yo traté de zafarme de él, pero era más alto y mucho más fuerte que yo. Pesaba mucho. Sentí miedo y le golpeé la cabeza con una piedra.

La jueza indica a su secretaria que anote el número de referencia de la prueba que han recogido una hora antes, la piedra en cuestión que usé el lunes y que no tuve la picardía de lavar o lanzar por la ventanilla del coche en medio de la nada.

—Golpeó entonces al señor Mpunga con la piedra. ¿En qué lugar del cuerpo?

—Señoría, mi clienta ya ha mencionado que se defendió de esa bestia golpeándolo en la cabeza. No creo que haya quedado duda de su interés en colaborar con la instrucción. No hace falta reiterar todas las preguntas.

—¿Quiere usted que cambiemos puestos, señor Montesdeoca? Toma usted las riendas del 7 y yo me dedico a defender a Beatriz. ¿Le parece?

—No veo necesaria la ironía, señoría.

—Es que da la impresión de dictar usted lo que debe hacerse en este procedimiento, letrado. Cíñase a asistir a su defendida, hágame el favor. Responda, señora Beatriz —repite.

—En la cabeza.

—¿En qué parte de la cabeza?

—Aquí detrás —digo, y me toco la parte de la nuca más cercana al cuello.

—¿Cuántas veces le golpeó la cabeza, señora Beatriz?

—Dos o tal vez tres. No lo recuerdo.

—Es perfectamente normal, señoría, que mi defendida tenga cierta confusión con respecto a la cantidad de golpes o incluso la ubicación del primer impacto. Los nervios del momento.

—Lo tendremos en cuenta, letrado.

—Se lo agradezco, señoría, puede haber ocurrido que, al estar en plena lucha por su vida, la señora Beatriz le golpease en la frente y no en la nuca, y que en su memoria esté como borroso. Todo sea por poner en contexto las palabras de mi defendida, una probada víctima de abuso tanto por parte de su padre como del señor Mpunga.

—No se pase de la raya, abogado. Es la última vez que le aviso. Prosigamos, señora Beatriz. Tras el golpe, ¿el señor Mpunga cayó hacia adelante, hacia atrás, de lado?

—Hacia adelante.

—¿Forcejearon de alguna manera?

—No, murió en el acto. Ya no volvió a moverse.

—¿Qué hizo usted entonces?

—Me asusté mucho. Corrí a la casa, busqué una toalla para tratar de parar la hemorragia. Se la coloqué alrededor de la cabeza.

Hasta actores que simulan ser Samir hay en esta representación teatral mediocre y de barrio. Un tipo alto y corpulento yace en el suelo donde yo he indicado que cayó él. Hago la simulación del recorrido de aquella noche. Camino hacia la casa, busco en el baño

una toalla y regreso junto al cuerpo. Coloco la toalla en la nuca y comento que presioné para taponar la herida, cuando lo cierto es que la noche del lunes presioné sobre su nariz y su boca para que Samir se fuese lo más rápido posible, para que no sufriera innecesariamente, mientras él se agitaba tratando de zafarse.

—¿Qué ocurrió después? —pregunta la morsa—. Muéstrenos qué hizo con el cuerpo.

Explico cómo tiré de él hasta llegar al coche, la parte en la que abrí el maletero y lo metí dentro. No tengo excusa para la aparición del brazo y no quiero llevarlos hasta la granja. Soy consciente de que es una gran laguna, pero he leído que en momentos de estrés o de importantes traumas, la mente tiende a olvidar sucesos terribles. Como si fuera la parte vacía de una cinta de VHS en la cual has interrumpido la grabación de la gala de la Reina del Carnaval de Las Palmas para meter una telenovela y te has arrepentido en el último momento. Julen me ha explicado que el desmembramiento, en el caso de que tenga que admitir haber cortado a Samir en pedazos, no constituye un nuevo delito, sino la mera búsqueda de ocultar el cadáver. Otro gallo hubiera cantado si se me hubiera ocurrido quemarlo. ¡Qué extraña es la ley! Me parece mucho más respetuoso quemar que cortar. Menos violento. Sin embargo, una se tolera y la otra no. Yo no hice ninguna de las dos, y prefiero no fastidiarla y responder en este caso con la frase más adecuada para mi situación: «Eso no lo recuerdo, señoría».

CAPÍTULO 31

Algunos trámites son necesarios pero irrelevantes. Llevar a Beatriz Mantecas hasta la finca familiar y verla argumentar una agresión era necesario pero irrelevante. No había congruencia en ese golpe en la nuca o el forcejeo previo. Si alguien trata de hacerte daño, la norma dicta que lo tienes delante, o incluso a tu espalda. Sin embargo, Betty había golpeado a su novio con una piedra en la parte trasera del cráneo. No mencionó ni escenificó en todas las ocasiones que se repitió la escena, haber estado en el suelo y haber alcanzado la piedra como quien pilla lo primero que encuentra. No. Ella estuvo de pie en todo momento, y, por tanto, debió de agacharse para coger la piedra y herir a Samir en la nuca. Para que eso ocurriese, Samir debía de estar de espaldas a ella, o lo que es lo mismo, marchándose del lugar, o huyendo del mismo.

Tampoco se había hallado ningún golpe o herida de relevancia en el peritaje forense llevado a cabo a Beatriz tras la declaración del viernes. En caso de un forcejeo, e incluso de una sacudida como su abogado argumentaba, le hubieran quedado marcas, que al pasar el tiempo estarían todavía presentes, aunque en una tonalidad amarillenta más cercana a su desaparición. Las muñecas y antebrazos de Betty no contaban con morados, ni siquiera rasguños. En cuanto a ese miedo visceral provocado por una relación de maltrato físico, no constaba en el historial médico de Beatriz ninguna visita a Urgencias fuera de lo común, ni lesiones que no pudieran explicarse.

La declaración incoherente e incompleta de Betty contrastaba con la de Kevin Rocha, el *rider* localizado por Montoya. El joven se quedó lívido al ver las fotos del brazo de Samir, y vomitó en el suelo de la sala de interrogatorios al entender que había llevado aquel pedazo de carne pútrida en su mochila hasta el lugar donde lo dejó. No tuvo muchos miramientos en implicar a quien lo había contratado para el

trabajo. Repitió hasta la extenuación que él no quería problemas, que solo había llevado el paquete a la basura, y que jamás consideró la opción de que se tratase de algo ilegal, aunque sus aseveraciones no tuvieran ni pies ni cabeza.

Con todo, no era más que de un joven inmaduro sin mucha experiencia laboral, un chulo que no resultaba demasiado listo ni tampoco espabilado. De haber sabido el contenido, no solo no lo hubiera dejado en un contenedor delante de la casa de su abuela, sino que hubiera cobrado una suma mayor. Al ser cuestionado sobre por qué no se presentó ante la Policía Nacional cuando escuchó la noticia del hallazgo de los restos, indicó que no lo relacionó con su encargo y parecía sincero.

Rubén Romero, propietario de la granja y de la empresa Romero Pigs, abastecedora de carne a Mataderos Canarios La Carnita, lo había mandado llamar y le había ofrecido doscientos euros por llevar un fardo envuelto en bolsas de basura y cinta de embalar. La única condición era que se deshiciera de él bien lejos de Ingenio, y que no preguntase. A Kevin le pareció un trato justo, le hacía falta el dinero y llevaba meses ahorrando para la compra de una PlayStation 5. Cuando Mara lo tuvo delante comprendió el comentario previo de los nacionales que lo interrogaron. Kevin no era demasiado listo y tampoco tenía picardía. En otra situación familiar hubiera recibido refuerzo académico desde los primeros años, pero no lo obtuvo.

Los docentes de los centros de enseñanza por los que fue pasando expulsión tras expulsión no se esforzaron en analizar por qué estaba siempre de fiesta, o el motivo de forzar una bronca en clase cada vez que había examen o que le tocaba salir a la pizarra. Lo tildaron de conflictivo pronto, como si solo les quedase una etiqueta disponible para colocar. Si hubieran observado con detenimiento hubieran visto que para Kevin la violencia era una tabla de salvación en momentos en los que se sentía ridículo o incapaz. Sobrevivió en el sistema educativo hasta que acabó cuarto de la ESO, más a base de repetición y de pena que por méritos propios, y luego se dedicó a trabajar en cualquier cosa que le reportase dinero. No era tonto, pero tampoco tenía capacidad para nada en concreto.

El interrogatorio a Rubén Romero fue otro cantar. El oriundo del Castillo del Romeral no tenía la menor intención de dar su brazo a torcer o de admitir nada, hasta que se puso sobre la mesa la acusación de encubrimiento de un asesinato y se mencionó a Beatriz Mantecas.

—Yo pensé que había sido un sin papeles que se había caído en el redil de los cochinos. Por eso lo hice desaparecer. Esa granja da de comer a mucha gente, ¿saben? De mí dependen más de cuarenta familias. No puedo dejarlos en la estacada. Pero yo no hice absolutamente nada. Pregunten, ivamos! Pregunten donde quieran. Yo lo único que he hecho desde que tenía diez años es trabajar, trabajar y trabajar.

Explicó que, el mediodía del viernes 15, se dispuso a echar una mano para trasladar a los puercos al matadero, ya que su hombre de confianza estaba de baja por una lumbalgia. Encontró los restos tras vaciar la piara y despedir al camión. Ocultó lo ocurrido por miedo a que el hallazgo provocase el precinto de la zona o la granja completa. Imaginó los titulares que lo vincularían por siempre con aquella tragedia y consideró alejar aquel brazo todo lo posible de su propiedad.

A la pregunta de si había otras partes del cuerpo de Samir, Rubén aseveró que buscó durante dos horas sin encontrar nada más. También cuestionaron que contratase a alguien para hacerlo desaparecer en lugar de ocuparse él mismo. No tuvo respuesta más allá de no querer «cagarse las manos».

Rubén Romero también conocía a Roberto Mantecas, quien no solo había sido amigo de copas y dominó, sino el veterinario que estampaba su firma en los certificados oficiales y en los controles sanitarios. Tiempo después, tras la jubilación de Roberto, Betty se encargó de realizar esas tareas.

—¿Cómo la describiría? —preguntó Mara Ramírez la mañana del lunes. Habían pasado todo el fin de semana cotejando la cronología de los pasos de Betty, y tanto la jueza como el equipo de investigación estaban a punto de completar el rompecabezas y dar por cerrada la instrucción.

—Una tía rara. Siempre estaba buscando problemas. Se quejaba por todo. Que si los trabajadores eran antipáticos, que si yo era un maltratador que tenía a los cerdos martirizados, que si era mi novia. No hacía más que meterse en berenjenales, era muy *farfullenta*.

—¿Y era cierto? Con respecto a usted, me refiero —preguntó Mara.

—¿La ha visto bien? ¿Qué hombre se acercaría a ese *cachocarne* con patas? Más bien era al revés, la que me perseguía, *desagallada* perdida, era ella. Que me la follé, sí, un visto y no visto en el baño de la granja, pero de ahí a algo más... Que no invente, que si quiere hundirme el negocio no la voy a dejar, pero el matrimonio tampoco. Que venga y me lo escupa a la carita, que ya le digo yo que no tiene lo que hay que tener para enfrentarse. A mí cuando me buscan, me encuentran. Esa loca primero decía que yo la miraba, que era un sátiro, pero bien que se me restregó después. Se lo largué a Roberto y se lo largo también a usted y a quien me pregunte: ella se me ofreció y yo tenía a mi mujer cuidando a mi suegra en Tenerife, y ya está.

—Me refería a su aseveración de maltrato animal, señor Romero.

—No, de eso tampoco puede decir ni mu. Nadita.

—¿Tuvieron en algún momento discusiones previas ustedes dos?

—No, señora, yo hablaba con ella lo justo y necesario. Nada más.

—¿Esto es antes o después de tener una relación sexual? —puntualizó Mara.

—No hablaba antes, y después tampoco. Fue hace mucho, unos tres años. Todavía estaba bien Roberto, fuerte como un roble. Celebramos el aniversario de la granja, hicimos un asadero y me pasé de copas, nada más. La encontré discutiendo con su padre y ella lloraba. Me dio pena y la saqué a bailar. Luego me siguió hasta el baño cuando fui a orinar, me empujó y me dejó sentado sobre el váter y allí mismo me montó. Que no cuente historias porque ni tuvimos nada ni quise yo tenerlo.

—Cuando se enteró de su detención por la prensa o del hallazgo del brazo, ¿no se le ocurrió que debía personarse en comisaría para contar lo que sabía?

—¿Y acabar preso por algo que ni siquiera había hecho? ¡Ni de broma! —bufó.

—Pues al final sí que ha cometido usted un delito. Porque le recuerdo que se enfrenta a una pena de encubrimiento, profanación de restos humanos y omisión del deber de denunciar —informó Mara.

—Señoría, mi cliente ha explicado que pensaba que la víctima era un ilegal que había tenido la mala fortuna de caer en la piara, por lo tanto, al no haber conocimiento del delito se excluye el dolo, esencial como usted bien sabe para la comisión de encubrimiento. En cuanto a la profanación de cadáveres, señoría...

—Ese convencimiento se esfumó al saber quién era el fallecido y quién la sospechosa, abogado. ¿Conocía usted a Samir Mpunga, señor Romero?

—No. Sabía que se había echado un novio. Me lo dijo su padre. No le gustaba un pelo, pero bueno, eso eran cosas de ellos.

—¿Alguna vez los vio juntos? ¿Le habló Roberto Mantecas sobre Samir?

—No, señora. Pero ya le digo que no me extrañaría que esa chiflada le hubiera dado un mal empujón y se hubiera quedado allí mirando mientras se lo merendaban los puercos. A veces hablaba sola, reía, me lo decían los empleados. Que se quedaba como embobada mirando la nada cuando iba al redil del fondo. Allí se podía pegar horas muertas estudiando a los cerdos. Y eso no solo es raro, señora, también da un miedo de cojones.

CAPÍTULO 32

Beatriz Mantecas prefirió no pronunciar palabra en el registro de la granja Romero Pigs, y tampoco en la reconstrucción de los hechos. Adujo un trauma tan grave que su memoria evitaba echar la vista atrás. En la semana siguiente se produjeron varias declaraciones, pero Betty repitió hasta la saciedad las respuestas, deteniéndose sin avanzar ni un solo paso en el momento en el cual golpeó a un Samir iracundo, mientras defendía su propia vida.

Eran muchos los indicios que hacían tambalear la versión de Betty. Sobre todo, el traslado a Santa Lucía, a la casa de su padre. Un hombre como Samir que no había pisado la finca familiar y que, como corroboraban las cámaras de la avenida de Gran Canaria, conducía aquella noche, no tenía motivo alguno para ir al barranco. De ser el maltratador de manual que la defensa argumentaba, habría llevado a Betty a casa, al lugar donde controlaba la situación, en vez de acabar en un sitio desconocido y ajeno.

En cuanto al perfil violento de Samir Mpunga, tanto Julen Montesdeoca como la Policía Judicial trataron de dar con personas que pudieran atestiguar haber visto una reacción agresiva, más allá de contestar con desaire a un camarero. No pudieron encontrarlo, pero para la defensa poco importaba. Julen quiso convertir a Betty en una moderna Frida Kahlo. La mujer de talento hecha a sí misma atenazada por un hombre que la tenía sometida.

Tras el cierre de la instrucción, el abogado apareció en cualquier *podcast* o programa de televisión que quiso hacerle un hueco. Se prodigó en contar la trágica historia de Betty: su niñez torturada, su madre suicida, e incluso se atrevió a tildar a la víctima de manipulador narcisista. Beatriz Mantecas era la hija que se encargó del bienestar de su padre enfermo, la que le proporcionó los mejores cuidados al hombre que le destrozó la infancia. Betty era la buena,

casi una santa. La abnegada que solo había anhelado ser un poquito feliz después de tanto dolor.

Ella, en cambio, optó por no decir nada después de la instrucción. Ni una palabra a nadie que no fuera su abogado o las reclusas del Centro Penitenciario Las Palmas II en Juan Grande. Las plataformas de pago enviaron a sus ejecutivos más competitivos para negociar la compra de los derechos de su historia, los periódicos de tirada nacional insistieron en acordar entrevistas exclusivas para escuchar su versión. Pero Betty no tenía interés en contarla.

Según averiguó Mara Ramírez, ella trató de pasar desapercibida en la medida de lo posible, de llevar un perfil bajo, de invisibilizarse, centrándose en no meterse en problemas y desempeñar su trabajo en la cocina del centro. También escuchó que se entretenía en dar consejos y alguna receta en el patio, si alguien se la pedía. E incluso Montoya contó que el director de Las Palmas II estaba tan cautivado por su bondad que había propuesto la creación de un taller de cocina impartido por la mismísima Beatriz Mantecas.

Y el día a día continuó su curso en el Juzgado de Instrucción n.º 7 de Las Palmas de Gran Canaria, como si nada importante hubiera ocurrido, como si nada terrible estuviera a punto de pasar. Así suele ser, un caso da paso a otro y luego a otro. Los criminales cambian, los procesos nacen y mueren. Por fortuna para Mara Ramírez, la ciudad no era un hervidero de asesinos seriales, ni siquiera de homicidas con un único crimen. Ocurría, por supuesto que ocurría, pero no era lo habitual.

En cuanto a Aitor Ibarra, dormía un poco más tranquilo al saber que Beatriz estaba entre rejas. Confiaba en que el juico pondría sobre la mesa la realidad de la investigación a la que tanta energía había dedicado. A veces, cuando llegaba un sobre de la penitenciaría dirigido a él, se le helaba la sangre. Nunca abría la carta en cuestión, la guardaba escrupulosamente en una bolsita de pruebas. Contenía el aliento y daba gracias porque Betty hubiera confesado, porque eso la hacía culpable. Tanto si era en defensa propia como a sangre fría, pasaría tiempo en prisión. Y con ese tiempo se contentaba.

CAPÍTULO 33

Bacon ahumado al *bourbon*

El *bacon* es el mejor alimento del universo. Lo digo, lo pienso, lo siento y lo sé. El mejor. A Hortensia le explico siempre que hay que comer mucha proteína, que es muy importante para definir los músculos y mantenerlos fuertes. Ella dice que hablo demasiado rápido y de muchas cosas sueltas. Que mi parloteo le hace estallar la cabeza, pero sé que no tiene mala intención. Es normal que le duela, tiene una placa metálica en el cráneo. Tuvieron que ponérsela cuando se pegó un tiro hace quince años, después de haber apuñalado a su marido, a sus suegros y a su cuñado Javier. Tiene unos hijos preciosos que no faltan un solo día de visita y también paciencia para entenderme y aceptarme. Hortensia es mi mejor amiga. Dura como un roble y un poco bruta al hablar.

Ella es la que se encarga de que no me achique. Me dice que luche por mis sueños, por lo que quiero conseguir cuando salga. Hortensia me recuerda que el juicio será pronto y que tengo todas las papeletas para ser libre al fin. Cada noche, cuando cierran las puertas y apagan las luces, Hortensia me pide desde su celda al otro lado del pasillo que les dé una receta, como si se tratase de un cuento para dormir. Dice que pongo el alma en explicar los pasos, en detallar los ingredientes, y que esa alma aquí es casi una bendición.

Yo echo mano de la memoria y de la libreta que Julen ha conseguido traerme. Las recetas de la abuela Marina, de mi madre, las de Peggy Porschen e incluso las mías llenan la imaginación de las reclusas del módulo 2. Algunas aplauden cuando termino de contar, otras roncan ya desde la mitad de la preparación, y otras piropean el plato, imaginando el resultado.

Pero no todo es bueno aquí, algunos de los funcionarios son secos conmigo. Otros me miran con recelo como si yo no fuese más que una delincuente. No los tomo en consideración. Soy consciente de que los hombres entran en dos categorías: los que quieren usarte, exprimir tu esencia hasta que ya no seas más que una cáscara vacía, como papá, como Roberto, como Aday..., y los que valen la pena cualquier esfuerzo, como Samir, como Aitor o como Guillermo. Guillermo vigila que todo vaya bien en el patio, no me quita ojo y sonríe siempre.

Guillermo me cuida desde la distancia, y sé que gracias a él no han venido las presas más violentas a por mí. Porque tengo a un hombre que me defiende. Me he visto en la obligación de escribir a Aitor para que no se haga ilusiones, para que no me espere. Nada me duele más que partirle el corazón, pero cuanto antes afronte la ruptura, tanto mejor. No me van las relaciones a distancia.

Guillermo busca la manera de que tengamos un momento a solas, pese a que se juega mucho. Si nos pillasen podría incluso perder su trabajo. Está visto que a los funcionarios públicos no se les permite enamorarse. Yo, en mi afán de hacerme respetar hasta que me demuestre que me ama de verdad, he decidido no caer en la tentación de entregar mi cuerpo. Aunque no soy cruel, lo libero del fuego que lo abrasa, le hago sentirse bien, y él agradece mi ayuda y mi apetito voraz. Le gusta que la lleve muy adentro, y me da un tironcito cuando parece que ya no puedo tragar más, agarrándome del pelo de una forma sexi y salvaje.

Sé que es solo cuestión de tiempo que podamos vivir nuestra relación sin secretos, cuando yo salga por la puerta como lo que soy: una mujer inocente. Mientras tanto aprovecho la experiencia, leo mucho, sobre todo los clásicos, me gusta cultivar mi cerebro. Juego al ajedrez con don Yeray, el director, y a veces le cocino callos o rabo de toro, que le encantan. Trato de tomarme estos meses como un reto más, una etapa de enriquecimiento.

Pienso mucho en Samir, y lo extraño cada día. Rezo a la Virgen del Pino para que él, allá donde esté, pueda perdonarme. Yo no quise matarlo, pero poco importa. A veces me da por pensar que Samir tendría que aceptar su responsabilidad también. Él no creyó mis

explicaciones. Ni siquiera dio crédito al ingrediente secreto, a lo importante que aquel toque era para mí. Asumió lo peor cuando yo jamás le di motivo para dudar. Aquella noche, mientras conducíamos rumbo a la ciudad, él repetía que había estado muy ciego conmigo. Yo solo quise explicarle por qué la web y aquellas citas eran cruciales.

Debí adivinar que ir a la finca de papá no haría sino empeorar las cosas. Allí no me siento yo misma. Le expliqué todo con calma. Pensé que al saberlo se daría cuenta de que no había ningún interés oculto por mi parte, que no me hacía falta acostarme con ningún otro, y que nadie me había tocado ni un solo pelo desde que iniciamos nuestra relación. Le hablé de Ventura, de cómo comenzó todo. Le hablé de la cita que tuve más de un año antes de conocerlo a él, de cómo aquella cita había provocado un antes y un después en mi vida, y también de las que vinieron después.

Ventura tenía tanta prisa por echarme un polvo que apenas si me dejó pedir postre. Me llevó hasta un lugar apartado, dijo que era un romántico y que quería enseñarme las estrellas. A él no quise matarlo tampoco. La diferencia en el caso de Ventura es que se trató de un acto reflejo, una forma de huir de un mal mayor. Lo agarré con toda mi fuerza cuando trató de propasarse y lo estrangulé con el cinturón de seguridad. No quise, juro que no quise.

Conduje toda la noche con su cuerpo en el maletero sin saber muy bien qué hacer, y solo al ver el cartel informativo de INGENIO recordé el redil de los cerdos certificados para el matadero, los que llevaban una semana sin alimento. Los cerdos comen cualquier cosa, tienen las mandíbulas tan potentes que reducen a añicos los huesos, incluso los del cráneo. Pensé que no tenía mucho que perder, debía intentarlo.

Durante la semana siguiente comprobé cada día si la desaparición de Ventura salía en las noticias, pero no supe nada de él. Asumí que con toda probabilidad no se llamaba Ventura, y que quizá no supieran con quién había quedado aquella noche ni qué había hecho. Su muerte me atormentó durante más de un mes. Me causó una tristeza que solo conseguí eliminar cocinando. Seguí con mi vida gris de veterinaria amargada y así hubiera sido de no haber acudido

a la gasolinera a comprar *bacon*. La marca, una vieja conocida: La Carnita. Horneé aquel *bacon* a regañadientes con la certeza de que el sabor mediocre de siempre se debía al ahorro de don Rubén, a los cerdos famélicos. Y entonces llegó aquel nuevo sabor. ¡Dios mío de mi vida, aquel sabor maravilloso! Comprobé la información del lote, quería más de aquello, el ahumado perfecto, la intensidad adecuada. Se me heló la sangre al comprobar que el lote era el mismo que yo había certificado. El mismo que había acudido al matadero el día siguiente a mi cita, el mismo que se había zampado a Ventura.

Traté de olvidar todo aquello, aunque las pesadillas me atormentaban. El sabor, aquel sabor indescriptible, tendría que deberse a otro motivo, quizá el pienso de los días anteriores, quizá el estrés, algo haría acentuar el sabor, algo que no supusiera comer carne humana.

A Juan Luis lo conocí tres meses después. En su caso fui cuidadosa, abrí un nuevo perfil, compré por internet un chisme que crease IP aleatorias. Me aterrorizaba que me pillasen, ni siquiera sabía si iba a ser capaz de llevarlo a cabo. Él era un tipo bajito y callado con cara de buena persona. Vino de Santander solo para conocerme y la misma noche de su llegada me senté en su cara hasta asfixiarlo.

El sabor del *bacon* de Juan Luis no estaba mal, pero tenía cierto aroma a rancio, como si los cerdos se lo hubieran comido por compromiso. Ocurre con los ingredientes más selectos que a veces su preparación condiciona su textura o su conservación, y tienes que volver a empezar, hallar un nuevo lote que sea mejor que el anterior. De ese ingrediente depende el resultado final.

Traté de explicarle a Samir la importancia de aquel polvo de *bacon* que usaba en mis recetas, pero no quiso escuchar. Me miró como si no me conociera, como si yo fuera una demente de la que hay que huir. Y lo hizo. O trató de hacerlo. Pero él no era como los demás, Samir tan puro, tan amoroso, tan caballero, tan dedicado, tan auténtico. Él era producto de primera, digno de un trato especial.

—¿Qué toca esta noche, Betty? —La voz ansiosa de Hortensia resuena por encima de las demás.

—Créeme que cuando haces esta receta ya no quieres comerlo de otra manera, el industrial no se le compara ni de lejos. Hoy les traigo *bacon* casero ahumado a la leña y macerado durante tres días con jarabe de arce y *bourbon*. Comenzaremos macerando una buena pieza de carne de primera: panceta de más de un kilo de la mejor panza que podamos encontrar.

AGRADECIMIENTOS

Desconozco si Aitor Ibarra es el primer hombre trans de la Policía Nacional en la novela negra española, ojalá que no. De cualquier manera, no habría podido crear a semejante chulazo sin la inestimable ayuda de algunas personas con las que me topé durante el proceso creativo. Gracias por el apoyo desinteresado, por la paciencia y sobre todo por la información —en ocasiones, privada— que compartieron conmigo.

A @carla.antonelli, @noahsolsonaa, @brunoleon, @theandermartinez y @aridane_am, gracias por educar, por la generosidad con la que compartís vuestro día a día en RRSS.

A la Asociación Tiresias, gracias por el trabajo duro y callado, siempre necesario. Gracias por existir y por estar.

INFORMACIÓN PARA CLUBS DE LECTURA

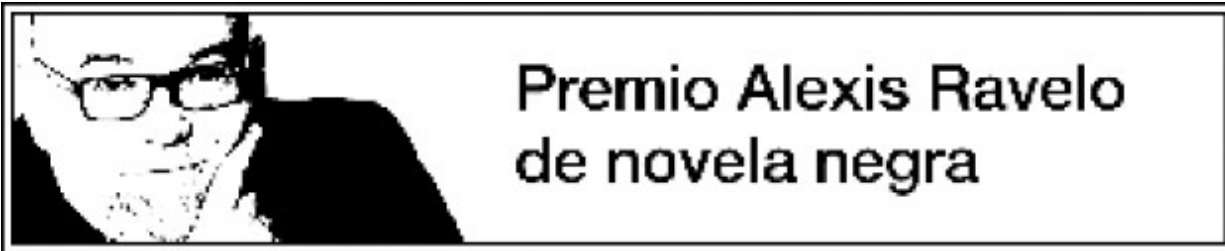
Querido lector, nos tomamos la libertad de tutearte porque tienes entre tus manos uno de nuestros libros y, por tanto, ahora tú también eres ya miembro de Alrevés.

Y, como tal, queremos comentarte que, pensando en el placer que supone la lectura compartida, hemos añadido una pestaña en nuestra web (www.alreveseditorial.com) donde encontrarás la ficha de lectura de este libro, por si sintieras el irrefrenable deseo de intercambiar tus impresiones sobre él en un club de lectura. Allí encontrarás también nuestros contactos para facilitar la participación de nuestros autores en las charlas, recibir información, organizar actividades, etc.

Te estaremos muy agradecidos si difundes esta iniciativa porque, como dijo un gran sabio a quien conocimos bien, leer nos salva del olvido.

«Sobre este escritorio y sobre la mesilla de noche había siempre novelas baratas de misterio (...) Yo las devoraba por las noches, cuando los rostros de los muertos se me aparecían para ahuyentar el sueño y las preguntas se encadenaban unas con otras para tramar una red en la que me quedaba atrapado. Entonces, aquellas noveluchas me ayudaban a no pensar. Si algo echo de menos es precisamente eso: poder comprar cien páginas de olvido por solo un duro.»

ALEXIS RAVELO,
Los días de mercurio



2024 – *La sombra del océano*, de Sergio Mira Jordán

2025 – *Bacon*, de Annika Brunke

Landmarks

1. [Cubierta](#)
2. [Título](#)
3. [Prefacio](#)



Madrid:frontera

Llorente Oller, David

9788416328376

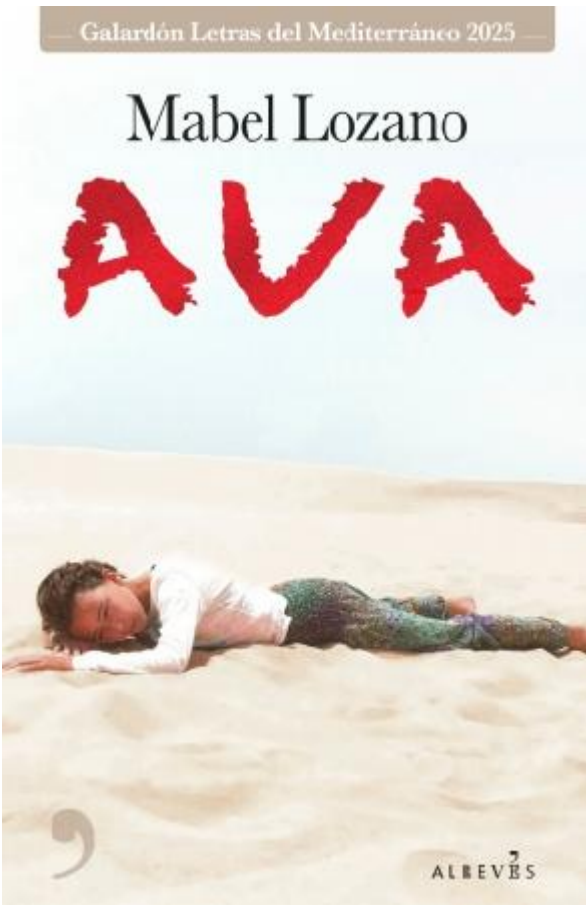
256

[Cómpralo y empieza a leer \(Publicidad\)](#)

Soy Madrid:frontera (y me dirijo a ti, lector): Sabes que hay gente a la que le han quitado la voz y ya solo les queda el llanto o el silencio. Tú mismo, en algún momento, has apretado los puños ante la injusticia y cargas sobre la espalda más peso del que se puede

soportar. Seguro que has contemplado la desesperación ante ti, pero te niegan lo que has visto con tus propios ojos y te dicen que eso de lo que hablas no ha existido nunca. Probablemente creas que a ti también te están dejando sin voz y te preguntas si no acabarás como los demás, condenado al llanto o al silencio. Bien. Debes saber que yo he venido a poner las cosas en su sitio para ajustar cuentas con el pasado. Que llego de la mano de un escritor que de repente toma conciencia de su enorme responsabilidad y te agarra de las solapas y te grita: ¡Despierta! Que vengo a hablarte de la verdad, aunque mis páginas quemen. Yo soy eso, el punto de inflexión. Y vengo a decirte que jamás debes perder la esperanza. M:f Con Madrid:frontera, David Llorente irrumpe una vez más en el panorama literario con una novela que fractura los esquemas del género negro y flirtea con lo fantástico, para construir esta compleja distopía que cuestiona la decadente realidad y reescribe nuestro futuro.

[Cómpralo y empieza a leer \(Publicidad\)](#).



AVA

Lozano, Mabel

9788410455504

322

[Cómpralo y empieza a leer \(Publicidad\).](#)

María es profesora universitaria en Castellón y una mujer independiente, libre, que se embarca en un viaje a Colombia tras recibir la llamada de su amiga de la infancia, Carmen, una monja oblata que trabaja en un centro en las afueras de Bogotá donde acogen a **niños huérfanos** o abandonados que han llegado allí tras

vivir **infancias muy duras**. En su visita al centro María conecta de una manera muy intensa con Ava, una niñita que decide **adoptar** y con la que regresará a España.

Pero pese a que la relación entre ambas y la convivencia es maravillosa, el amor no siempre puede con todo: Ava arrastra graves problemas que tienen que ver con su traumática infancia y que se evidenciarán de manera más intensa en su adolescencia, precisamente tal vez el momento en que los **depredadores sexuales** y los **explotadores**, siempre al acecho, más estrechan su cerco en torno a sus objetivos: mujeres jóvenes a las que utilizar sin compasión, como mercancía, para satisfacer un mercado siempre ávido de carne fresca.

Esta es la historia de cómo Ava cayó en las **redes** de uno de esos depredadores, un nuevo tipo de **proxeneta** muy alejado de los estereotipos que siempre se han asociado a esta figura. Y es, también, la historia de cómo su madre, María, luchó sin tregua hasta recuperar a su hija.

[Cómpralo y empieza a leer \(Publicidad\)](#)



La sociedad de la nieve

Vierci, Pablo

9788418584749

384

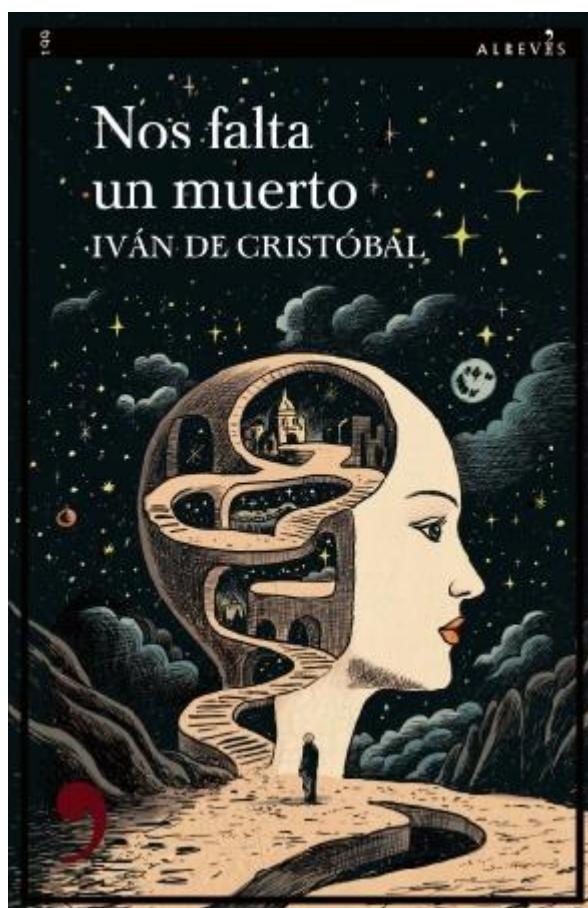
[Cómpralo y empieza a leer \(Publicidad\)](#)

El relato definitivo de la tragedia de los Andes, donde el liderazgo y la capacidad de superación fueron decisivos. Si fuera ficción, resultaría inverosímil. Pero fue y es verdad, y todos los supervivientes hablan por primera vez desde aquel accidente de avión que los encontró con alrededor de veinte años en los Andes, a

cuatro mil metros de altura, sin abrigo ni comida. **Ahora cada uno de los dieciséis recuerda en primera persona cómo fueron los setenta y dos días en la cordillera**, cómo superaron esa situación extrema, cómo entendieron la muerte, qué significó el accidente y cómo influyó en su vida posterior.

La historia más increíble jamás contada, una narración que conmueve desde la primera línea: una vivencia extrema que pone a prueba las capacidades de liderazgo y superación. Un mosaico grandioso sobre el que se proyectan dieciséis maneras de superar lo insuperable.

[Cómpralo y empieza a leer \(Publicidad\)](#)



Nos falta un muerto

de Cristóbal, Iván

9788410455481

400

[Cómpralo y empieza a leer \(Publicidad\)](#)

Hay mensajes que llegan demasiado tarde. O eso creemos.

Bruno acaba de perder a Sara, su compañera de vida. El mundo ha dejado de tener sentido, las rutinas se convierten en escombros, y el **silencio** pesa como una losa en cada rincón de la casa. Mientras sus amigos intentan animarlo con consejos que no ha pedido —haz deporte, distrae la mente, pasa página—, Bruno solo quiere una cosa: **sobrevivir al vacío**.

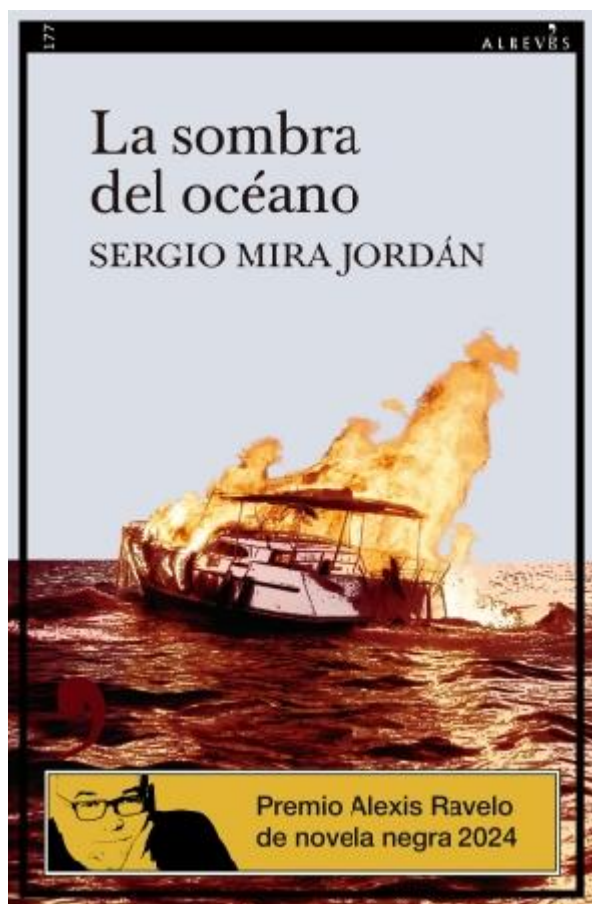
Pero entonces ocurre lo inexplicable. Un mensaje de WhatsApp de Sara. ¿Un error? ¿Una broma macabra? ¿O algo más?

Mientras la lógica se desmorona, Bruno inicia un **viaje inesperado**. Lo que empieza como una grieta en su realidad se transforma en un abismo que lo obliga a cuestionar todo: su relación, sus recuerdos, sus creencias, su propia cordura. Sara parece seguir presente, no solo en los objetos que dejó atrás, sino en los lugares menos esperados. En el teléfono. En los silencios. En lo nunca dicho.

Nos falta un muerto es una novela **sorprendente**, llena de **giros inesperados** y al tiempo **profundamente humana**, que con humor e intriga se vuelve cada vez más **inquietante**. Iván de Cristóbal firma una historia adictiva, que no te suelta, que nos enfrenta a la pérdida con inteligencia y **ternura**, y que demuestra

que el verdadero misterio no es la muerte, sino todo lo que dejamos pendiente con los que amamos.

[Cómpralo y empieza a leer \(Publicidad\)](#).



La sombra del océano

Mira Jordán, Sergio

9788410455009

270

[Cómpralo y empieza a leer \(Publicidad\)](#).

David Juárez aterriza, procedente desde Alicante, en Las Palmas de Gran Canaria para incorporarse en su nuevo puesto como **subinspector de policía**. Es un policía atípico: lee a Marco Aurelio y busca, en su nuevo destino, olvidar, **empezar de cero**. Nada más llegar, antes incluso de tomar posesión de manera oficial de su cargo, sus compañeros ya le involucran en la investigación de un extraño crimen: un joven pintor aparece brutalmente **asesinado** en su apartamento poco después de inaugurar con éxito su última exposición. ¿Por qué fue torturado? ¿Qué buscaba el asesino?

Junto a su nueva compañera, Itahisa, Juárez comenzará a indagar en una ciudad que desconoce y en un microcosmos en el que la **corrupción política**, los intereses inmobiliarios, el sexo y los secretos familiares se enredan en una maraña en apariencia imposible de desentrañar cuyo origen se esconde en el fondo del océano.

Con una prosa limpia, directa y certera, no exenta de **ironía**, Sergio Mira nos presenta, en esta obra ganadora del I Premio Alexis Ravelo – Ciudad de Arucas de novela negra, un texto ágil, vertiginoso, que nos presenta una Canarias diferente, alejada de los lugares comunes, con una identidad propia y un muy particular modo de ver y hacer las cosas y un protagonista carismático, brillante, que no se borrará de nuestra mente.

[Cómpralo y empieza a leer \(Publicidad\)](#)

Table of Contents

[Annika Brunke](#)

[Bacon](#)

[Portadilla](#)

[Título](#)

[Créditos](#)

[Premio Alexis Ravelo de Novela Negra 2025](#)

[Dedicatoria](#)

[Cita](#)

[PREFACIO](#)

[CAPÍTULO 1](#)

[CAPÍTULO 2](#)

[CAPÍTULO 3](#)

[CAPÍTULO 4](#)

[CAPÍTULO 5](#)

[CAPÍTULO 6](#)

[CAPÍTULO 7](#)

[CAPÍTULO 8](#)

[CAPÍTULO 9](#)

[CAPÍTULO 10](#)

[CAPÍTULO 11](#)

[CAPÍTULO 12](#)

[CAPÍTULO 13](#)

[CAPÍTULO 14](#)

[CAPÍTULO 15](#)

[CAPÍTULO 16](#)

[CAPÍTULO 17](#)

[CAPÍTULO 18](#)

[CAPÍTULO 19](#)

[CAPÍTULO 20](#)

[CAPÍTULO 21](#)

[CAPÍTULO 22](#)

[CAPÍTULO 23](#)

[CAPÍTULO 24](#)

[CAPÍTULO 25](#)

[CAPÍTULO 26](#)

[CAPÍTULO 27](#)

[CAPÍTULO 28](#)

[CAPÍTULO 29](#)

[CAPÍTULO 30](#)

[CAPÍTULO 31](#)

[CAPÍTULO 32](#)

[CAPÍTULO 33](#)

[AGRADECIMIENTOS](#)

[Información para clubs de lectura](#)